



O.C. TAVIN

FBI

El Angel
del Harlem

O. C. TAVIN

EL ANGEL DEL HARLEM



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1953
PRINTED IN SPAIN



San Bernardo, 68. MADRID.

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid.

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

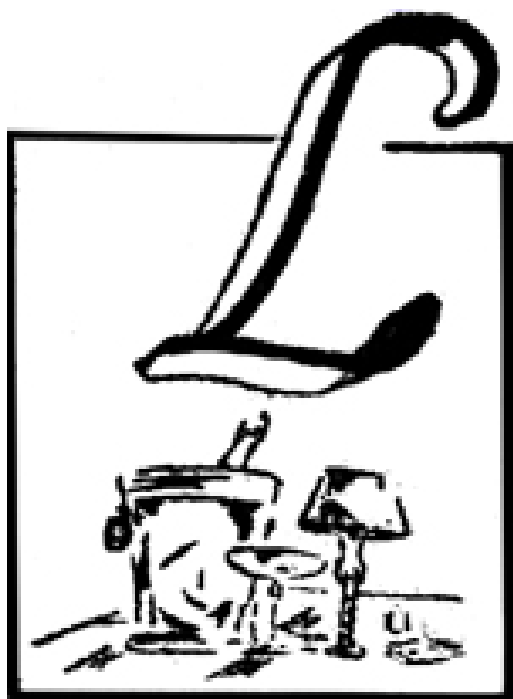
- | | |
|--|--|
| 1. Culpaible (7.ª ed.) (1). | 103. Tragedia en Chinatown (14). |
| 4. El cobarde (3.ª ed.) (1). | 104. Soborno (3). |
| 8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3). | 105. Vida en deuda (17). |
| 11. Shanghai (3.ª ed.) (1). | 108. Contraespías (18). |
| 18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4). | 109. Noches de Nueva York (5). |
| 19. Alta traición (2.ª ed.) (2). | 110. ¡Aniquilados! (19). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1). | 111. La risa sardónica (3). |
| 21. El delator (6). | 112. Chantaje (4). |
| 22. Armonías de muerte (3). | 113. Canon de protección (20). |
| 23. Destinos cruzados (1). | 114. El misterio de los locos del aire (21). |
| 26. Una ciudad abierta (4). | 115. El hombre de Witeha-pel (6). |
| 27. La muerte alada (3). | 116. Al llegar la noche (8). |
| 29. El coloso de hierro (6). | 117. Ciudad vertical (22). |
| 30. Trampas mortales (5). | 118. Hombres y bestias (1). |
| 31. Contrabando funesto (3). | 119. La máscara (3). |
| 32. Nueva York-San Francisco (7). | 120. Destina manda (23). |
| 34. Muerte en el Caribe (6). | 121. Sin esperanza (4). |
| 35. Secuestro (5). | 122. La tela de araña (24). |
| 38. Carne de horca (4). | 123. Una sombra... (5). |
| 44. Tráfico mortal (3). | 124. Sin nada que perder (4). |
| 42. ¡Sabotaje! (3). | 125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3). |
| 48. La marca trágica (3). | 126. La ciudad prohibida (2). |
| 44. Misión suicida (4). | 127. Fatalidad (5). |
| 45. Lucha a muerte (5). | 128. Escalera de color (19). |
| 46. Rebelión (3). | 129. La muerte blanca (15). |
| 48. Caza mayor (4). | 130. Ojo siniestro (3). |
| 49. La muerte (alidos) doctores (15). | 131. El espectro del pasado (25). |
| 56. Yo, director del F. B. I. (2.ª ed.) (1). | 132. Club nocturno (3). |
| 53. On Harvard a Quantico (2). | 133. Persiguiendo cadáveres (2). |

134. Prisión de oro (4).
 135. Pasión inmortal (1).
 136. ¡Volverá O'Regan! (5).
 137. Cubil de alimañas (17).
 138. La aventura de Harris (3).
 139. Ratas del puerto (27).
 140. Billete para la eternidad (4).
 141. El triunfo de los melores (21).
 142. Al final, la muerte (5).
 143. La encrucijada sangrienta (28).
 144. Horas eternas (3).
 145. Buck «Parabellum» (17).
 146. El hombre de la camella escarlata (1).
 147. Intolerancia (4).
 148. Actuación extralegal (8).
 149. La máscara y el rostro (29).
 150. Héroe del F B I (8).
 151. Peligro nacional (4).
 152. El Dragón de Bronce (28).
 153. El profesor (3).
 154. Crímenes en Reno (4).
 155. La mujer sin alma (1).
 156. Desafío (14).
 157. La verdad de una vida (5).
 158. Encrucijada (4).
 159. Bajo la piel del león (25).
 160. Maldad (3).
 161. Injusta sentencia (12).
 162. El asalto (5).
 163. Pesadilla trágica (4).
 164. De poder a poder (7).
 165. Un hombre (1).
 166. Precinto «C» (3).
 167. Un hombre (1).
 168. Yo, el juez (4).
 169. El capitán de su alma (5).
 170. El verdugo espera... (4).
 171. Fuego en la sangre (29).
 172. ¡Ultimátum! (4).
 173. El quinto viajero (3).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|-------------------|--------------------|
| (1) Alf Manz. | (12) John Nebot. | (22) Dana Yones. |
| (2) Fred Baxter. | (13) Thomas Wain. | (23) Al Gallard. |
| (3) Frank McFair. | (14) F. N. Graw. | (24) Chester King. |
| (4) Eddie Thorny. | (15) Robert Deaf. | (25) Joseph Tell. |
| (5) O. C. Tavin. | (16) Alan Carson. | (26) Ned Ryman. |
| (6) Alar Benet. | (17) Alu Cortroa. | (27) Lou Dark. |
| (7) A. G. Murphy. | (18) Jack Grey. | (28) Jan Huston. |
| (8) Lewis Haroc. | (19) Edgar Forz. | (29) Richard Jack. |
| (9) J. L. Martin. | (20) Andre O'Re. | (30) Jim Murray. |
| (10) Jack Brooklyn. | | |
| (11) Thomas Cotton. | | |

I



A hermana Charity se detuvo para sacar de un bolsillo de su hábito la agenda de direcciones y examinar algunas. Vio cerca un banco y se sentó, consultando las hojas con atención.

Vio con desconsuelo que todas las direcciones estaban ya agotadas, y los donantes más que «exprimidos» con reiteradas visitas. No era prudente hacer aquello de agobiarlos con peticiones tan repetidas. Y, sin embargo, había que llevar dinero a la congregación. Muchos niños negros tenían que comer; muchas pobres mujeres necesitaban medicinas, cuidados, antes de tener sus hijitos, y después atender a los recién nacidos; muchos niños iban a la escuela de la congregación y después había que darles de comer.

También necesitaban comer las demás monjas, que trabajaban infatigablemente por caridad y amor a Dios en remediar desgracias, atender a desvalidos.

Pasó todas las hojas de la agenda con gran cuidado; en el librito constaba con detalle la última visita verificada a cada benefactor y la cantidad que había entregado. No hacía ni quince días que todos ellos habían sido visitados por ella. ¿Cómo volver a pedirles más dinero, cuando eran gentes, las de aquel distrito, de clase modesta, que bastante hacían con entregar lo que entregaban?

Se sentía angustiada, mirando a su alrededor distraídamente, buscando una fórmula salvadora para recaudar medio centenar de dólares aquel día. La cifra era elevada; pero las atenciones de la comunidad lo requerían, dado que eran cada vez mayores los gastos al ampliar su campo de acción:

No veía solución al caso, y cerró la agenda con un gesto de desconsuelo, levantándose del banco. Tendría que recurrir a personas desconocidas, visitando nuevos domicilios, si es que quedaba alguno en tales condiciones. Esto era sumamente penoso, porque las negativas a dar alcanzaban hasta un noventa y nueve por ciento.

Estaba muy cerca de la 116 Street West y pensó que por allí nunca había ido con frecuencia, debido a que las negativas a dar una limosna alcanzaron un porcentaje terriblemente desconsolador. Eran gentes de un vivir extraño, con ideas aún más extrañas sobre la caridad y el amor al prójimo. Lo que menos la importaba era que a las negativas siguiesen frases molestas, a veces injuriosas, para remachar la negativa. Ella todo lo sufría si al fin conseguía conmovier aquellos corazones. Lo peor era cuando no la daban nada y encima se mofaban de ella.

Anduvo aprisa, porque la mañana se pasaba y tenía que sacar, no sabía cómo, dinero para la congregación. La madre Cecilia, la superiora, lo esperaba para poder pagar las múltiples atenciones que tenía. Lo esperaban aquellos niños, aquellas futuras madres, aquellos enfermos que no podían costearse los medicamentos. El Harlem negro era como una inmensa zona donde la desgracia moraba permanentemente.

En la 116 W Street se dedicó a examinar, conforme caminaba, los edificios. Ya tenía gran experiencia al juzgar a los vecinos de

una casa por el aspecto del edificio. En muchos de ellos era inútil tomarse la molestia de entrar, porque en vez de recibir una limosna, lo que habría tenido que hacer era darla.

En una rinconada vio un pequeño jardín, descuidado, con una verja de madera pintada de blanco. En el centro estaba el edificio, una vieja villa de piso bajo y principal, de un estilo imposible de clasificar. Quizá francés, del pasado siglo, o inglés, por las altas chimeneas, que recordaban al Tudor. Tenía balcones, con las barandas muy bien trabajadas, en volutas. El estado de la villa era deplorable. El revoco se caía por todas partes, dejando al descubierto desconchones de ladrillos rojos, rotos. Las ventanas no tenían pintura, y hasta había varios cristales rotos, tapados con papel pegado.

La villa aquélla estaba habitada, según lo atestiguaba el humo que salía por las chimeneas. Y la hermana Charity recordaba que dos meses antes había visto en la verja un cartel con el «Se alquila» bien visible. Eran, por tanto, vecinos nuevos aquellos que moraban allí, y no visitados por ella.

Se detuvo ante la verja y buscó el botón del timbre o la cadena de la campanilla para llamar. Lo halló al fin, oprimiendo el botón prudentemente. Una pequeña esperanza de estrenar su recaudación hizo que su rostro se iluminase con aquélla su suave y encantadora sonrisa.

Del porche del edificio salió un hombre con gran celeridad, como si estuviese allí de guardia. Era alto, desgarrado, fuerte, de anchos hombros y piernas combadas, rollizas. Su rostro era siniestro, según le pareció a la dulce hermana Charity. Chata nariz, ojos hundidos bajo unas cejas inmensas, hirsutas; melón prominente, bestial...

El hombre se plantó ante la verja, abiertas las piernas, mirando con curiosidad a la monja de pies a cabeza, mientras mudaba de sitio la vieja pipa humeante. Tal vez le parecía increíble que una blanca monja, joven y de bello rostro sereno, dulce, con unos grandes ojos azules claros, llamase a aquella puerta.

—¿Qué hay? —dijo con voz ronca, sacando la pipa de la boca y arrugando el ceño.

—Buenos días, señor —dijo la hermana Charity con su voz suave, de dulce timbre, sonriendo—. Pertenezco a la Congregación

de las Siervas de Dios, que se dedica a remediar en cuanto puede las desgracias de los habitantes del Harlem negro. Y yo soy la postulante...

—¿La qué? —preguntó el hombre, arrugando aún más el ceño.

—La postulante, señor. La que pide una limosna, víveres, ropas, para los pobres del Harlem negro. ¿Usted no podría darme algo, por poco que sea? Dios se lo pagará.

El hombre sonrió, mostrando una dentadura formidable, aunque sucia, amarilla. La hermana Charity también sonrió, porque cuando se sonríe cuando a uno le piden una limosna es que la va a recibir. Aquel hombre, con todo su aspecto de traga-niños, era quizá de alma sensible.

Soltó una risotada el guardián de la casa, abriendo la verja y dejando paso libre a la monja.

—Pase, hombre, pase. Va a ser una cosa chistosa... —volvió a reír, empujando en la espalda a la hermana Charity, que enrojeció, avivando el paso hacia el edificio.

No sabía qué podría tener de chistoso el solicitar una limosna por el amor de Dios; pero cuando aquel hombre lo decía...

Seguía riéndose el monstruo de fealdad aquél a su espalda, mientras se obstinaba en empujarla por la espalda. ¿No sabría aquel bruto que a una religiosa no se la debe tratar como a una mujer de esas...?

Abrió el hombre la puerta valiéndose de una llave, tal que si aquello fuese una prisión. Todo era extraño, inquietante. ¿No habría ido a meterse en un antro del que saliese malparada? El hombre aquel había dicho que iba a ser chistoso. Bueno, se reirían de ella... Si sacaba el donativo, aunque fuese a costa de oír frases de mal gusto, no importaba.

Pasó la hermana Charity a un «*hall*», en el que los muebles, viejos, polvorientos, no estaban colocados con buen gusto. El suelo, con colillas de cigarrillos, envolturas de tabaco, corchos de botellas. Desorden, suciedad, malos olores a «*whisky*», a tabaco barato, a cerveza pasada, y carencia de ventilación, porque las ventanas estaban cerradas, con los visillos echados, sin dejar pasar el radiante sol de la mañana.

—Siéntese, hombre, y espere un poco —dijo el hombre, mirándola burlonamente—. Voy a avisar al..., bueno, al dueño de

esto. Va a ser chistoso, palabra.

—Bien, señor —dijo la hermana Charity, sentándose en una esquina de un sillón, tímidamente, ocultando sus pequeñas y bellas manos dentro de las anchas mangas del hábito. Vio subir al hombre por la escalera de madera, cuyos escalones se cimbreaban bajo el peso de su enorme humanidad.

Sonaron arriba, en el piso superior, voces, y después carcajadas. La hermana Charity se movió, inquieta, en su asiento, sintiendo deseos de salir de aquella casa cuanto antes. Preveía que se iban a burlar de ella, de su congregación y hasta de la Religión, a cambio quizá de algunos centavos. Pero unos centavos y otros centavos hacen un dólar. Lo demás había que sufrirlo por Dios.

Bajaron cuatro hombres, riendo, tropezando en los escalones, bromeando. Tres de ellos, incluyendo el que la abrió la puerta, siniestros, malcarados, con trajes de colores extraños, modernistas, cortados con un estilo rufianesco. El cuarto, que bajó el último, vestía como los otros, pero en su rostro no había aquella expresión de maldad que tanto aterraba a la hermana Charity. Había, sí, amargura, dureza, brusquedad, mas no maldad, en el delgado rostro ni en la mirada de sus ojos castaños, curiosos. Era muy alto, delgado y de constitución atlética, de anchas espaldas.

—Buenos días, señor —dijo la monja, encarándose con el que por su actitud parecía el dueño de la casa—. Soy...

—Sí; ya me ha dicho Tommy, caramba. Se dedica a aliviar al prójimo del peso de sus dólares —rió groseramente, mientras miraba atentamente a la monja—. Casi somos iguales. Pero usted lo emplea en obras de caridad. Al menos eso es lo que dice usted.

—Es la realidad, señor. Todo cuanto percibimos, gracias a la bondad de las buenas personas, lo empleamos en favorecer a quienes nada tienen. Personas desgraciadas, como son los niños negros cuyos padres están tuberculosos y no pueden ganarse la vida. Damos instrucción a niños que de otra manera estarían en el arroyo; ayudamos a mujeres que van a ser madres...

—Buen sistema ése —afirmó, en tono zumbón, Bailey, el jefe de la pandilla—. Ustedes recaudan una cantidad no despreciable, invierten en eso la mitad o menos, y el resto, a la cuenta corriente, para darse buena vida.

Los demás rieron la agudeza de su jefe. Solamente Eddy Revere,

el que aparecía serio, sombrío, se abstuvo de corear al «boss».

—No lo crea, señor —repuso la hermana Charity, ruborosa—. Nosotras no guardamos nada, porque nada podemos guardar. Nos falta siempre dinero para cubrir tantas atenciones como se presentan. El Harlem negro es muy pobre y en él no reina sino la miseria, las enfermedades...

—¿Cuánto recauda usted cada día, hermana? —preguntó Bailey maliciosamente—. La verdad, ¿eh?

—Me doy por contenta si consigo recaudar un centenar de dólares, aunque necesitaría mucho más. Hoy creo que voy a llevar mucho menos, y eso será para mi comunidad muy triste, porque nuestros pobres necesitan comer, recibir medicinas, atenciones. ¿Ustedes no podrían socorrerme con alguna cantidad? Dios se lo tendrá en cuenta. Nosotras pediremos porque sus negocios sean prósperos...

Los tres «gangsters» rieron a una, mirándose con ironía. La hermana Charity los miró azorada. Otras personas solían mostrarse emocionadas al saber que la comunidad rezaría por ellos, pidiendo a Dios que no los dejase de su mano; pero aquellos hombres lo tomaban a broma, y la cosa no era para mostrarse así.

—¡Estupendo! —exclamó Bailey, llenando una copa de «*whisky*» y ofreciéndosela a la hermana Charity—. ¡Brindemos por la prosperidad de nuestros negocios, bendecidos por las humildes Siervas de Dios!

—Bueno, jefe —dijo Revere, el sombrío, apartando el brazo de Bailey—. La hermana viene a que seamos compasivos con ella. Lo somos o no. Si no, que se vaya. No es para burlarse así de una pobre mujer.

—Miren el sensible... —Gruñó Bailey, lanzando una mirada de rencor al «gángster». Creo que el ofrecerla una copa de buen «*whisky*» no es un pecado...

—Gracias, señor; pero no bebo —dijo la hermana Charity, sonriendo encantadoramente—. No tiene importancia. Aceptaría una botella, en cambio, para nuestros enfermos, que a veces necesitan un cordial como medicina.

Una nueva salva de risas coreó la petición de la monja.

—¿Qué te parece, Hoffmann, tú que eres judío? —preguntó Bailey, guiñando un ojo—. No es tonta, ¿eh?

—Saben mucho más de lo que aparentan —rezongó el aludido, cuyos ojos negros miraban con rencor a la hermana Charity—. Explotan como nadie la buena fe de las gentes. Que se vaya de aquí esa impostora. Habrá que ver la cantidad de buenos billetes que tendrán ahorrados para darse buena vida.

—Nos agradecería que usted mismo fiscalizase nuestras cuentas, señor —repuso vivamente la hermana Charity, roja de vergüenza—. Lo puede hacer quien lo desee. Nosotras somos pobres por vocación y por obligación. No se sirve a Dios haciendo ostentación de riqueza, de orgullo y con engaños.

—Tenga, hermana —dijo Revere, el sombrío, sacando de un bolsillo un billete de cinco dólares y dejándolo sobre la falda de la monja—. Y márchese. Ha venido a mal sitio para ablandar corazones y encontrar caridad.

—¡Quieta ahí, narices! —rugió Bailey, dejando la copa sobre una mesita y volviéndose hacia la hermana Charity—. ¿Quién te ha dicho, idiota, que se va a ir con las manos vacías? La hermana es una negociante como nosotros, y los del gremio tenemos que ayudarnos. Pinkney: trae dos botellas de «*whisky*» del bueno. Que beban a nuestra salud —rió estrepitosamente—. Ahora, camaradas, a cotizar —sacó su cartera, muy abultada de billetes, y se mojó el dedo pulgar de la mano, arrugado el ceño—. Ahí va, hermana, para sus pobres... —Cogió cien dólares, dejándolos sobre la falda de la hermana Charity, que abrió mucho sus hermosos ojos azules, asombrada—. Anda, Pinkney, y tú, Hoffmann, venga vuestro donativo. No se admite menos de cien, ¿eh?

—Yo no tengo nada que ver con los católicos —gruñó Hoffmann, encogiéndose de hombros con desprecio—. Soy hebreo y...

Bailey sacó otros cien dólares y se los entregó a la aturdida monja.

—Los doy por ti, Absalón; pero te los descontaré en el próximo negocio —dijo, riendo—. Vamos, Revere. Tú diste cinco dólares. Vengan los que faltan. Vamos, Pinkney, no te hagas el remolón. Piensa en que por cien dólares vas a ir al cielo. Es barato, ¿eh?

La hermana Charity se encontró con dos botellas de buen «*whisky*» y cuatrocientos dólares en la mano. Se levantó conmovida, radiante su mirada de agradecimiento. Los cuatro «gangsters» la observaban con curiosidad y orgullo. Tres de ellos estaban seguros

de que aquella monja se dedicaba a explotar la caridad de las gentes de buenos sentimientos y lo aprobaban, calificándolo de astucia, de inteligencia. El otro, Revere, comprendía toda la verdad de la misión de la hermana Charity.

—Dios se lo pagué a ustedes —dijo la hermana Charity, guardando el dinero en una carterita—. Rezaremos porque sus negocios honestos sean fructíferos y les permita seguir siendo así de caritativos. ¿Me permitirán que de cuando en cuando, una vez al mes, venga a solicitar de ustedes una pequeña ayuda?

—Cualquiera sabe si al mes que viene estaremos aquí, hermana —repuso Bailey, sonriendo—. Somos viajantes —rió con sorna—, y nuestros negocios requieren mucha movilidad. Venga cuando quiera. Es usted simpática y sabe engatusar. Eso vale mucho. ¿Por qué se metió a monja, muchacha?

—Dejadla en paz —intercedió Revere, en tono duro—. Os creéis que todo el mundo es como nosotros.

—Soy novicia en la congregación, y entré en ella por amor a Dios —dijo la hermana suavemente—. Lo elegí por mi propia voluntad, queriendo así servir a Nuestro Señor. Nada hay mejor en el mundo que esto, señor.

—Bueno, bueno —refunfuñó Bailey, encogiéndose de hombros—. Como todavía no es monja de verdad, si alguna vez se arrepiente de la vida que lleva, búsqieme y hablaremos. Personas como usted valen lo suyo...

—Márchese, hermana —dijo Revere, rudamente—. ¡Váyase de una vez! Tú, Bailey, eres un animal, que no sabes con quién tratas.

—Cuando se marche la hermana hablaremos, Eddy —gruñó amenazadoramente—. Me vas a hacer creer ahora que eres un santo... Mire, hermana —se volvió hacia la monja—: ¿le ve bien a este tipo? Pues es un asesino. Ni más ni menos que un asesino.

—¡Mentira, cerdo asqueroso! —rugió Revere, llevándose una mano hacia la axila izquierda—. ¡Váyase, hermana, váyase y nunca vuelva por aquí!

La hermana Charity, asustada, miró con terror a Revere, que parecía a punto de estallar de rabia, mientras los demás reían estruendosamente.

—Buenos días —dijo la monja, suavemente—. Dios les pague su obra de misericordia. No deben regañar por haber venido yo a

molestarles. No se insulten, por Dios, ni se mofen unos de otros. Han demostrado ser buenos, caritativos, sensibles a las ajenas desgracias. Buenos días.

—Adiós, muchacha —repuso Bailey, riendo—. Ya sabe, ¿eh? Si se cansa de eso, búsqieme. Todo el mundo me conoce. Me llamo Bailey.

Revere acompañó hasta la cancela a la hermana Charity. Iba silencioso, hosco, pero atento, respetuoso. Al cerrar la verja dijo quedamente a la hermana Charity:

—No vuelva por aquí, hermana. Ha sido milagroso que la respetasen.

—No todos son respetuosos con los servidores de Dios —repuso ella, sonriendo benignamente—. No saben, no comprenden... Pero han sido buenos, al fin y al cabo. Mientras tengan un rasgo de bondad, de caridad, sus almas revelan que no están perdidos para la reconciliación con el Señor.

—Pero no insista en volver. Comprendo que le hemos dado mucho dinero. Ellos lo hacen por vanidad, no por caridad. Creen formalmente que usted es un negociante que se dedica a estafar a la gente, y eso les agrada. Nosotros somos... «gangsters». ¿Sabe lo que es eso?

La hermana Charity se estremeció. Claro que lo sabía. Por eso se sentía aterrada. ¿No serían malditos aquellos cuatrocientos dólares que la entregaron? Fruto del crimen, del robo... Arrancados a personas contra su voluntad.

—Rezaremos por ellos, porque lo necesitan más que nadie —musitó la hermana, con voz trémula—. Usted parece diferente —le miró interrogadoramente—, porque me ha defendido, ha tenido más deferencias. Dios no está completamente ausente de su corazón, lo sé. Apártese de ellos, si le perjudican. ¿Quiere que haga gestiones para encontrarle trabajo honrado?

—Es tarde para eso —objetó Revere, sonriendo fríamente—. Pero no crea que soy un asesino, hermana... ¡Nunca he matado a nadie! Es posible que tenga que hacerlo...

—¡Nunca! —exclamó la hermana Charity con terror—. Usted sabe que Dios no le perdonaría eso, sí los mortales. Aléjese de ellos antes que insistir pecando, ofendiendo a Dios...

—¡Revere, no trates de engañar a la monja y ven! —gritó

Pinkney rudamente, apareciendo en el porche—. Anda, que te esperamos para hablar.

—Adiós, hermana —dijo Revere con ternura.

Y dio media vuelta rápidamente. La hermana Charity se alejó lentamente, sobrecogida por encentradas emociones. Su alegría por haber obtenido cuatrocientos dólares en una sola visita, donde menos lo esperaba, estaba enturbiada por la congoja de que la madre Cecilia, la superiora, se negase a admitir aquel dinero, considerándolo como producto de felonías, de ilegítima procedencia. También sentía una honda compasión por aquel hombre, Revere, que parecía encontrarse en una situación espantosa.

Siguió por la misma calle, deseosa de obtener más recaudación, por si el dinero que le dieron aquellos hombres extraños no era utilizable en las obras de caridad que hacía la congregación. No consideraría como que lo llevaba encima. Debía pedir hasta reunir medio centenar de dólares como mínimo.

Anduvo toda la mañana en fatigosa marcha, entrando en tiendas, en el Harlem italiano, en los mercados, en los cafés, en las oficinas. Y a las tres de la tarde, rendida de caminar, hambrienta, contó sesenta dólares como producto de la recaudación.

Una cifra que no estaba mal para el día, cuando creía que no lograría obtener ni la cuarta parte. Aparte tenía los cuatrocientos dólares, pero no quería hacerse ilusiones respecto a ellos.

Tomó un autobús, porque sus piernas se negaban a sostenerla, y un rato después se apeaba cerca del edificio de la congregación. Iba contenta, por llevar a las hermanas con qué subsistir un día más. Los niños del Harlem negro podrían comer, recibir auxilios sus padres, las infelices que iban a ser madres, los tuberculosos que necesitaban ayuda.

Pensó en Revere también, con angustia. Un «gángster» aquel hombre, con el buen corazón que parecía tener... ¿Qué fatalidad pesaría sobre él para ser lo que era? ¿Cómo no se alejaría de aquellos hombres, de aquella vida terrible del delito, condenándose más cada día que vivía en semejaste ofensa a Dios? Eso tendría que contárselo a la madre superiora, que tanto sabía acerca de los conflictos del alma. Ella comprendería mejor aquel caso. Y si no, al padre Richard, el buen consejero de la comunidad. Era un hombre

de temple. Un irlandés fuerte de alma y de cuerpo.

Llamó a la puerta del edificio. Una casona vieja en la West Street, lindante con el Harlem negro, alquilada por la comunidad. Vivían allí una docena de monjas, dedicadas por entero a la enseñanza, al cuidado de los enfermos, de los pobres, siempre ocupadas hasta sentirse rendidas, en perpetuo sacrificio por el buen servicio de Dios.

—Tarde viene, hermana —dijo una monja, abriendo la puerta—. Pensamos si...

—Nada de particular, sor Rosa —contestó la novicia, sonriendo—. Cada día es más difícil recaudar algo y tengo que extender el área de mis visitas. Hoy traigo mucho dinero. Pero no sé si será falso, del que no se puede admitir.

—¿Es que ha entrado en una fábrica de moneda falsa? —inquirió sor Rosa, poniendo cara de susto. Era delgada, de rostro dulce, y la encargada de la cocina.

—No, no. Pero es de un origen dudoso. Me lo han dado unos... «gangsters». ¿Sabe lo que son «gangsters»?

—¡Dios mío! ¿Y cómo se atreve usted a visitar a esas gentes? Podrían haberla asesinado, qué sé yo... —exclamó la hermana Rosa, palideciendo.

La hermana Charity sonrió. Pasó al refectorio, donde estaba terminando de comer la madre superiora. Era de alta estatura, de noble continente y rostro sereno, ancho. Tenía negros ojos, penetrantes, y era de origen italiano. Levantó la cabeza para observar con cierta severidad a la hermana novicia.

—Es tarde, hija mía. Temía que algo malo la hubiese sucedido —dijo con voz dulce—. Siéntese y coma. Después me contará. Tiene cara de estar cansada, pero en sus ojos hay alegría. ¿Buenas noticias?

—No lo sé, reverenda madre. Usted lo sabrá cuando lo sepa. Traigo sesenta dólares, pero aparte recaudé cuatrocientos más. Son producto del robo, del crimen. Me los dieron unos «gangsters».

II



EVERE acudió a la llamada de su jefe cuando la hermana Charity se alejó calle abajo, con su bolsa negra, por cuya boca asomaban los golletes de las dos botellas de «*whisky*» que le regalara Bailey.

En el «*hall*» estaban ya, sentados en unos sillones, fumando y bebiendo, el «boss» Bailey, Hoffmann el judío y Pinkney. Habían formado como un semicírculo con sus asientos, dejando un sillón vacío para que en él se sentara Revere. Éste, mirando con desconfianza a los otros tres hombres, que aparentaban indiferencia, se dejó caer sobre su sillón, desabrochándose previamente la americana para poder extraer con facilidad su automática si el caso lo requiriera, Y Revere preveía que esto iba a suceder.

—Bueno, Eddy —dijo el «boss», después de dar una larga

chupada a su habano, lanzando una densa columna de humo azul —, es ya hora de que hablemos sobre tu actuación de anoche en el club de noche de Mattessi. El amigo Pinkney me ha informado de lo sucedido, pero antes de enjuiciarte, y como soy hombre leal, quiero escucharte. Pinkney ha dicho que tú te negaste a disparar sobre Mattessi, juntamente con él, dejándole por eso mismo en situación apurada. Sabes que ese cochino de Mattessi se ha negado a pagar el canon de protección, y ante eso no había más que el liquidarlo. ¿Por qué hiciste eso?

—Ya os advertí que yo no soy «killer». No quiero matar, sencillamente —repuso en tono mesurado Revere, mirando de reojo a Pinkney, que sonreía maliciosamente mientras contemplaba su copa llena de «*whisky*» con gran atención.

—Eddy acabará por meterse a monje, arrepentido de sus muchos pecados —opinó Hoffmann irónicamente—. Le gustan las monjas y se dejará catequizar.

—Deja eso de la religión a un lado, perro judío repuso glacialmente Revere, mirando con repugnancia al hebreo. —Si lo deseas, cuando terminemos de hablar te daré unas lecciones de educación y de respeto hacia unas personas que son muy diferentes a nosotros.

—Hablaremos, descuida —dijo Hoffmann, arrugando el ceño, pálido de rabia—. Pero explica por qué cometiste la traición de dejar a un compañero solo, sin ayudarlo, cuando más lo necesitaba. Tú fuiste con él para eso, para ayudarlo y cumplir lo que te ordenó Bailey. Pinkney pudo haber muerto al fallar tú cobardemente, que escurriste el bulto, dejándole solo. Eso no tiene disculpa y merece una sola cosa.

—Yo fui a la fuerza; pero ya os advertí que no dispararía sobre un hombre inocente por el hecho de que se negase a dejarse robar. Y aprovecho esta ocasión para deciros que no deseo seguir en vuestra banda. No me gusta esta clase de trabajo que requiere el asesinato casi siempre —contestó vivamente Revere.

Siguió un silencio mientras bebían Railey y sus dos secuaces. El «boss» tomó al fin la palabra con un tono severo, que quiso ser digno, grave.

—Es muy fácil decir ahora, Eddy, que quieres marcharte de la banda, cuando realmente nosotros somos los que hemos de decidir

lo que hay que hacer contigo. No eres una criatura para ignorar que en un «gang» donde se registra un acto de cobardía o traición, y tú has sido las dos cosas, el que se porta así sabe lo que le espera...

—Repito que os advertí, cuando entré en vuestro «gang», que yo no soy un «killer», un asesino. Que no me mandaseis matar, porque no lo haría. Tú, Bailey, te mostraste conforme con esa condición. Yo haría de chofer, sería el encargado de hablar con los «clientes», anunciándoles nuestras condiciones, y hasta podría llegar a amenazar de muerte, pero sin llegar a matar. Ahora me exigís que sea un asesino...

—No pronuncies esa palabra, oye —dijo Pinkney sonriendo—. Es mejor decir «suprimir», «liquidar»... Con lo educadito que eres, parece mentira que hables tan bruscamente.

—Eddy: yo no hubiera querido obligarte a matar, si eso te repugnaba; pero a veces es preciso, por ayudar a un buen camarada, lanzarse a fondo en una pelea —dijo Bailey con su tono admonitorio, dándoselas de juez y de fiscal al mismo tiempo—. Pinkney anoche necesitó tu ayuda y tú se la negaste, aferrado a un prejuicio idiota. ¿Qué dirías si los del

F. B. I.,

un día disparasen sobre ti y estando contigo Pinkney, o cualquiera de nosotros, te dejásemos entregado a tu suerte?

—No es el mismo caso —opuso vivamente Revere, golpeando con el puño el brazo del sillón—. Lo de anoche era cosa prevista, y yo tenía que disparar sobre Mattessi, según me ordenó Pinkney. Incluso me dijo que comenzase yo y que él me apoyaría. Quiso que cometiese mi primer asesinato, deliberadamente, para luego no poder protestar en los siguientes. Yo no quise, y lo advertí, y si Pinkney se metió en el lío fué porque quiso.

—¡Alguien tenía que liquidar a ese italiano del diablo! —chilló Bailey—. ¿Podemos decir a un hombre que si no paga lo matamos, para luego no hacerlo? Se reirían de nosotros y hasta los chicos nos tirarían piedras al vernos. Tú debiste apoyar a Pinkney cuando tu camarada se vio en mala situación...

—No me hacía falta, hombre —interrumpió el «killer» en tono jactancioso—. Me basté para liquidarlo al tipo aquél y a dos camareros. Lo que me dio rabia fué la cobardía de este mal camarada. Por mi parte, creo que merece lo que se merecen los

traidores y cobardes. Otro día puede llegar a denunciarnos, o disparar sobre nosotros por la espalda.

—Ya lo oyes, Eddy —resumió Bailey, en tono frío—. Te consideramos como un cobarde y traidor. No digas que es que has jurado no matar. Todos nos vimos en trances como ése la primera vez que disparamos sobre un hombre. No nos gustaba hacerlo...

—A mí, si —interrumpió Pinkney con entusiasmo—. Yo me hice «gángster» solamente por matar, policías o lo que fuese, con tal de ser personas. Uno tiene sus gustos, sus predilecciones. A Eddy le gusta ser un místico, pero para eso que se meta a monje, como dijo Hoffmann, y no a «gángster».

—La cosa está juzgada, Eddy —dijo Bailey, en tono grave—. Yo no quiero que se diga que he sido muy severo contigo. Respeto tu opinión. El mal que nos has causado no ha sido muy grande, ya que Pinkney salió con bien del trance. No quieres seguir con nosotros, ¿verdad?

—No; no quiero —repuso torvamente Revere, inquieto.

—Está bien, hombre. Pues puedes irte cuando quieras. Anoche liquidamos las cuentas y nada te debo.

—¡Ha sido un traidor, jefe! —gritó Hoffmann, asombrado por la benignidad de Bailey—. ¡Hay que «picarlo» para que podamos estar tranquilos!

—¡Naturalmente! —rugió Pinkney, llevando su mano a la axila izquierda—. ¿No te das cuenta, Bailey, de que no solamente es un cobarde, sino que nos va a denunciar en cuanto salga de aquí? ¡Déjamelos y no te ocupes de él!

Revere se incorporó, muy pálido, empuñada su pistola. Bailey hizo un gesto apaciguador a sus dos secuaces, que callaron, mientras miraban a Revere con odio inmenso.

—¿Quién manda aquí? —gritó el «boss» con voz tonante, lanzando miradas llenas de ironía a sus dos hombres—. Contestad, hombre... ¿Quién manda aquí? ¿No soy yo el que dispone de vuestras vidas si os salís de la ley nuestra? Revere no quiere seguir con nosotros y lo dice con toda franqueza. Yo se lo agradezco —sonrió melifluamente—, porque es mejor que lo haga así que no el que cualquier día desapareciese, dejándonos en la duda de si nos habría vendido. Estoy seguro que Revere no nos denunciará. ¿Verdad, Revere?

—No lo haré. El que no quiera matar no quiere decir que deje de trabajar en otros asuntos fuera de la Ley. Ya no me queda otro remedio —repuso con amargura el joven.

—Ya lo oís. Ojalá que todosuviésemos la nobleza que tiene este muchacho —murmuró en tono irónico Bailey—. Por mi parte, y soy el que manda, te puedes ir cuando quieras, Revere. Siento que pienses así, palabra, porque eres listo y vales. Cuida de no irte de la lengua respecto a nosotros, ¿entiendes? Si cometes una indiscreción no pararemos hasta verte acribillado a balazos. Anda, lárgate...

Revere, desconfiado, retrocedió sin dar la espalda a aquellos hombres, llegando hasta la puerta. Su pistola amenazaba a los sonrientes «gangsters», que habían comprendido perfectamente a su jefe. Lo que no quería Bailey era que se asesinase allí mismo a Revere. La sentencia de muerte se cumpliría después, en ocasión oportuna y sin comprometerlos.

Revere salió al jardín, guardando su pistola en la funda de la axila. Miraba hacia atrás, hacia la puerta del porche y las ventanas, de donde podía salir un chorro de balas que lo dejase muerto. Él también había comprendido perfectamente la comedia de Bailey y sabía que estaba condenado a muerte. Lo urgente era poner tierra por medio y no ser hallado por el feroz Pinkney o el astuto Hoffmann, sin olvidar a Bailey, que jamás sentiría escrúpulos de conciencia al tener que asesinar a un hombre, fuese quien fuese. Por ser así, más frío y feroz que nadie de su banda, llegó a «boss».

Se encontró en la calle sin saber adónde encaminar sus pasos. Y el caso era que no podía perder tiempo en alejarse de allí, encontrar un refugio donde durante cierto tiempo no salir de él. Hoffmann, con su larga nariz en forma de berenjena, tenía un olfato especial para encontrar presas y acometerlas sin piedad.

Caminó rápidamente por la calle, entrando después en otra y otra, más estrechas y con menos circulación. Estaba en el Harlem negro, y como por arte de magia cuántos transeúntes encontraba a su paso eran negros, seres delgados, a veces macilentos, de color terroso, de triste aspecto, con los hombros caídos y andar cansino. Las casas, muy viejas, sucias, con pingajos de tela colgando de las ventanas o balcones, a secar. Los chiquillos, en el arroyo, jugaban o se peleaban, sin prestar atención a los autos que pasaban. Una ciudad extraña, inquietante, tenebrosa, parecía haber surgido a

pocos pasos de donde él caminara dos minutos antes.

Se acordó de aquella religiosa, a la que había entregado sus últimos cien dólares. No le quedaban más de tres o cuatro en el bolsillo, y éste era otro problema que debía resolver pronto, si quería permanecer oculto en cualquier pensión del Harlem italiano o hispano, o tal vez yendo al lejano Brooklyn.

No le pesaba, en modo alguno, haber entregado aquella fuerte cantidad a la religiosa. Se sintió extrañamente conmovido al escucharla cómo empleaban el dinero que ella recibía de limosnas. Era una lucha terrible contra la miseria, contra el dolor y las privaciones entre aquellas gentes del Harlem negro. Su niñez había sido también muy dura, lo recordaba, y esto le hacía sensible al dolor de los demás. De ahí nació su tendencia a despojar a los ricos, a los que tenían mucho, para darse buena vida y no padecer miseria.

¿Por qué aquella religiosa había escogido aquel camino tan duro, al servicio de Dios? Sí; ya lo dijo ella: por amor a Dios. Una frase que él no comprendía en toda su amplitud, y por ello le parecía fuera de razón, increíble. Se podía ser caritativo sin dejar de gozar de lo bueno que la vida ofrece. Él mismo había dado alguna vez dinero a gentes que estaban en apuros, y le agradó hacerlo; pero de eso a llevar una vida llena de privaciones, de sacrificios, comiendo mal, obediente a una disciplina rigurosa, sin distracción alguna, sin poder pensar en las cosas del mundo...

Caminaba con paso vivo, pensando en la religiosa, en su admirable temple; pero también en que Pinkney podría estarle siguiendo ya, buscando el momento propicio para meterle una bala en la cabeza, o quizá Hoffmann, con el cuchillo metido en la manga de la americana, presto a ser arrojado, al estilo apache, a la vuelta de una esquina.

Se metió en un bar, lindando ya con el Harlem italiano, donde por unos centavos, introducidos en una máquina automática, se halló ante dos platos: uno, de huevos fritos con jamón, y el otro, con una chuleta y patatas fritas, además de una taza de café. Comió aprisa, siempre mirando desconfiadamente a su alrededor, porque continuamente entraba y salía gente de allí, y entre los clientes podría estar Hoffmann o Pinkney.

Con un cigarrillo en la boca se encontró de nuevo en la calle,

mirando a un lado y otro de reojo. La amenaza de muerte que pesaba sobre él le estaba poniendo nervioso, excitado. Conocía muchos casos como el suyo, de hombres que se habían marchado de un «gang», y hasta que murieron a balazos, en plazos más o menos largos, casi enloquecieron de pavor, de ansiedad, tratando de escapar a la venganza de los que fueron sus compañeros de crímenes.

Recordó que la religiosa le había dicho que podría buscarle una colocación. ¿Qué empleo podría desempeñar él, que jamás había trabajado? No conocía ningún oficio, ni tenía estudios para emplearse en una oficina. Además, tampoco pertenecía a ningún sindicato, y sin eso no le admitirían en ninguna parte. Y para ganar media docena de dólares tendría que estar ocho horas trabajando como un burro, sin experiencia, sin ganas de hacerlo y recordando siempre lo fácil que le sería dar un «golpe» que le pusiera en las manos un centenar, o más, de dólares con los que divertirse, convidar a las amigas y vivir bien.

Tenía que dar el «golpe» aquel mismo día si no quería verse en la calle sin recursos, vagando por las calles como un perro abandonado, expuesto a encontrarse con Hoffmann o Pinkney. Si se encontraba con alguno de ellos tendría que tirar a matar por defender su vida. Claro que el matar a un criminal no era lo mismo que asesinar a una persona decente que se negase a dejarse expoliar.

Se encontró, después de andar toda la tarde madurando un «golpe», en el Harlem hispano. La sede de los portorriqueños, mejicanos y de otras nacionalidades de habla hispana. Había allí establecimientos de relativa importancia donde operar y sacar una cantidad suficiente para subsistir durante unos días. Su método era sencillo. Entraba, apuntaba con su pistola al que regentaba el establecimiento, o a la cajera, y se apoderaba de los fondos, huyendo después como buenamente podía, aprovechando la confusión y el gentío que hubiese en la calle. Se requería serenidad, audacia y piernas ligeras.

Vio una tabaquería, ya conocida de él, donde siempre había mucho público comprando. Un establecimiento acreditado que al final de la jornada tendría en su caja un buen montón de dólares.

Se metió en un portal, y tras la puerta sacó de un bolsillo una

cajita. De ella extrajo un bigote artificial, de color castaño, y dos trozos de caucho. Se colocó el bigote, que tenía una sustancia adhesiva, sobre el labio superior, y los dos trozos de caucho dentro de la boca, sobre la mandíbula inferior, con lo que sus mejillas se abultaban considerablemente. Finalmente, sacó de otro bolsillo unas gafas negras, que se puso. Su rostro aparecía transformado totalmente. Tal vez por eso la Policía nunca lo detuvo, no obstante haber dado muchos «golpes» como el que iba a verificar.

Cruzó la calle, encaminándose hacia la tabaquería con ánimo resuelto. Antes de entrar se colocó ante el espacioso escaparate, lleno de cajas de tabacos, paquetes, botes, estuches, pipas, boquillas, encendedores. Vio que el establecimiento estaba vacío en aquel instante de compradores. Y mientras contemplaba el escaparate no perdía de vista el movimiento de dentro.

Al fin quedó sin nadie la tienda. Estaba un viejo hombrecillo, de rostro inteligente, que sería el dueño seguramente; un dependiente, también de edad, y, en un rincón, sobre un alto pupitre, con la caja registradora delante, una muchacha de rostro agraciado, muy bien peinada, ocupada en apuntar algo.

Entró con aire decidido. Tras él, dos hombres más, latinoamericanos por sus facciones y por el español que hablaban, y que Revere entendía. Frunció el ceño al verlos entrar. No le gustaba operar con testigos de vista, a los que tendría que reducir también con la amenaza de la pistola.

—Cigarros habanos —dijo al dependiente que acudió a atenderlo.

El dueño estaba ocupado con los dos hombres, que pedían tabaco negro.

—¿Tiene preferencia por alguna marca? —preguntó el dependiente con amabilidad.

—Sí. Los Upmann. Unos que son pequeños —respondió roncamente Revere—. No recuerdo cómo se llaman. Tráigame de varios tamaños y escogeré.

—Lo que usted dice son los «Punios», señor. Son excelentes, desde luego —se alejó para cogerlos, mirando en las anaqueladas.

Los dos hispanoamericanos charlaban con el dueño de la tienda, probando unos encendedores. Revere se sintió disgustado. Aquellos dos hombres no parecían tener prisa, y él tendría que esperar

también a que se marchasen. Si mientras tanto entraban nuevos compradores, la cosa se iba a hacer eterna.

—Aquí tiene los «Puritos», señor —dijo el dependiente con aire satisfecho—. No hace ni quince días que los hemos recibido —abrió la caja, mostrando a Revere los cigarros, envueltos en papel celofán, con su artística sortija—. ¿Es lo que deseaba?

Revere miró de reojo a los dos sudamericanos. Seguían con los encendedores, hablando por los codos y haciendo reír al dueño de la tabaquería.

—No son éstos; lo siento —dijo, apartando la caja con disgusto—. Los que yo quiero son más cortos y delgados. Me cansa fumar un tabaco grande.

—¿Son Upmann los que usted dice, señor? —inquirió el dependiente sonriendo—. Éste es el tamaño más pequeño que tiene esta marca. Puedo ofrecerle cigarros cortos de otras marcas, tan buenas como ésta, si me lo permite.

—Bien —aceptó Revere con agrado, ya que ello le permitiría estar allí más tiempo. Los dos hispanoamericanos pagaban ya sus dos encendedores, riendo y charlando como cotorras. Ahora piropeaban a la cajera, que sonreía.

El dependiente puso sobre el mostrador cuatro o cinco cajas de tabacos habanos. El establecimiento estaba sin un cliente... Ahora o nunca.

Se llevó la mano diestra a la axila, después de mirar a la calle de reojo. Era el momento preciso.

—¡Venga con Dios, hermanita! —exclamó de repente el dueño, sonriendo a alguien que entraba—. ¡Tanto tiempo sin verla!

Revere se volvió rápidamente, metiendo la pistola en la funda. Quedó inmóvil, asombrado. Allí estaba la hermana Charity, con su dulce rostro, su sonrisa encantadora, su aire suave, como una blanca aparición.

—Ave María —dijo con voz amigable, risueña, haciendo una inclinación de cabeza—. He tardado en venir porque no quisiera ser molesta con exceso. Siempre vengo a lo mismo...

—Nunca molesta, hermanita —contestó afablemente el dueño—. Siéntese, que estará cansada. ¿Qué tal la superiora? Mi hija y yo pensábamos ya en telefonear preguntando por usted, en vista de que hacía más de un mes que no la veíamos. ¿No ha estado

enferma? Creo que está más delgada de cara...

Revere no hacía caso de lo que le decía el dependiente, mostrándole cigarros y dándole precios. Contemplaba a la hermana Charity, sintiendo una extraña alegría en lo más profundo de su corazón. Ella le había mirado un instante, aunque, naturalmente, no le reconoció.

—Pues no tenemos lo que usted desea, señor —dijo al fin el dependiente, que tenía ante él una docena de cajas de cigarros—. Es raro, porque recibimos todas las marcas de Cuba. Quizá es una labor nueva. ¿No será filipina? Puedo mostrarle tabacos excelentes filipinos, aunque, claro es que la calidad...

—Déjelo. Solamente quería un cigarro, y no va a estar usted revolviendo toda la tienda para eso. Deme un paquete de «Chesterfield» —repuso Revere, sin dejar de contemplar a la hermana Charity.

Ésta se levantó y avanzó hacia él. Revere palideció. ¿Le habría reconocido?

—Dispense, señor —dijo la novicia haciéndole una inclinación llena de humildad y gracia—. ¿Podría desprenderse de unos centavos como limosna para ayuda de los pobres negros del Harlem? Pasan hambre, miseria, enfermedades...

—Creo que sí, hermana —repuso Revere, metiendo una mano en un bolsillo, de la que extrajo una moneda de cincuenta centavos, que entregó a la religiosa—. Siento no poder darle más... —Y hubiera agregado de buena gana que por la mañana ya le dio nada menos que cien dólares.

—Dios se lo pague y se lo aumente, señor —murmuró la hermana Charity, sonriendo y haciendo una nueva inclinación. Y volvió al lado del dueño, que encendía un grueso cigarro lanzando densas humaredas.

—Su «Chesterfield», señor —dijo el dependiente. Revere lo cogió y pagó. El «golpe» había fracasado. Debido a la presencia de la hermana Charity.

Salió a la calle. Había sido una casualidad volver a encontrarse con la religiosa dos veces en el mismo día con lo inmensos que son los tres Harlems. Ahora ella había impedido que cometiera un atraco a mano armada. Pura casualidad, naturalmente. Una lástima, porque la tabaquería era un buen lugar para operar con cierta

tranquilidad, y donde habría bastante dinero.

Se alejó, deambulando, mirando con ojo crítico los establecimientos ante los que pasaba. Tenía que dar un «golpe» si quería seguir viviendo. Solamente tenía dos o tres dólares en el bolsillo, que se le irían en cenar y buscar una alcoba donde dormir. Le dolía haber dado los cincuenta centavos a la hermana Charity. No estaba él ya para ser generoso.

Vio un «drug store» en el que no había en aquel instante clientes. Era grande, espacioso, con sus departamentos de farmacia, de bazar, de restaurante, de tabaquería. Buen negocio, sin duda, con abundante recaudación. Dentro, tres muchachas, dependientas. Se desmayarían del susto cuando vieran la pistola apuntándoles.

Recorrió un buen trozo de calle, estudiando el movimiento de transeúntes, si entraba alguien en el establecimiento. Ningún «cop» a la vista.

Penetró resueltamente, calándose bien las gafas. Una dependiente se acercó al mostrador, sonriendo. Era una hispanoamericana morena, de ojos negros, alegres.

—Quisiera —dijo Revere roncamente, por efecto de los trozos de caucho que tenía en la boca— unos cigarros habanos pequeños, cortos y delgados... No sé la marca, pero si los veo...

—Le enseñaré lo que tenemos —dijo la muchacha afablemente—. ¿De qué precio aproximado?

—Unos cincuenta centavos, o menos —repuso Revere.

Miró a su alrededor. No había cajera, ni máquina registradora. Echarían el dinero en un cajón las dependientes. Mejor para el golpe.

La muchacha estaba cogiendo varias cajas de cigarros, abriendo las tapas para ver los tamaños.

—¡Mira quién viene! —exclamó de repente otra muchacha, mirando hacia la calle.

Revere apretó con rabia los puños. Se volvió para observar quién llegaba. Era la hermana Charity. Se preguntó si realmente podía ser otra persona. Si lo hiciera de propio intento para impedirle dar el golpe, no lo haría con tanta oportunidad.

Las tres muchachas acudieron a saludar, con alegría, riendo, a la blanca y dulce aparición. Revere miró sin ver el contenido de las cajas de habanos.

—Creíamos que estaría usted enferma, hermanita —dijo una de las muchachas, acercándose a Revere—. ¿Ha encontrado lo que buscaba, señor?

—No. Lo siento —repuso agriamente el «gángster», apartando las cajas—. Otra vez será, perdone.

La hermana Charity se acercó a él, haciendo una inclinación graciosa. Después se fijó más y sonrió.

—Creo que estaba usted hace unos minutos en la tabaquería del señor Lerchundi, ¿no? Ya me dio una limosna —dijo con voz suave, confusa—. Dispénsame. Iba a pedirle de nuevo...

—De nada, hermana —repuso hoscamente Revere.

Y salió rápidamente de la tienda. Se preguntó qué oculta mano guiaba a la hermana Charity para impedirle dar él «golpe», ya por segunda vez. Si fuese creyente creería que lo más razonable era renunciar por aquel día a cometer el atraco a mano armada. Quizá Dios le estaba apartando de hacerlo valiéndose de aquélla su humilde sierva. Eran dos casualidades en pocos minutos. Y en las dos mediando la monjita que pedía limosna para socorrer a los desvalidos.

Se propuso dar el «golpe» en el «drug store», pese a todo. En cuanto se marchase la religiosa, o un poco más tarde, cuando fuesen a cerrar. No podía pasarse sin dinero. Y no había medio, para él, de obtenerlo de otra forma.

Se situó en la esquina de la calle, sin perder de vista la entrada del establecimiento. Sabía ser paciente y esperar el momento oportuno para actuar. Muchas veces estuvo casi veinticuatro horas espiando a alguna persona de quién se suponía llevaba encima una suma considerable de dinero, que iba a llevarlo al Banco. Otras veces espío la entrada de un Banco del que iban a llevar varias sacas con monedas de oro.

Vio salir al fin a la hermana Charity, con su saco negro bastante abultado. Seguramente las muchachas la habían dado medicinas, ropas, artículos de limpieza.

Volvió la espalda, mirando al otro lado de la calle, para que la religiosa no se fijase en él. ¡A ver si de una vez se marchaba y le dejaba en paz!

Pero la blanca aparición se plantó ante él súbitamente, sonriente, brillando en sus ojos una chispa de malicia.

—¿Por qué hace eso, señor Revere? —dijo con voz suave, pero un tanto severa—. Le he reconocido y estoy muy extrañada de verlo así, con ese bigote y esos bultos en la cara...

Revere tragó saliva, atónico, confuso, como si un agente del F. B. I.

le hubiese puesto una mano sobre el hombro, deteniéndole.

—Pues... —murmuró confusamente, con voz trémula—. Qué quiere que la diga... —Ahora sí que creía que el mismo Dios había enviado a su sierva para detener su carrera de latrocinios.

¿Cómo creer si no que aquella religiosa le hubiera podido reconocer, hecho nunca visto antes? El bigote, los trozos de caucho, las gafas negras...

—Señor Revere, Dios me perdone si pienso mal de usted —dijo quedamente la hermana Charity, mirándole fijamente—, pero está queriendo cometer una mala acción, ¿verdad? ¡Dios bendito, no lo haga! Mire: llevo conmigo cuarenta dólares. Usted me dio esta mañana cien. ¿Quiere aceptar estos cuarenta, si se ve sin recursos y por eso impelido a cometer una acción indigna? Pediré a la superiora que le restituya los cien dólares, pero no peque más, no ofenda más a Dios. Puedo buscarle una honrada colocación...



¿Conoce usted

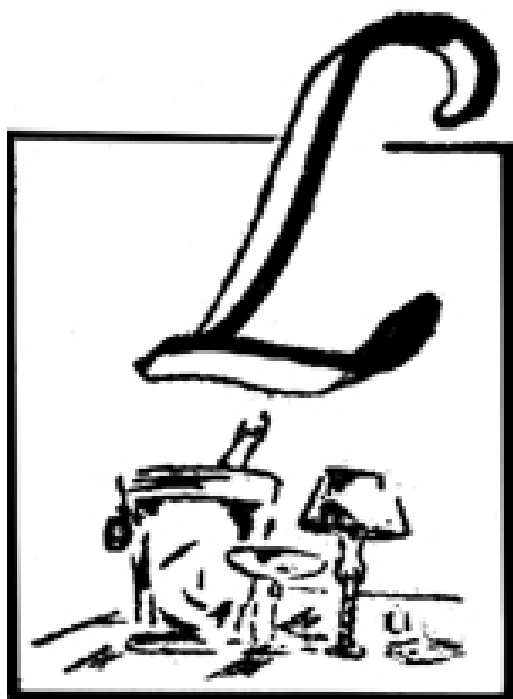
NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

III



A hermana Charity estaba verdaderamente angustiada, y Revere la contemplaba con no menor emoción y pesadumbre. No podía explicarse cómo la religiosa había podido reconocerlo, no obstante su disfraz del rostro. No pudo por menos de querer satisfacer su curiosidad sobre tal extremo.

—¿Cómo me ha reconocido? —Peguntó con asombro.

—No lo sé. Siempre he sido buena fisonomista, es cierto, y fué su figura, sus ademanes, su mentón y nariz; el que usted levanta la cabeza al hablar, como un orgulloso, lo que me hizo ver que usted es Revere. No tiene importancia. La tiene mucho más lo que le he dicho. ¿Para qué se ha desfigurado la cara? ¿Por qué entró en la tabaquería y después en el «drug»?

Revere se dio perfecta cuenta de que no podía engañar a aquella sierva de Dios por mucho que mintiese y disimulase. Había demostrado ser una mujer inteligente, y, sobre todo, un poder sobrenatural parecía guiar sus pasos y acciones en evitación de que él cometiese una nueva felonía.

No contestó a las palabras de la hermana Charity, bajando la cabeza para ocultar su confusión. ¿Para qué decir tonterías, que ella no iba a creer? La pregunta que le había hecho era certera y solamente con la verdad era posible responder. La hermana Charity no necesitaba, a buen seguro, que él lo dijera.

—Tengo que marcharme —dijo al fin en tono desalentado—. No me devuelva nada de lo que le di. No lo necesito.

—Deme su dirección, señor Revere. Buscaré un empleo para usted y le avisaré quizá muy pronto. ¿Conoce alguna profesión, un oficio?

—No se moleste, gracias. Ya me las compondré. No es para tanto, hermana —sonrió alegremente, saliendo un gesto duro, inexpresivo, forzado, de su fruncimiento de labios.

—Que Dios le ayude en su honrado intento, señor Revere —contestó la religiosa, sin dejar de mirarle escrutadoramente—. ¿No quiere darme su dirección?

—Pues..., de momento no tengo alojamiento. Rompí con aquellos hombres por cosas... Y usted no debiera volver por allí, se lo aconsejo. Fué una cosa milagrosa que le dieran ese dinero, y más aún que saliese con bien de aquella casa. No es que yo sea mucho mejor que ellos —se encogió de hombros con desaliento—, y por eso no debe preocuparse más de mí.

—Los que estamos consagrados a servir a Dios tenemos también la misión de reconciliar a cuantas personas viven alejadas de Él por incomprensión, por error o porque creen que jamás podrán ser perdonados por su infinita bondad y caridad. Señor Revere, usted está abandonado y entregado a todas las malas pasiones que la incredulidad lleva consigo. Tengo la seguridad de que si alguien guiase sus pasos iría por el recto camino...

—Otra vez hablaremos de eso, hermana —cortó secamente Revere, que se sentía turbado, lleno de una extraña inquietud, como si temiese rendirse, totalmente a la sugestión de aquella maravillosa sierva de Dios, que tan hondo llegaba con sus palabras a su corazón

—. Es posible que volvamos a vernos. Si puedo, enviaré a su convento algún dinero. Buenas tardes.

Se alejó precipitadamente, mezclándose entre los transeúntes. La hermana Charity hizo un gesto de desconsuelo y pena, reemprendiendo su caminata para recaudar fondos. Era muy triste el caso de aquel hombre, un delincuente quizá peligroso, lanzado libremente por el camino del mal. Muy triste, pero también era como un cargo de conciencia el dejarlo que cometiese actos penados por la ley. ¿No sería su deber el dar parte a la Policía de que Revere era un maleante que usaba de disfraces para la comisión de sus delitos, sus robos, sus atracos? Lo encerrarían, pero ello quizá contribuyese a que se reformase, a que tuviese tiempo sobrado para reflexionar y cambiar, de conducta.

Pero ignoraba la dirección de Revere y con ello la Policía no podría detenerlo. Por otra parte... ¿No era como algo de traición el delatarlo, cuando quizá se presentase la ocasión de regenerarlo sin necesidad de llevarlo a la cárcel? Tenía el presentimiento de que Revere, en adelante, iba a pensar mucho sobre todo cuanto ella le había dicho. Era un hombre, creía ella, susceptible de encontrar el buen camino si se le tendía una mano. Su no fingida emoción, su confusión, el consejo que la dio de que no volviese por la villa de Bailey, la defensa que hizo de ella ante los demás «gangsters», todo indicaba sin lugar a dudas que Revere no era un desahuciado, un hombre totalmente perdido, carne de presidio o de patíbulo. Su mirada era noble, aunque dura, y antes que mentir callaba, confuso, sintiéndose avergonzado.

Siguió su tarea fatigosa la hermana Charity, con resultado alterno, aunque su cartera se iba llenando de billetes y monedas. Mas su pensamiento no se alejaba de aquella alma vagabunda, tan llena de amargura e incomprensión. Era mucho peor que si él estuviese tullido, pidiendo limosna en las calles. Mucho peor, porque nada hay tan atroz como el alma aislada, entregada a la desesperanza, a las peores creencias, o no creyendo en nada grande y hermoso.

Ya cerca del convento, hasta donde llegó andando, porque en sus visitas recorrió las cercanías, volvió la cabeza para cruzar la calle. Y vio a Revere, que ahora intentaba ocultarse entre los transeúntes. Ya no llevaba el bigote ni las gafas, según pudo

observar.

¿Es que la había estado siguiendo el «gángster» desde que se separaron? ¿Por qué? Quizá temeroso de que ella entrase en algún precinto policíaco para denunciarlo. Bueno; estaba segura de que Revere vagaba así porque no tenía ni un centavo en el bolsillo. De lo contrario, estaría en algún bar comiendo, fumando y cavilando sobre su conversación sostenida con ella. Tampoco, estaba segura de ello, había cometido ninguna felonía, ningún atraco con robo.

Estuvo unos minutos ante la puerta del convento sin llamar, tratando de distinguir a Revere entre los peatones. Pero el hombre se había esfumado, o quizá ella no podía distinguirlo. Mucha compasión sentía por él. Tanta como podría sentirla por una criaturita abandonada, hambrienta y enferma. Lo que tenía Revere era mucho más grave que el hambre, que una enfermedad del cuerpo. Ambas cosas se podían remediar, porque nunca faltan almas caritativas ni instituciones que curan tales cosas. Mas Revere era un hombre, no una criatura, entregado absolutamente al mal, sin él ser malo en el fondo, y había que arrancarlo de aquel medio funesto, convencerlo y hacer de él el hombre digno que debiera ser.

La superiora, en su despacho, la recibió con una mirada escrutadora, penetrante, curiosa. La novicia ya le había informado, a mediodía, de todo cuanto la sucediera con los «gangsters» y especialmente con Revere.

Contó la anciana el dinero recaudado por la hermana Charity y lo depositó con un gesto de satisfacción en una caja metálica que guardaba en un cajón de la mesa.

—Hoy ha sido un día excepcional, hija mía —dijo en tono alegre—. Esto nos va a permitir hacer algún extraordinario. Va usted a llevar diez dólares a Toe Campbell, ya sabe dónde vive. Necesita estreptomycin urgentemente para seguir el tratamiento de su tuberculosis. ¿Ha habido alguna novedad en su servicio?

La hermana Charity se ruborizó. Hizo un gesto afirmativo, confusa.

—Volví a encontrarme con Revere. Ese hombre que anda descarriado —y refirió detalladamente aquella aventura a la superiora, que escuchaba atentamente el relato con su suave sonrisa de comprensión.

—Ahora, al llegar al convento, le vi de nuevo. Creo que me ha

estado siguiendo. Seguramente temía que yo lo denunciase a la Policía, y por eso no me perdió de vista.

Sor Cecilia quedó pensativa, cruzadas sus gordezuelas manos sobre el tablero de la mesa.

—Es un asunto extraño —dijo con su voz profunda, suave, llena de inflexiones y gracia italianas—. En todo caso, no me agrada que sea usted protagonista en él. Los hombres, hija mía, y sobre todo los que odian o no creen en Dios ni en nada, son peligrosos. Usted es una novicia, aunque no tengo ninguna queja sobre su conducta, y su fe no es todo lo firme que será si llega a quedarse para siempre con nosotros y pasan años. Dentro de un mes habrá de tomar una trascendental determinación: dejarnos o seguir sirviendo a Dios...

—Seguiré sirviendo a Dios, madre —repuso la hermana Charity con energía.

—No doy por oídas esas palabras —murmuró sonriendo la superiora— hasta que pase el mes de plazo. No se debe adelantar una determinación que pudiera después no cumplirse. El caso es, hija mía, que me agradaría saber que no vuelve a tener trato con ese hombre. Si alguna vez se lo encuentra díglele que se ponga al habla con el padre Richard, que ya está enterado de este asunto. Serán dos hombres los que se encaren, y eso es más propio.

—Así lo haré, reverenda madre —contestó la hermana Charity—. Sin embargo, temo que Revere se alejará de esa pequeña posibilidad de volver al buen camino si le digo que debe hablar al padre Richard. Lo que puede hacer una mujer, aunque sea una religiosa, a veces no puede verificarlo un hombre.

—Es cierto, hija mía. Pero también temo yo que ese hombre pueda perjudicarla si sostiene con él entrevistas y la acompaña. Es un maleante, y un día quizá se habría de ver usted mezclada en algún asunto desagradable, con la intervención de la Policía... Opino que eso excede de lo que es su misión fuera del convento, hija mía. No olvide jamás al Señor por pensar en la suerte de un hombre.

—¿Y si sirviera al Señor convirtiendo un alma, reverenda madre? —preguntó suavemente la hermana Charity—. También eso es deber nuestro. Todo cuanto hacemos es por amor a Dios y para que los demás lo amen.

—¿Tiene usted la absoluta seguridad, hija mía, de que es por

amor a Dios por lo que, según veo, quiere seguir tratando a ese hombre? ¿Y cree que lo conseguirá? ¿No será un mundano prurito de conquista, más femenino que otra cosa? —replicó con mucha más suavidad la madre superiora, sonriéndole los bellos ojos negros.

—No es nada de eso, reverenda madre, se lo aseguro —dijo la hermana Charity con firmeza—. Cuando yo entré aquí, y de eso hace un año, dejé en la puerta de este convento todo cuanto podía suponer vida mundana, sentimientos contrarios a lo que es regla y norma de la vida religiosa. Mi único amor es Dios. Por Dios, porque tenga un nuevo hijo que crea en él, pienso en Revere, y sería feliz sirviendo a Dios al hacerlo un hombre honrado y creyente. Tengo fe en mi amor a Dios, y Él no me dejará vacilar ni apartarme de su servicio.

Sor Cecilia contempló con ternura a la bella hermana Charity, a aquella muchacha, hija de millonarios, que un año antes había llamado a la puerta del convento pidiendo asilo, resuelta a seguir la vida religiosa. No la obligó a tomar tal determinación un desengaño, una desgracia, un amor frustrado o un voto precipitadamente ofrecido. Fué, sencillamente, una llamada, como un aldabonazo en lo más hondo de su corazón, que la hizo ver claro y luminoso el camino que debía tomar. Servir a Dios como una religiosa.

—Podemos hacer un arreglo, un compromiso —propuso la superiora, sonriendo—. Usted tiene todo el mes que ha de seguir de novicia para tratar de llevar por la buena senda a Revere. Su responsabilidad como novicia es menor que si ya hubiese hecho los votos eternos de esposa del Señor. Pero jamás ha de olvidar cuál es su deber, hija mía, como dedicada a servir exclusivamente a Dios. Lejos de usted toda tentación derivada de su trato con ese hombre. Si vacila, si su fortaleza decae lo más mínimo, dígamelo y le será devuelta la libertad para volver al mundo. Sería un pecado espantoso el que usted, con la disculpa de tratar de convertir a un hombre, se viese traicionando a Dios.

—No lo traicionaré, reverenda madre. Creo que, por amor a Dios, mi deber es salvar a Revere de ser condenado, primero, por los hombres, y después, por Nuestro Señor. Pocas obras de caridad habrá más sublimes que la de hacer que un hombre que camina hacia su total perdición sea salvado y pueda elevar su mirada al

Altísimo con tranquilidad de espíritu porque su alma quiere a Dios sobre todas las cosas.

—De acuerdo, hija mía. Estoy un poco inquieta, no lo niego, ante la magnitud de la empresa que quiere llevar a cabo. Es muy poco tiempo el que lleva entre nosotras para realizar ese acto de caridad, siempre difícil, largo, lleno de vacilaciones. Revere, no lo olvide, es un hombre que jamás ha sentido el más leve deseo de tranquilizar su conciencia. Está en la ignorancia y ha de hacer grandes sacrificios para renunciar a lo que siempre fué su vida. En fin, hija mía, que Dios la ayude.

Revere no sabía por qué fué siguiendo durante toda la tarde a la hermana Charity, como un perro abandonado que va tras su casual benefactor que le ha tirado unos trozos de pan o le ha acariciado el esquelético lomo en un gesto de compasión. Esto era lo que realmente sentía él, íntimamente, por la religiosa. Una especie de gratitud, de respeto infinito, de amor extraño, muy alejado de todo lo que fuera física admiración por su belleza.

Iba tras ella ocultándose, y había olvidado que en el bolsillo no tenía sino un par de dólares por toda fortuna. Había olvidado que tenía que obtener unos ingresos mediante una felonía, porque ya no deseaba cometerla: al menos por aquel día. La hermana Charity le había pedido que no hiciese nada indigno, y él no deseaba hacerlo. No quería pensar lo que le ocurriría al día siguiente, cuando no pudiera desayunar y el hambre le produjese calambres en el estómago; cuando se le acabasen los cigarrillos, su gran vicio, y no pudiera comprarlos; cuando llegase el mediodía y tampoco pudiera comer.

Entró en un portal y se quitó los trozos de caucho, el bigote postizo y las gafas negras. No iba a dar el «golpe», y, por lo tanto, no necesitaba alterar su fisonomía.

Siguió después a la hermana Charity, que entraba y salía en las tiendas, subía a los pisos de las oficinas, siempre ágil, entusiasta, sonriente, saludando con la mano a sus benefactores, entregada a una tarea en la que ella, particularmente, no obtenía ningún beneficio. ¿Qué clase de sentimientos tenía aquella religiosa y qué fué lo que la hizo dedicarse a tal misión? Para él, incomprensible todo. Pero admirable, sublime.

Llegó hasta cerca del convento de las Sierras de Dios siguiendo a

la religiosa. Estaba en la III W Street y miró a su alrededor, orientándose. Se escabulló cuando la novicia miró atrás para que no le viera. Era ridículo lo que hacía, estaba seguro de ello; pero no pudo ni quiso evitarlo. Sentía un extraño placer en ello.

La vio entrar cuando la gran puerta de vieja madera, con grandes clavos negros, se abrió. Desapareció ella en la oscuridad, pues ya era de noche, y sintió cierta angustia en su corazón. Como el perro que ve desaparecer a su anónimo y casual benefactor en el portal de su casa y se queda de nuevo solo, triste, añorando su presencia, sus caricias.

Tragó saliva y se alejó con paso lento, entristecido, calle abajo, hacia el Harlem negro. Su mano diestra, en el bolsillo del mismo lado del pantalón, tocó los dos billetes arrugados que eran toda su fortuna. En otras ocasiones se vio incluso sin un centavo, pero pronto salió de apuros al abordar, en sitio adecuado, a algún transeúnte y arrebatarle la cartera después de propinarle un culatazo en la cabeza. Ahora no quería admitir que había de asaltar a un transeúnte o un establecimiento para obtener dinero. Había prometido a la hermana Charity no hacerlo.

A las once de la noche seguía vagando por las calles del Harlem negro sin rumbo fijo. Se había gastado ochenta centavos en cenar un huevo frito con patatas. Su hambre se aplacó durante un rato. Era fuerte él y comía en abundancia.

Le quedaba un dólar y veinte centavos. Podía dormir en una habitación, en el Harlem italiano o hispano, por medio dólar; pero apenas si le quedaría para desayunar al siguiente día, y menos aún para comer al mediodía.

Encendió un cigarrillo y vio con horror que solamente le quedaban siete en el paquete. Aquello sí que era grave...

En un bar, ante cuya puerta pasó, vio a un conocido, un «gángster» negro. Neil, el exboxeador. Un tipo bestial, sin sentimientos, sin corazón. Estuvo con él en la banda de Warton, dedicada a las drogas. Neil siempre le demostró cierto afecto, no sabía él por qué, teniendo ambos tan encontrados sentimientos. Neil le respetaba, eso era lo cierto.

Le llamó, sin entrar en el bar. Neil se volvió, fruncido el ceño, al ver a Revere lo miró fijamente, sin hacer ningún gesto amistoso. Salió a la calle el negro, mirando a todos lados con desconfianza.

—Hola, Neil —dijo Revere sin tenderle la mano—. Te vi ahí dentro y...

—Levanta el vuelo y no aterrices hasta llegar a diez millas de aquí, Revere —dijo el «gángster» con voz queda—. Te hago esta confidencia porque me eres simpático. Pinkney, Hoffmann y el mismo Bailey te están buscando como si fuesen a recibir una prima de diez mil dólares por entregarte a la Policía.

—Me lo figuraba —respondió Revere, encogiéndose de hombros—. Los he dejado ésta misma mañana. Ya sabes que a mí eso de matar...

—Como siempre. No sé para qué entras en «gangs», si sabes que hay que hacer de todo. Bueno, vete, porque éstos han estado aquí no hace ni diez minutos. Van desperdigados, aunque aquí coincidieron para preguntarme si yo sabía algo de ti. Si vuelven les diré que no te he visto. Chico, es muy mal asunto eso de que tengas a la espalda a tres tipos que han jurado matarte, en tanto que tú no dispararás a matar sobre ellos, estoy seguro.

—Claro que no. Pero no me da mucho cuidado. Saldré bien. Oye, Neil: ando mal de dinero. He de dar un «golpe», a la fuerza, para reponer fondos. ¿Querías prestarme unos dólares?

El negro movió la cabeza, denegando. Sonrió al dar una palmada en un hombro a Revere.

—Ya está bien con el servicio que te he hecho, Eddy. Si no eres un idiota, salvarás la vida. Puede ser que no. Yo no doy dinero a cadáveres, chico. ¿Quién me lo va a devolver? Bailey me dijo que si yo te veía me daría cincuenta dólares si conseguía tenerte entretenido mientras le avisaba que estabas conmigo. Teme que le denuncies, por culpa de una monja que te ha convertido o no sé qué... —rió groseramente—. Solamente te faltaba eso, Eddy.

—Gracias de todas maneras, Neil —murmuró Revere secamente—. Te diré que soy más duro de pelar de lo que creas tú y Bailey, aunque no tire a matar. Te hubiera devuelto hasta el último centavo. En cuanto a lo de la monja, mejor será que no hablemos de ello. Bailey se proponía divertirse con una religiosa que fue a pedir una limosna, y eso no me gustó. Como no me gusta que se maltrate a las mujeres, sean lo que sean.

—Bueno; allá tú, caballero andante —repuso riendo de nuevo el negro—. Yo te he avisado ya de que quieren liquidarte esta noche.

Ponte a bien con Dios. Para eso no necesitas dinero. Adiós. ¡Ah! —añadió señalando con un gesto de su mentón tras la espalda de Revere—. Ahí tienes a Pinkney. Yo me lavo las manos —y entró aprisa en el bar.

Revere se volvió lentamente hacia la calzada, puesta su mano en la culata de su pistola, bajo la axila. Quedó rígido, como envarado, sin perder de vista al enorme «gángster», que cruzaba la calle con su paso de mastodonte, ostentoso, las manos a la espalda.

—Hola, Revere —dijo Pinkney, mirándole fijamente, apretadas las mandíbulas—. Creo que harías bien en acompañarme sin hacer tonterías. Eres incapaz de disparar, de manera que saca esa mano de ahí. Bailey quiere hablarte. Siente lástima de ti, ¿sabes?, de tener que «picarte» si sigues haciendo el idiota. Anda, ven.

—No quiero nada con él ni contigo —repuso secamente Revere, sin apartar la mano de la culata de su pistola—. Hemos terminado, y creo que el mundo es lo bastante grande como para que nos estorbemos. Ya habrá visto que yo no denuncio a nadie. Tampoco soy tan idiota como para ignorar lo que pensáis hacer de mí si te sigo —sonrió con ironía—. Así es que lárgate, porque matar a un tipo como tú es hacer un bien a la Humanidad. Lo haré, Pinkney, si haces algo extraño que no me guste.

—¡Bah! Puedes dar gracias a que la orden que tengo de Bailey es la de tratar de convencerte de que debes seguir con nosotros, que si no... —repuso Pinkney con desprecio—. Bueno, aprendiz de monje —rió groseramente—, tú verás lo que te conviene. Bailey no tiene mucha paciencia y...

—Que te vayas, hombre —murmuró rudamente Revere, casi ocultos los ojos tras los párpados—. No sigas haciendo comedia. Cuando quieras liquidarme da la cara, como la doy yo ahora. Vete o...

Pinkney se alejó con paso lento, ostentoso, sin volver la cabeza, y desapareció tras una esquina. Revere, inmóvil, pensaba sobre los minutos que le quedarían de vida a partir de aquel instante. Pinkney había ido a buscarlo para asesinarlo en cualquier lugar un poco alejado, desierto. Había fracasado, pero solamente de momento. Ahora estaba oculto y dispararía tan pronto se le presentase ocasión.

IV



EVERE estuvo indeciso sobre lo que hacer para escapar a la emboscada que indudablemente le tendía Pinkney, aquel morbosos asesino que gozaba matando. Estaba metido en una red de calles y callejas, a aquella hora medio desiertas, donde tumbar a un hombre a tiros o puñaladas no era considerado como un suceso extraordinario.

Pensó también en Hoffmann, tan peligroso o más que Pinkney. ¿Estaría también acechándole, como su compañero de crímenes?

Neil fué hasta la puerta del bar. El negro sonrió al ver la indecisión de Revere, parado en la acera y mirando a su alrededor con ansiedad.

—¿Qué te ha dicho Pinkney? —preguntó al joven.

—Que me deje asesinar por las buenas, siguiéndole —repuso adustamente Revere.

—Mal asunto, muchacho, Yo pondría mucha distancia entre ellos y mi querida persona. Chicago no está mal para pasar una temporada, hasta que la Policía se fije en uno. Si quieres ir, yo te recomendaría a un amigo que no se dedica sino a cosas pequeñas, sin violencias.

—¿Voy a ir andando? —inquirió Revere acremente.

—Ya te he dicho que yo no presto dinero a muertos. Y lo vas a estar si sigues ahí, como un poste, esperando a que te tomen por blanco —repuso Neil, encogiéndose de hombros.

Después se alejó calle abajo, a paso apresurado, quizá temiendo que de un instante a otro Revere se viera metido en el tiroteo.

El joven arrojó la colilla del cigarrillo con cierto pesar. No hacía caso del hambre que ya sentía, ni del sueño, pero contaba los cigarrillos que le quedaban y temblaba que llegase el instante en que se le agotasen.

Comenzó a caminar lentamente calle arriba. Tenía razón Neil. Allí no solucionaba, nada, y en cambio podrían disparar sobre él casi impunemente, inmóvil y lleno de indecisión. Era preferible afrontar la muerte, salir de dudas. Quizá podía tener suerte y escapar a la mortal asechanza.

Penetró en el Harlem negro, en lo más sombrío y misterioso del distrito, allá por la 145E Street. Había una maraña de callejones, algunos sin salida. En uno de ellos, en el sótano de una casa, sonaba una extraña melopea negroide; ruido de cánticos, tambores y maracas, con saxofones y un piano locamente tocado.

Un agente uniformado, negro, paseando tranquilamente, lo miró con cierta sospecha, siguiéndole con la vista. No era muy corriente, a aquellas horas y en tales sitios, ver a un blanco deambular. Revere sintió deseos de estar allí, cerca del agente, lo que restaba de noche. Era para él la seguridad de que Pinkney no se atrevería a disparar sobre él.

Durante unos minutos, pocos, fué detrás del «cop» negro, que se volvía de cuando en cuando para observarlo. Finalmente, el hombre se detuvo, dio media vuelta y se acercó a Revere hoscamente.

—¿Se ha extraviado, o qué diablos le pasa? —preguntó rudamente.

—Paseo, como usted. Yo, por distracción. Me gusta el ambiente este —contestó flemáticamente Revere, sonriendo—. Soy escritor,

ya comprende...

—Levante los brazos y veremos si lleva lastre —dijo el «cop», cuyas sospechas aumentaron con la respuesta del «gángster».

Revere no estaba dispuesto a que le quitasen la pistola y después lo llevasen a una estación de la Policía, acusado de llevar armas sin licencia.

Pinkney intervino entonces, quizá impaciente por terminar su misión asesina. También pensando en que asesinando al agente, primero, Revere lo iba a pasar muy mal si le dejaba metido en aquel lío sin matarlo. El caso es que sonó un fuerte disparo y el «cop» se inclinó hacia adelante, porque la bala le entró en la espalda.

Revere sacó su pistola, buscando al asesino, que permanecía en la oscuridad, en una rinconada. El «cop» estaba ya en el suelo, moviéndose mientras se quejaba.

—Yo no he sido —murmuró aguadamente Revere, arrodillándose al lado del desdichado negro—. ¡Yo no he sido, agente! ¿Se dio cuenta?

—Lléveme... al precinto, a la clínica de ahí cerca, donde sea... —contestó el «cop» con voz débil—. ¡Madrecita mía! Dios bendito, cúmplase tu voluntad.

Revere lo levantó con cuidado, echándoselo sobre un hombro. No pensaba ya en Pinkney, que le había metido en un lío espantoso con herir al agente de la Policía. Con el «cop» en brazos, a pasos largos, corrió por la calleja, buscando la casa de socorro, que debía estar cerca, según dijo el pobre herido. Pero él no conocía aquella parte del Harlem negro y no sabía si se acercaba o se alejaba de aquel sitio.

—¿Qué tal se encuentra? ¿Voy bien por aquí, agente? —preguntó con voz jadeante—. Agente: ¿es por aquí?

No recibió respuesta. Notó que el cuerpo del hombre se movía fláccidamente, colgando sus piernas y brazos inertes. Un sudor frío corrió por su frente. Se detuvo y dejó caer al suelo su carga. Cogió la muñeca del agente y buscó con ansiedad el pulso. No lo encontró. Encendió el mechero y contempló el rostro moreno, ahora ceniciento, del agente, cuyos ojos estaban muy abiertos, con la blanca córnea brillando, pero no las pupilas.

—¡Maldito sea ese canalla! —gimió Revere al constatar que el «cop» estaba muerto.

Miró a su alrededor con pánico. No por si Pinkney estaba cerca, sino por si aparecía algún agente policíaco y lo encontraba al lado del muerto.

Hizo lo que su instinto de salvación le exigió. Se lanzó a una loca carrera calle abajo, como si toda una brigada de la Policía le fuese pisando los talones. Si le encontrasen al lado del agente muerto, la silla eléctrica sería su postrer etapa en aquella vida desgraciada, de exasperado, que estaba viviendo.

Restalló un disparo, no lejos de él, a su espalda, y la bala le pasó por encima de la cabeza, casi rozándola. Revere sacó su pistola, lanzando un rugido de rabia. Esta vez tiraría a matar sobre Pinkney si se le ponía a su alcance. El asesinato del pobre «cop», para comprometerlo a él, era un crimen incalificable, ni siquiera bien meditado, visto lo que él había hecho, que era lo más elemental en quién teme a la Policía.

Buscó a Pinkney, que estaba oculto entre las sombras de aquellas casucas miserables, sin reverberos apenas en la estrecha calle sin aceras.

—¡Da la cara, valiente! —gritó Revere con furor—. ¿No decías que siempre la dabas? Ya sabes que yo no tiro a matar —rió nerviosamente— porque soy un cobarde, gallina asustada. ¡Da la cara!

No podía distinguir a Pinkney. Estaba persiguiendo a un fantasma muy peligroso, cuya puntería era famosa entre los «killer» neoyorquinos. Era seguro que acabaría por matarlo en aquella lucha traicionera entre las sombras. Falló la primera bala, pero era muy dudoso que errase si volvía a tirar.

Sonó un segundo disparo, y Revere, aterrado, se arrojó al suelo, buscando con la mirada a Pinkney. La bala silbó también, como la primera, por encima de su cabeza. ¿Qué le ocurría al experimentado «killer»? ¿Lo hacía para asustarlo hasta enloquecer? ¿Para llevarlo aterrado por todo el distrito corriendo y al final liquidarlo?

Vio una sombra correr, y sobre ella disparó sin vacilar. No era Pinkney aquel que corría a ocultarse. Era Hoffmann, el judío. Comprendió que por eso seguía viviendo. Hoffmann no era tan buen tirador como Pinkney. Por lo visto, se habían relevado en la persecución, o tal vez Pinkney estaba con su compinche, pero sin entrar en acción. Era indudable que parecía estar jugando con él a

un macabro escondite, perdonándole la vida de momento para hacerle enloquecer de pánico.

Se levantó, pegándose al muro de una casa. Estaba resuelto a tirar a matar sobre aquellos dos asesinos. Faltaba que lo dejaran, pero no perdería la razón ni se acobardaría por tenerlos tras él queriendo asesinarlo.

Cruzó la calle de dos saltos, tomando la iniciativa, buscando a los dos asesinos. Desde allí observó la esquina de la calle. Al otro lado estaba el misterio, quizá la muerte. Era un lugar ideal para esperar a la presa, sin exponerse. El que diese la vuelta a dicha esquina se encontraría con la vida truncada.

Revere, corriendo, se lanzó a la revuelta aquélla con ímpetu, deseoso de afrontar la muerte. Mucho peor era huir y que lo cazasen como a un conejo, sin saber de dónde le llegaba la muerte.

Tras la esquina no había nadie. Cruzaba la 146E Street, desierta, con los faroles reducidos a una leve luz que apenas si iluminaban un radio de tres o cuatro yardas. Y por ello no vio a Hoffmann. Podía estar casi a su lado, oculto en el hueco de un portal, de una tienda, de uno de esos sótanos que tienen su entrada rodeada de una barandilla, pegadas a las casas.

Oyó los pasos lentos, la tos de un hombre. No podía ser otro que un agente de la Policía. Lo era, en efecto. Pasaba bajo un reverbero y vio su uniforme oscuro, la placa brillando sobre su pecho.

Dio media vuelta y se alejó corriendo. No era segura la cercanía de un «cop» para él. Siguió corriendo, abriendo sus largas piernas, deseando escapar a la persecución de Hoffmann. No eran sino poco más de las doce y media de aquella noche in terminable, angustiosa.

A lo lejos vio pasar un autobús, que iba despacio. Apretó a correr y logró darle alcance cuando iba a parar en la esquina de la calle. Subió y se sentó, jadeando. El coche iba casi vacío. Unos negros, medio adormilados, le miraron un segundo y volvieron a su postura indolente. Se creyó a salvo y lanzó un suspiro de alivio.

Contempló con dolor los veinticinco centavos que hubo de entregar al cobrador. Con aquel dinero hubiera podido comprar un paquete de cigarrillos, tomar una taza de café o entrar en un cine para dormir durante tres horas. En fin, su vida ya no corría peligro, y esto era lo esencial para él. Los había burlado.

El autobús bajaba por la Séptima Avenida. Le daba igual esto. El

caso era alejarse, perderlos de vista, si era posible, para siempre. Vivir bajo una amenaza como aquélla era espantoso. Tanto más espantoso cuanto más tiempo lograrse escapar a la persecución sin lograr del todo evitarla. No tenía dinero para salir de Nueva York. Ni para tomar otro autobús o el «subway», si le hacía falta. Ya sabía él que Bailey sería informado de donde él estaba tan pronto le viese algún «gángster» conocido. Y vuelta a empezar...

La luz de dos faros, amarillenta, le hizo volver la cabeza, mirando por la ventanilla. Era un «Oldsmobile» que iba muy cerca del autobús, un poco detrás. Era color azul oscuro. Iba iluminado interiormente, y Revere vio a Bailey, a Pinkney y a Hoffmann, que sonrieron irónicamente al mirarle.

Se sintió como aplastado por una angustia infinita. Allí estaban sus mortales enemigos de nuevo, esperando a que se bajase del autobús para cazarlo. Todo cuanto hiciera para escapar sería inútil. Aquellos hombres estaban obcecados en matarlo, con un rencor casi incomprensible, porque él no comprendía en modo alguno qué podía haberlos hecho, si no los denunció a la Policía, ni los amenazó, ni trató de coaccionarlos con un chantaje. Solamente por el hecho de separarse de la banda le trataban de tan salvaje forma.

El autobús llegaba al final de su trayecto, en Central Park North. Había que bajarse, o entregar otros veinticinco centavos y reanudar en sentido inverso el trayecto. ¿Conseguiría con ello alejar el mortal peligro? No, seguramente. Iban por él, a matarlo, y paseo más o menos, dentro del coche, igual les daba. Se reirían aún más de él, de su cobardía.

—No pasa de aquí, señor —dijo el cobrador a Reveré cuando el coche se detuvo—. Es final de trayecto.

—Volveré al punto de partida —repuso el «gángster» cuando vio que el coche azul se detenía un poco detrás y asomaba su cabezota Pinkney, vigilando la bajaba de los escasos viajeros.

El cobrador hizo un gesto de asombro ante la respuesta de Revere. No comprendía cómo a aquellas horas hubiese una persona que se distrajesa yendo y viniendo en el autobús.

Les sentó bastante mal a Bailey y sus hombres la determinación de Revere. El «boss» hacía gestos de cólera, impaciente. Un «cop» subió al autobús, y esto hizo desistir a Pinkney de su decisión de subir al coche y ametrallar a Revere sin más preámbulos.

El autobús dio la vuelta y emprendió la subida, de nuevo, al Harlem. Revere pagó otros veinticinco centavos, lanzando un hondo suspiro de desconsuelo, y buscó un asiento en el que se sintiese más protegido contra una posible ráfaga de balas enviadas por los burlados «gangsters».

El coche de Bailey emprendió igualmente la persecución del autobús. Era bien claro su propósito de liquidar aquella misma noche a Revere.

El «cop» se bajó en la próxima parada, y Revere se sintió más inquieto. Había visto antes a Pinkney decidido a subir al autobús, y ahora, sin el agente uniformado, tal vez quisiera emprender de nuevo la aventura. Peor para él, porque estaba decidido a meterle una bala en la cabeza tan pronto asomase por la puerta de entrada del carruaje.

Meditó, mientras no dejaba de observar al coche de Bailey, que iba tras el autobús lo que baria cuando llegase de nuevo al final de trayecto. ¿Emprender de nuevo el regreso? ¿Gastar otros veinticinco centavos? ¿Conseguiría con ello cansar a sus perseguidores y hacer que renunciasen a asesinarlo? Conjeturó que era infantil suponer tal cosa. Pinkney acabaría por subir al autobús y armar el zafarrancho.

Concibió un audaz proyecto cuando faltaba muy poco para llegar al final del trayecto, en el norte del Harlem negro. Se levantó y encaróse con el cobrador, que dormitaba en su asiento, moviendo la cabeza al compás del movimiento del coche. Le dio un golpecito en un hombro.

—Mande parar ahora, antes de llegar a la parada —dijo con voz bronca, mirándole amenazadoramente.

—¿Eh? —repuso el cobrador, con asombro—. Llegamos en seguida, señor. No se puede...

—Que frene un poco la marcha entonces —ordenó Revere—. Quiero bajarme ahora mismo. ¡Vamos, hombre! —Sacó su pistola, apuntando al atónito cobrador, que oprimió el botón eléctrico dos veces sin dejar de mirar con terror la pistola del «gángster».

El conductor volvió la cabeza y se dio cuenta de lo que le ocurría a su compañero. Frenó un poco, obedeciendo lo que le decían, y el cobrador dio a la palanca de abrir las puertas.

Revere se lanzó al suelo cuando aún el autobús iba bastante veloz. Detrás, como a unas cuarenta yardas, estaba el coche de

Bailey.

Se lanzó a la carrera por entre las sombras, haciendo eses, buscando la próxima esquina. Oyó cómo Bailey aceleraba la marcha del motor de su coche, frenando bruscamente, para volver a lanzarlo en su persecución.

Si no escapaba ahora, lo matarían.

Corría desesperadamente, pegado a las fachadas de las casas, rehuyendo la claridad de los reverberos para no ser distinguido. El coche estaba ya encima, con los dos faros amarillentos esparciendo una luz cegadora.

Se metió en el hueco de un portal, encogiéndose, con la pistola en la mano. El coche, lentamente ahora, estaba muy cerca. Pinkney iba asomado a una ventanilla trasera. Hoffmann, a otra delantera. Bailey miraba a un lado y otro de las dos aceras.

Un agente uniformado detuvo su paso tranquilo para observar la extraña maniobra del coche. Bailey aceleró un poco más la marcha, y los dos «killers» se retiraron de las ventanillas, adoptando una actitud indiferente. Revere, oculto en el portal, respiraba anhelante, esperando que aquel agente de la Policía no se apártese mucho de donde estaba. Era su salvación.

El coche se alejaba. Pinkney miró por la ventanilla, observando al «cop», que proseguía su ronda, las manos a la espalda. Después se bajó, y tras él Hoffmann, caminando cada uno por una acera. El peligro aumentaba, y Revere tuvo la seguridad de que dentro de cinco minutos Pinkney llegaría al portal donde él se escondía. El combate era inevitable, y para vivir él tendría que matar. Sudaba angustiosamente ante esta idea.

Salió del portal sigilosamente, pegado a la pared, para no ser visto por el «killer».

—¡Está ahí! —gritó Hoffmann desde la acera de enfrente, y disparó sobre Revere.

Pinkney, sorprendido, miró en derredor, sacando su pistola.

Revere corría calle abajo, en busca de la próxima esquina. El coche de Bailey se puso en marcha, acelerando a toda prisa. Pinkney corría tras él, y Hoffmann cruzó la calle, pretendiendo cortar el paso al joven.

Bailey dobló la esquina con su coche cuando Revere hacía igual maniobra. Pero el automóvil no podía moverse con la agilidad de

Revere, y éste se colocó de dos zancadas a la trasera del «Oldsmobile», atravesando la calzada vertiginosamente para llegar a la acera opuesta. Empezó la huida de nuevo, haciendo regates junto a las fachadas de las casas.

Oyóse, lejano, el silbato del «cop», alarmado por el ruido de las detonaciones de los «gangsters». Revere corría desenfrenadamente, y dobló otra esquina. El coche de Bailey había dado la vuelta, en un nuevo intento de cortar el paso. Pinkney chillaba a Hoffmann para que no se quedase atrás.

Bailey disparó sobre Revere, pero los regates de éste hacían imposible precisar la puntería. Corría de una acera a otra, brincando como un gamo, sacando fuerzas de flaqueza, porque en ello le iba la vida.

Se encontró de repente en la III W Street. Reconoció la calle, y corrió aún más, sintiéndose alentado por una extraña alegría. Iba escapando de la feroz persecución. Bailey detuvo su coche, gritando algo a sus secuaces. Había perdido de vista a Revere, indudablemente. Gritaban también Pinkney y Hoffmann, consultándose.

Se metió en un portal para descansar unos segundos. Su corazón latía locamente, agotado por la fatiga y la emoción. Apoyó la cabeza sobre la fría piedra de la pared, cerrando los ojos. Se caía de cansancio. Y no más lejos de cien yardas, los tres «gangsters» le buscaban todavía con una tenacidad feroz.

El ruido de un motor se dejó oír de repente. Una blanca luz iluminó la calle. Revere vio que era un autocar de la Policía, que acudía a la llamada de alarma del «cop». Se detuvo, y del coche saltaron una veintena de agentes, Bailey y los suyos montaron en el coche azul a toda prisa. Comenzaron a disparar cuando varios agentes les dieron el alto. Inmediatamente la calle se llenó de atronadores ruidos de armas automáticas al ser disparadas.

Revere, en su escondrijo, encogido, presencié aquel espectáculo de la huida del coche de Bailey, seguido por el autocar, del que brotaban llamaradas continuas de las ametralladoras de mano de los agentes policíacos.

Unos segundos después, el silencio reinaba en la calle. Varios vecinos, asomados a las ventanas de sus casas, hablaban y chillaban, comentando el suceso, que no era nuevo para ellos.

Comenzó a andar despacio Revere, tranquilizado. Estaba rendido de cansancio, de hambre, que ahora le torturaba insistentemente. Encendió un cigarrillo con ansiedad, tragando profundamente el humo para adormecer el hambre.

Vio un edificio cuadrado, extraño, que tenía como un atrio, con dos columnas ante la gran puerta de madera claveteada. Era el convento de las Siervas de Dios, y lo reconoció con alegría.

Subió los peldaños de la escalinata y buscó el rincón que hacía una gruesa columna, en una especie de porche, donde estaba la puerta principal. Se sentó sobre las losas, tras la columna. Era aquél un rincón acogedor, que le ocultaba completamente de quien pasase por la acera.

Allí estaba, dentro, la hermana Charity. Seguramente durmiendo, si no la había despertado el fragor del combate callejero de minutos antes. Y él, como un perro abandonado, en la calle, pero bajo el porche, bajo el mismo techo, casi, que ella.

En la puerta había un letrero, en un marco. Revere se levantó y lo leyó: «Siervas de Dios. Llamad y se os atenderá».

Conmovido, volvió a su rincón. Buscó una postura cómoda, dobladas las rodillas, con los brazos sobre ellas, apoyando la frente sudorosa, y cerró los ojos. No llamaría, pese a la invitación del cartel. Su «caso» no era de los que se atienden con facilidad. No estaba enfermo, ni necesitaba asistencia, ni aquellas dulces mujeres se la podrían prestar, dándole cobijo para dormir.

Invadido por la ternura, pensando en aquella religiosa, tan obstinada en querer salvarlo del abismo en el que iba cayendo él, sus ojos se cerraban, vencidos por el sueño. El estómago le daba calambres de cuando en cuando, reclamando alimentos. Pero allí se sentía feliz, porque cerca estaba de Dios, de la paz.

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA

NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO

EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

V



ACÍ las siete de la mañana del siguiente día, la hermana Charity abrió una de las hojas de la gran puerta claveteada, esgrimiendo una escoba. Ella ayudaba a las religiosas a hacer la limpieza hasta la hora de marcharse a hacer sus colectas. Vio un bulto oscuro tras la columna. Un hombre sentado, recostada la espalda sobre la pared, con las piernas encogidas y apoyada la rizada cabeza sobre los antebrazos, que descansaban sobre las rodillas. Un hombre durmiendo, quizá esperando a que la puerta del convento se abriese para dar algún aviso.

Se acercó al hombre, que estaba mal trajeado, sucio, aspeado. Era joven y fuerte. La hermana Charity, muy observadora e

inteligente, se dijo que el traje que llevaba aquel hombre, marrón oscuro con rayas blancas, no le era desconocido. Ni aquella cabeza de pelo de color castaño, rizado, casi rubio.

—¿Quería algo, señor? —preguntó con su dulce voz, inclinándose un poco.

El durmiente no pareció oír aquellas palabras. Respiraba profundamente, entregado por entero al descanso.

La hermana Charity se inclinó aún más para tratar de ver el rostro del hombre, oculto por los antebrazos y las rodillas. Lo consiguió en parte y lanzó una exclamación de asombro. Era Revere, el «gángster». Por entre la entreabierta americana asomaba la culata de una pistola negra, bajo el brazo izquierdo.

Quedó indecisa la novicia. ¿Qué motivos habían impulsado a aquel hombre a estar allí, quedándose dormido? Seguramente que carecía de dinero para alquilarse una habitación y fue vagando por la ciudad hasta llegar allí. Y ¿por qué precisamente allí, a la puerta del convento?

Entró apresuradamente en las habitaciones interiores del edificio, buscando a sor Cecilia, la madre abadesa. Estaba en la cocina, disponiendo con la hermana cocinera los desayunos.

—Reverenda madre, está ahí... —dijo la novicia con voz emocionada. Durmiendo tras las columnas. Me ha dado mucha pena...

—¿Quién está ahí, hija mía? —preguntó la anciana con asombro—. Bueno, a veces hay gentes que esperan a que abramos para darnos avisos o pedir limosna.

—Es Revere, reverenda madre. Revere, el «gángster» —aclaró la hermana Charity con ansiedad—. Ha debido pasar ahí la noche, quizá por falta de recursos para alquilar una habitación. Creo ver un extraño significado en el hecho de que haya sido aquí, precisamente, donde ha venido.

—¡Ah! —murmuró dubitativamente la superiora, mirando fijamente a la novicia—. Revere, ese descarriado... Está visto que nos hemos de estar ocupando de él en todo momento. Y ¿qué hemos de hacer en vista de eso, hija mía? Cuando despierte, que se vaya, y en paz.

—Si no tiene recursos, padecerá hambre, reverenda madre. Ayer nos dio cien dólares como limosna. Le quise devolver parte de ellos

y no lo aceptó. Es una persona que necesita ser atendida hasta que pueda valerse por sus propios medios.

—¡Hum! No me dan mucha lástima los hombres jóvenes, fuertes, sanos, que han de ser socorridos, hija mía. En este país, el que no trabaja es porque no quiere. Hay trabajo, buenos jornales o sueldos. ¿No le ofreció usted colocarlo y él rehuyó la cuestión? Es un maleante, y esa clase de hombres no tienen nunca deseos de ganarse la vida con el sudor de su frente. Les es más fácil robar, asesinar...

—Revere debe ser todo eso que usted dice, reverenda madre —afirmó la novicia con tristeza—. No lo niego. Pero es a esas personas, precisamente, a las que hay que salvar, rescatar del poder del demonio. Dios, seguramente, ha hecho que él venga a nuestra puerta, desfallecido, derrotado, para ofrecernos su alma atormentada y que se la curemos. Ahuyentarlo sería sumirlo en la desesperación.

Sor Cecilia miró con cierto asombro a la novicia. Aquella muchacha, de no más de veintidós años, educada en un ambiente tan opuesto a la vida religiosa, decía unas cosas tan profundas, tan llenas de sentido y contenido caritativo, que la asombraba muy frecuentemente. Parecía una religiosa veterana, llena de experiencia en la vida de consagración a Dios.

—Bueno, ¿y qué sugiere usted que podríamos hacer por ese hombre? —preguntó con alguna impaciencia, mientras llenaba las tazas de café con leche—. Si él se niega a trabajar, siempre estará como un mendigo, abusando de la caridad del prójimo, mientras otros, verdaderamente necesitados, pasan privaciones. Dígale que pase y que desayune —se encogió de hombros—. Unos centavos que no percibirán nuestros verdaderos pobres por su culpa.

—Podría usted hablarle, reverenda madre, después de que desayune. Necesita ser ayudado, empujado, llevado de la mano. Nadie mejor que usted para aconsejar...

—¿Yo? —exclamó sor Cecilia, suavizando la severidad de su gesto—. ¿A un hombre cuya alma está encallecida por la depravación? Se reirá de mí, si no es que me insulta. Tendría que decirle cuatro verdades muy amargas, y eso no lo soporta quien está regañado con Dios.

—¿Lo llamo, reverenda madre? Es respetuoso, serio. Tal vez sin

darse cuenta está deseando ser otro. Esto cuesta trabajo, es humillante, doloroso, pero ayudándole dará el paso preciso y luego será dichoso. Yo sé algo de eso —dijo la novicia con voz emocionada.

—Tráigalo, hija mía. Nuestro deber es intentar aquello que parece más trabajoso, más ingrato, para ofrecerlo a Dios. Si consiguiéramos volverlo del revés —sonrió ladinamente, mirando a la hermana cocinera, que había escuchado la conversación con interés.

—Hay que intentarlo, reverenda madre —dijo la religiosa—. Nunca se nos ha resistido nadie. La conversión de un «gángster» sería un hecho famoso.

La hermana Charity salió al porche. Allí estaba, Revere, durmiendo tranquilamente. La novicia le dio unos golpecitos en un hombro con el mango de la escoba. El «gángster» levantó la cabeza precipitadamente, asustado, llevando la diestra a la pistola, mientras miraba con asombro a la novicia, que sonreía un poco burlonamente.

—Buenos días, señor Revere —dijo, haciendo una inclinación llena de gracia—. ¿Ha descansado bien? Supongo que no, en esa dura piedra.

—¡Oh! —Se levantó Revere, haciendo un gesto de dolor, al sentirse entumecido—. Buenos días. Vine aquí... —Tragó saliva, sin saber qué decir—. No se está mal, es cierto, sin ser molestado. Bueno, he de marcharme...

—Espere. Pase y tomará una taza de café con unas tostadas.

—Gracias; pero ahora desayunaré en cualquier bar —se excusó Revere, tratando de peinarse la revuelta cabellera con las manos.

La figura gruesa y pequeña de sor Cecilia, con su hábito blanco y la toca ceñida a la cabeza, apareció en la puerta. Miró de pies a cabeza a Revere, como estudiándolo profundamente. Dijo después en tono severo, casi imperativo:

—Pase, joven, pase. Tenemos que hablar un poco.

Revere miró con temor a la hermana Charity, pero ésta extendió la mano, señalando la puerta abierta, sonriendo. El «gángster» avanzó, indeciso, con los brazos colgando, un poco pálido.

En la sala de visitas había una mesita, sobre la cual estaba un servicio de café y un platito con tostadas. La superiora entró tras

Revere y señaló el desayuno.

—Siéntese y tómese eso —dijo escuetamente, sentándose frente a la silla que el azorado Revere no se atrevía a ocupar—. Hija mía, vaya a sus ocupaciones —dijo a la hermana Charity.

—Gracias; pero no quiero molestarles —dijo Revere, señalando el desayuno—. Ya lo haré cuando salga de aquí.

—No sea bobo, hijo mío —cortó la superiora, encogiéndose de hombros—. Tómelo, porque bien nos lo pagó ayer, dándonos cien dólares. Se va a enfriar y usted necesita quitarse de encima el frío de la noche, pasada a la intemperie.

Revere se sentó y cogió una tostada, en un gesto vacilante.

—Dé usted las gracias a Dios por lo que va a tomar, hijo mío. Aunque sea mentalmente. Diga: «Gracias, Dios mío, porque las buenas almas, en tu nombre, me ayudan en mi desgracia y desean mi bien y que te ame». Repítalo.

Revere, lívido, tembloroso, dejó la tostada sobre el platillo y bajó la mirada. Sin darse cuenta, repitió aquellas palabras, que tenían un significado tan especial para él.

—Desayune, hijo mío. Sin prisa, no vaya a hacerle daño, con el estómago tan vacío como tendrá.

Revere afirmó con un gesto, sonriendo precariamente. De buena gana saldría de allí a toda velocidad, pero después de haberse comido todo aquello.

—¿Qué edad tiene usted, hijo mío? —preguntó suavemente, con su dulce acento italiano, sor Cecilia.

—Veinticinco años, señora —repuso Revere, haciendo una pausa para beber el café.

—Muy joven. ¿Padece alguna enfermedad?

—No, señora. Estoy sano, gracias a...

—A Dios, naturalmente. No tenga vergüenza en decirlo. La buena salud es un don de Dios. ¿Tiene padres?

—No, señora. Los perdí hace años, cuando yo tenía quince y doce.

—Desde entonces usted se ha dedicado a... vivir así, ¿verdad? Sin nadie que le aconsejase bien.

—Sí, señora. Comprendo...

—Acabe de comerse esas tostadas. Fume después, si acostumbra a hacerlo.

Revere acabó con todo. Se hubiera comido el doble, o más de lo que le sirvieron, pero se sentía mucho mejor. Sacó un cigarrillo y lo encendió con cierta cortedad, mientras sor Cecilia le observaba atentamente, cruzadas las manos sobre el regazo.

—Bueno, señor Revere —dijo la superiora, después de lanzar un hondo suspiro—. Acaba usted de comer el pan de la caridad, no obstante tener veinticinco años, ser un hombre fuerte y sano y, al parecer, con todas sus facultades mentales sin deterioro o alteración. Hijo mío, ¿no se siente un poco avergonzado? No le echo en cara lo que le hemos dado, créame. Dios nos manda socorrer al desvalido, al que nada tiene. Pero usted, ¿no cree que si fuese como Dios manda no habría necesitado de nuestra caridad?

Revere palideció aún más, bajando los poderosos hombros, como si toneladas de plomo pesasen sobre ellos. Se sintió como un insecto de pequeño ante aquella anciana, que le miraba con afecto, aunque tan duramente le hablaba. No era duramente, sino sinceramente, con una claridad cegadora, recordándole pensamientos que muchas veces habían surgido en su cabeza y que alejó con rabia porque conmovían su conciencia, despertándola.

—Sí, señora —murmuró, trémulo, avergonzado—. Pero no volverá a suceder. Yo...

—No trate de excusarse, hijo mío. Nada más lejos de su imaginación que el proponerse cambiar de vida. Usted se está diciendo que esto es una mala racha, pero que pasará y volverá a tener dinero en el bolsillo, aunque sea cometiendo felonías, ofendiendo a Dios, como siempre. Atracando a un honrado comerciante tabaquero, o a unas pobres muchachas que luchan por la vida rudamente. Valiéndose de la fuerza bruta, del terror, para hurtarles un dinero honradamente ganado. Es lo que siempre ha hecho, y unas veces peor y otras mejor, siempre ha vivido regularmente, sin necesidad de trabajar ni de depender de nadie. Nunca ha mirado al cielo, preguntándose si alguien, hartos ya de sufrir sus afrentas, sus desprecios y desafíos, no le castigaría como se merece. Usted ha estado burlando a la Justicia de los hombres y con eso se ha creído salvado, casi omnipotente. Ha querido ignorar que hay otra justicia mucho más severa, de la que nadie escapa. No la ve, no la siente, o no quiere verla ni sentirla, y se burla de ella. Dios lo ha traído aquí, a nuestras puertas, y ya ve lo que le está

pasando. Algo insólito, ¿verdad? Recibir el pan de la caridad de unas pobres monjas, usted, que tanto ha ofendido a Dios y piensa seguir ofendiéndolo.

Revere la contemplaba con la boca abierta, dejando que el cigarrillo se consumiese entre los dedos. ¿Para qué decir nada, si aquella anciana parecía leer en sus pensamientos más recónditos? Sin embargo, tenía que expresar que ella era demasiado escéptica al pensar así de él. Desde la noche anterior, en que su vida corrió extremado peligro y se acogió al amparo del convento, su alma se estaba transformando. En ello había influido notoriamente la hermana Charity. Tenía que decirlo, porque lo sentía así.

—Señora, tiene usted mucha razón al hablarme así. No sé confesar mis faltas cuando algo malo he hecho. Siempre he creído tener razón, y si no la tenía, mi pistola apoyaba lo que yo decía, fuese o no razonable. Pero quiero que sepa una cosa, y debe creerme: Eddy Revere, para servirla, nunca más será un «gángster» —y se levantó con dignidad, muy serio, reflejándose en su alterado semblante una férrea determinación.

—Dios le oiga, hijo mío. Y tenga muy presente que su promesa se la hace a Él, no a mí. A Dios no le podrá engañar jamás, como lo podría hacer conmigo. Usted ha dormido a la puerta de esta casa, donde mora Dios, porque aquí tenemos un templo con su divina presencia. Ha comido el pan que Dios destina a sus pobres desvalidos. Hemos hablado, porque Dios así lo ha querido, y ha sido Dios, seguramente, el que me ha inspirado para que llame en su corazón. Anoche oí ruido de disparos cerca de aquí. Pensé, al verlo ahora, que usted...

—Sí, señora. Me perseguían a muerte los que fueron mis compañeros. No la Policía —dijo Revere con trémula voz.

—Salió con bien del trance, ¿verdad? ¿Mató a alguien?

—No, señora. Nunca he matado. Se lo juro...

—Dios, no lo dude, lo puso a prueba y le salvó la vida, trayéndole aquí. ¿Necesita más pruebas para convencerse de lo que debe hacer?

—Creo que no, señora —repuso Revere con firmeza—. He visto lo suficiente para saber lo que me conviene. Adiós; Vendré por aquí siempre que pueda.

—La hermana Charity puede recomendarle en algunas casas de

comercio, en fábricas, oficinas. Cuando gane sus primeros dólares, como producto de su trabajo honrado, ya verá qué sensación más distinta sufre, comparada con la que tendría cuando hacía esas cosas tan abominables. Bese este crucifijo, hijo mío, si no le cuesta mucho trabajo —y la anciana le tendió el que pendía de su rosario.

Revere lo besó, acongojado. Era demasiado rudo el choque recibido en el transcurso de tan pocas horas, desde que conociera a la novicia Charity. De ser un maleante auténtico, un descreído y un exasperado de la vida, a lo que ahora sentía dentro de su pecho, en todo su ser, mediaba un abismo. El que media entre aquel que no sabe para qué vive, que no cree en nada ni en nadie y el que se da perfecta cuenta de cuál es su misión en este mundo y reverencia y ama lo que se debe amar sobre todas las cosas.

Salíó al vestíbulo, donde la hermana Charity estaba barriendo las losas de piedra, con un paño para el polvo sobre la blanca toca. La miró con adoración y respeto. Ella se volvió y detuvo su trabajo, sonriendo dulcemente.

—Un poco penosa la entrevista, ¿verdad? —dijo, mirándole con afecto—. Pero aleccionadora, reconfortante... Señor Revere, leo en sus ojos que usted va a hacer cuanto pueda por no ofender más a Dios. Creo que lo conseguirá.

—Téngalo por seguro —afirmó Revere, apretando las mandíbulas—. Desde hacía bastante tiempo quería dejar este oficio asqueroso, pero costaba trabajo. Es como el dejar de fumar, de beber, de tomar drogas. Peor aún, porque el dinero me venía a las manos con facilidad, y eso fascina y quita la voluntad. Pero ya pasó todo. Usted me dirá dónde puedo ir a pedir trabajo, ¿verdad?

—Sí, señor Revere. Pero hay una cosa que es antes que eso —repuso gravemente la novicia—. Usted tiene cuentas pendientes con la Justicia, ¿no? Ha cometido delitos, más o menos graves, hurtando, engañando...

Revere arrugó el ceño, palideciendo. Sí que era verdad todo aquello... No uno ni dos delitos había cometido, sino bastantes, burlando a la Policía. Incluso en el asesinato de aquel dueño de un café, tres días antes, él había colaborado con Pinkney, aunque no llegó a disparar, a matar. Ahora tendría que rendir cuentas de sus delitos, presentándose a la Policía y declarando su culpabilidad. Años de cárcel, de expiación, sin libertad ni para trabajar

honradamente, como ahora quería hacerlo.

La hermana Charity le observaba atentamente, estudiando en su rostro la tremenda reacción que aquel recordatorio le causaba.

Revere, fruncido el ceño, hosco como nunca, amenazador, gruñó algo, giró sobre sus talones y salió rápidamente a la calle, bajando la escalinata como si le persiguiese ya la Policía.

—Dios mío, todo se va a estropear —murmuró la novicia, angustiada—. No es todavía lo suficientemente valiente y creyente para aceptar la responsabilidad que le corresponde.

Sor Cecilia entró en la estancia.

—¿Se marchó ya, hija mía? Va por buen camino. Fui con él muy dura, pero ha respondido —dijo con satisfacción—. ¿Está usted llorando, hija del alma? —Miró, sorprendida, a la novicia, que volvió la cabeza, sollozando.

—Se escapa, reverenda madre, se escapa de nuevo, y quizá para siempre —murmuró la hermana Charity, apenada—. Creía que ya no tenía que responder a nadie de su pasado. Ha pecado y debe presentarse ante la Policía, expiar sus faltas... Esto le ha aterrado y se ha marchado violentamente. Si hubiera intentado detenerlo, seguramente me habría tratado mal.

—Yo también olvidé eso, Dios mío —dijo sor Cecilia con desconsuelo—. Nosotras estamos tan alejadas de ciertas realidades y leyes, que pecamos de benignas. Es de suponer que se tome tiempo para reflexionar y acabará por cumplir con su deber. ¡Qué lástima de muchacho, tan lleno ya de buenas intenciones!

—Nadie como él sabe qué cuentas, y su gravedad, serán las que tenga que rendir ante la Justicia —murmuró la novicia—. Se quedó aterrado, lívido de espanto. Apenas si tengo esperanzas de que volvamos a verlo, y menos aún de que abandone su triste y desesperada vida de fuera de la ley.

—Dios lo dirá, hija mía. Me pareció que Él le tocó en el corazón, y cuando esto sucede se afrontan las peores situaciones con ánimo entero, siguiendo el camino que el Señor nos ha trazado. Recemos por él y ayudémosle como mejor podamos.

La hermana Charity terminó la limpieza de las habitaciones y después se dispuso a partir para hacer sus postulaciones. Tenía el ánimo entristecido por aquel suceso de Revere. Cuando estaba a punto de convertirse en un hombre honrado, todo se venía abajo y

huía hacia el abismo, de donde saliera, sacado de las manos por ella. Un fracaso muy doloroso; un alma que se la disputaban Dios y el ángel del mal, ganando éste la partida.

Salió a la calle, con su negro saco y la agenda de direcciones. No se encontraba con buen ánimo para aquella lucha de pedir limosnas, tan fatigosa, tan paciente y sufrida como tenía que ser. Recordaba continuamente a aquella alma que había desertado ante una nueva prueba, revelando su cobardía. En fin, había que disculparlo, en cierto modo. Revere no estaba templado en aquella nueva vida que se proponía emprender. Tenía que asustarse y retroceder cuando viera que tenía que pagar algo que debía desde hacía muchos años.

Caminó por las calles anejas a la III W Street, calculando, con la libreta a la vista, dónde podría entrar y pedir sin causar extrañeza por la excesiva proximidad entre una visita y otra.

Un hombre alto, bien vestido, fuerte y ágil, cubierta su cabeza con un sombrero flexible, se acercó a ella, destocándose y sonriendo amablemente. Tenía un rostro afable y era moreno, con oscuros ojos de mirada simpática, alegre.

—Perdone, hermana —dijo, cortándola el paso, mientras hacía una inclinación de respeto—. Me llamo Walker Britten y soy agente especial del

F. B. I.,

—sacó de un bolsillo una placa, mostrándosela a la atónita novicia—. ¿Podría concederme unos minutos para hablar con usted? Iba hacia su residencia, a buscarla; pero ya que la encontré al paso...

—Voy a visitar a ciertas personas que me dan limosnas para nuestras obras de caridad, señor —repuso la hermana Charity—. Si no me entretiene excesivamente...

—Seré breve. ¿Quiere aceptar estos cinco dólares como indemnización por el tiempo que la haga perder? Soy católico y conozco su Orden, hermana, y cuánto hacen de bueno. ¿No podríamos entrar en un sitio adecuado, para sentarnos y hablar?

Estaban en el mismo Morningside Park, y la hermana Charity sonrió, señalándolo con la mano.

—Allí hay bancos, señor Britten, y nadie nos molestará. ¿Vamos?

—Perfectamente —repuso el agente especial, inclinándose con deferencia—. Sé que esto que hago no es muy natural, ni corriente,

pero usted me lo perdonará, ¿verdad?

—Eso espero. Claro es que no sé qué quiere de mí.

Se sentaron en un banco, frente al gran surtidor, en cuya orilla jugaban los niños, queriendo pescar los rojos peces del estanque.

—Se trata de un tal Revere, hermana —dijo Britten con voz tranquila, encendiendo un cigarrillo—. Un hombre de malos antecedentes, por si no lo sabía...

La novicia se estremeció, baja la mirada. Ya estaba la Policía tras él. Quizá no fuese la primera vez. De todas maneras, muy horrible.

—Ayer, un camarada mío la vio a usted acompañada de ese Revere. Buscamos a ese tipo desde hace tiempo, pero ahora con más ahínco. Nos han dicho que ha asesinado, figúrese...

—No lo creo —respondió, rotundamente, la hermana Charity, sin levantar la cabeza.

—Bueno, es igual. Eso se averiguará. ¿Usted sabe dónde se esconde ese hombre, hermana? Eso es lo que me ha hecho abordarla. Revere no puede estar en libertad sin que sepamos si es o no culpable de lo que se le acusa.

—No sé la dirección de Revere, señor Britten. Esta noche durmió en el atrio de nuestro convento. Le vi al abrir la puerta y le dimos de desayunar. Después nuestra superiora le habló, de corazón a corazón. Teníamos la esperanza de que se regenera, abandonando su fatal vida de hombre fuera de la ley. Se marchó después, cuando le dijo que era preciso se presentase a la Policía para responder de sus actos pasados. Esto es todo.

—¿No dijo adonde pensaba ir? ¿Ha quedado en volver al convento? —inquirió Britten, mirando fijamente a la novicia—. Su deber es auxiliar a la Ley, hermana, por encima de la caridad, de la compasión. Revere es un asesino, según nos han dicho. Si sigue en libertad constituirá un grave peligro para la comunidad.

—Se marchó desalentado, como aterrado por la idea de presentarse a la Policía. Yo creo que cumplirá con su deber y creo también que Revere no es un asesino. No oculto nada por salvarlo, señor Britten.

¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F . B . I .

VI



OMO ha sido que usted y él hayan entablado conocimiento? —preguntó el agente especial, después de reflexionar unos instantes.

La novicia relató, detalladamente, aquella circunstancia; cuando fué a pedir limosna en casa de Bailey, el «boss», y cómo Revere la defendió, denotando con ello no ser un hombre absolutamente desahuciado en cuanto a sentimientos. Britten la escuchó con gran interés, sin interrumpirla.

—Los informes que tengo de Revere son totalmente opuestos —dijo, con sinceridad—. Anoche hubo un encuentro entre la Policía y Bailey, Pinkney y un judío, llamado Hoffmann. Los tres fueron heridos y están en la cárcel. Han confesado, acusando a Revere de ser el asesino de un hombre, dueño de un café al que «protegían», y de dos camareros. Naturalmente, este asunto es de incumbencia del

F. B. I.,

y nos hemos puesto en marcha seguidamente. Tenemos que detener a ese hombre y comprobar si es cierta la acusación de sus compañeros detenidos.

—Es falsa —afirmó de nuevo la hermana Charity, y esta vez levantó la cabeza para mirar cara a cara al agente especial, que sonreía con benignidad—. Es falsa, porque él me dijo que jamás ha asesinado. Y hay en su expresión, en su mirada, tal sinceridad, que usted mismo quedaría convencido de que no miente al afirmar eso.

—Desearía poder hacer tal comprobación, hermana —contestó Britten, con suavidad—. Y que declarase la verdad, toda la verdad. He conocido a muchos delincuentes que eran unos cómicos insuperables. A veces, nos engañaban y les dejábamos en libertad. Siempre fué funesto el ser débiles con esos hombres sin escrúpulos, simuladores y bellacos, que no sabían agradecer la merced que se les hacía, la oportunidad que se les brindada para regenerarse. La ley es la ley, hermana. Revere tal vez sea así sin él desearlo, pero lo que hace merece una sanción. ¿Por qué huye?

—Porque se da cuenta ahora de lo malo que ha hecho, cuando no quiere seguir por ese fatal camino. Piensa en los años de cárcel que le aguardan y se rebela, porque cree que estando ya arrepentido no se le debiera castigar.

—Sí. La justicia humana es diferente a la divina. Dios puede perdonarnos todos nuestros pecados si en un solo instante, el supremo, le pedimos perdón con toda nuestra alma. Nosotros no podemos dejar que un hombre quede sin pagar sus cuentas pendientes cuando ha delinquido. El dejarlo impune implicaría establecer la anarquía, la multiplicación de los sin ley.

—Yo tengo mucha más fe en la Justicia divina que en la humana, señor Britten —dijo la hermana Charity, con voz queda, pasando suavemente su blanca y pequeña mano sobre el crucifijo que pendía de su largo rosario—. Si Dios, al confesarnos y prometer ser mejores, nos perdona nuestros pecados...

—Haciendo una penitencia, hermana —cortó la palabra Britten, sonriendo—. Se nos pide que recemos, que hagamos acto de contrición, que nos arrepintamos, y a veces, reparar el daño material o la ofensa inferida. Dios no es débil, ni injusto. Perdona cuando verdaderamente estamos arrepentidos. No le podemos

engañar, como nos engañan quienes aparentan volver a la buena senda.

—¿Sería imposible conceder a Revere una oportunidad de que se regenera, sin necesidad de encerrarlo en un penal, donde su alma quedará de nuevo en tinieblas, entregado a la desesperación, sin creer definitivamente en nada? Será un alma que Dios perderá, por culpa nuestra —dijo la novicia, con tristeza.

—Hermana: al entrar usted en la vida religiosa, ¿no ha renunciado a todo cuanto de agradable le pudiese proporcionar la vida del mundo? ¿No es eso una penitencia, por su propia salvación y la de todos los demás humanos? ¿Pensó que podría hacer vida religiosa divirtiéndose como lo haría antes? ¿Cree usted que yo expongo mi vida por mera diversión, o por ayudar a que la ley impere y todos seamos mejores, apartando a los que pretenden burlarla y sembrar la discordia, la incredulidad? Revere deberá darse cuenta de que es su deber liquidar sus cuentas pendientes, como buen pagador, y después quedará satisfecho, contento de sí mismo, a bien con él mismo, con la Justicia. Por eso quisiera hablarle, hermana.

—Si yo vuelvo a verlo, haré cuanto pueda por que vaya a usted, señor Britten —repuso la hermana Charity, levantándose del banco.

El agente especial la imitó.

—Dígale de mi parte que no huya. Eso agrava su situación. Si son falsas las acusaciones de sus compañeros, él no debe tolerar que prosperen, y para ayudarle contará con honradas personas, que no serán injustas con él.

—Se lo diré así, señor Britten. Lo que es preciso es que vuelva a encontrarlo. Debe considerarme ahora como enemiga suya, que deseo lo metan en la cárcel, juzgándome rencorosa, indigna religiosa. Tal vez crea que lo he denunciado... —murmuró la novicia, con abatimiento.

—Si lo ve, telefonee inmediatamente a la División, diciendo dónde está. No tema que sea tratado injustamente, ni con crueldad. Si es culpable, pagará su pecado, como todos pagaremos un día nuestra cuenta con Dios, y por eso no lo aborrecemos. Revere tiene que dejar de ser un misterio, en cuanto a su conducta, para nosotros. Hay que detenerlo y saber cómo es, lo que ha hecho.

—De acuerdo —suspiró la novicia—. Nunca pude pensar que me

habría de ver enredada en un asunto como éste.

—Dios se vale de muchos medios para probarnos, hermana, y nunca podemos evadirnos de hacer lo que nos pide. Es posible que esté dispuesto que usted salve un alma que ahora creemos está perdida.

—Yo creo que está en camino de salvación y que debemos poner gran cuidado en que no se nos escape —repuso, con definida intención, la hermana Charity, sonriendo—. Si somos torpes o excesivamente severos, no habremos sabido interpretar lo que Dios nos pide. Amor, caridad, comprensión... Revere está desesperado porque cree que hasta el mismo Señor le abandona, cuando él ya estaba arrodillado, arrepentido.

—Comprendo —dijo Britten, cogiendo el crucifijo de la hermana Charity y besándolo—. La comprendo muy bien, hermana. Sé lo que usted desea de mí con respecto a Revere. Haré cuanto pueda por él. Siempre pido a Dios guíe mis pasos cuando he de actuar como defensor de la Ley.

—El Señor le ilumine y le libre de todo mal. Buenos días, señor Britten.

—Buenos días, hermana.

La novicia cruzó el parque aprisa, porque había perdido mucho tiempo hablando con el agente especial y debía recuperarlo. Muchas personas estaban pendientes de su trabajo para poder comer, recibir medicinas, alimentos especiales, instrucción, ropas y limosnas. Tenía en su cartera cinco dólares, que el generoso Britten le había entregado como compensación al tiempo que la tuvo entretenida. ¡Qué cara de honradote tenía aquel agente del Gobierno! Le causó la sensación de que podía creer cuanto él afirmó respecto a lo que haría con Revere cuando éste fuese detenido. ¡Detenido! Pero ¿es que Revere se dejaría detener, acaso? ¿No cometería la locura de emplear la fuerza, la pistola, derramando sangre, para evitarlo? ¿No podría llegar hasta asesinar al mismo Britten, si éste le intimaba a la rendición? ¿No se suicidaría, aterrado por lo que le esperaba? ¡Cómo todo se había derrumbado en pocos segundos, al recordarle que era un deudor de la Justicia y que su obligación era pagar honradamente!

Trabajó en su labor de postulación con empeño, queriendo alejar de su atribulada mente la desgracia de Revere y el deseo de que

Britten pudiese ponerse al habla con el «gángster» y lo convenciese. Un temor y una esperanza, enlazados, que la sumían en honda preocupación y angustia.

Saliendo de unos grandes almacenes, con el saco negro lleno de ropas para los niños negros del Harlem, y en la cartera buen número de billetes pequeños, de los empleados, vio en la acera de enfrente, en Cathedral Parkway... ¡a Revere!

Lanzó un débil grito de asombro, quedando inmóvil, mirándole con temor y alegría. ¡Revere! Iba tras ella, indudablemente, como lo fué el día anterior. ¿Por qué hacía aquello? ¿Qué había en el corazón de aquel hombre para hacer lo que hacía? Respetuoso con ella, no podía pensarse en nada que significase amor mundano, admiración por ella como mujer. Revere no la miró jamás, se dio buena cuenta de ello, en ninguno de estos sentidos.

Le hizo un gesto con la mano para que siguiese quieto, pegado a una fachada, junto a un escaparate. Ella iba a cruzar la calle para hablar con él...

Buscó la señal del cruce, bajando apresuradamente medio centenar de yardas por la acera, con muchos peatones. Esperó a que en la columna de señales apareciese la luz indicadora, y se lanzó al otro lado anhelante, escrutando el lugar donde estaría Revere.

Miró a su alrededor con desconcierto. Era allí, allí donde estaba el alma perdida. ¡Y había desaparecido!

Acongojada, pasó y repasó por la acera, buscando al hombre entre los peatones, que se volvían para mirarla curiosamente. ¡No estaba!

Se detuvo, sofocada, consciente de que estaba llamando la atención. Una monja no podía hacer lo que ella estaba haciendo. ¡Si la viera sor Cecilia!...

Seguramente que Revere la estaría observando desde otro lugar. Pero tenía miedo, miedo a que ella lo denunciase (y ahora, ese temor era justificado), y tal vez odio por creerla en connivencia con la Policía, lo que también era cierto. Pero todo era por su salvación, bien lo sabía Dios. Revere tenía que darse cuenta de todo esto; de que su deber era pagar la cuenta que debía. Todos tenemos que pagarla, sea más o menos elevada. Esto era lo que aquel desdichado no quería comprender.

Renunció a buscar más al huido. Había que seguir en el trabajo

de velar por tantos seres desgraciados que todo lo esperaban de ella.

Recordó que Britten, el agente especial, la pidió que telefonease a la División del

F. B. I.,

en cuanto echase la vista encima a Revere. Y lo había visto allí, no hacía ni cinco minutos.

Entró en una mercería. La dueña, sonriendo, hizo funcionar la máquina registradora y sacó una moneda.

—Buenos días, señora Pearson —dijo, con voz desfallecida, sonriendo tristemente—. No venía a eso, gracias. Dios se lo pague —rechazó la moneda, porque dos días antes ya había recibido de la señora Pearson un donativo—. ¿Me permitiría telefonear?

—Desde luego, hermana. Pero tome estos centavos también —repuso la mujer gruesa, de rostro amable—. Pase ahí, a la trastienda y telefonee.

La hermana Charity miró la guía telefónica, buscando el número de la División del

F. B. I.

Lo encontró y marcó rápidamente. Sintió un mareo, cerrando los ojos. ¡Iba a denunciar a Revere, al hombre que estaba arrepentido de sus pecados y que parecía esperar todo de ella!

—

F. B. I.,

División local. Hable —dijo una voz de hombre—. ¿Qué ocurre?

—¿Está el señor Britten, agente especial? —preguntó la novicia, con voz sollozante, sintiendo una angustia espantosa.

—Hace unos instantes nos dijo que estaba por Cathedral Parkway, es decir, muy lejos de aquí. ¿Quiere que le dé algún recado? —dijo la voz del empleado.

—Sí. Dígale que Revere estaba precisamente por esa calle, a la altura de la Ciento Nueve W Street, hacia el número setecientos noventa y seis. Nada más. Dígale que se lo ha dicho la hermana Charity y que le recuerdo su promesa. Adiós, señor.

—Muy interesante, hermana, su información. Procure no encontrarse con ese tipo, ¿eh? Es de los que asesinan por placer...

—No es cierto —repuso, acremente, la novicia—. Buenos días.

Colgó bruscamente y hubo de serenarse antes de salir de la trastienda para que la señora Pearson no notase su indignación.

—Muchas gracias, señora Pearson —dijo, con su dulce sonrisa, haciendo una graciosa inclinación—. No volveré por aquí en mucho tiempo, porque me siento avergonzada...

—Venga cuando quiera, hermana. Trabajo mucho, pero tengo mi recompensa y he de agradecerse de alguna manera a Dios por su ayuda.

Salíó a la calle. Sacó su agenda, apuntando el donativo de la señora Pearson.

—Hola, hermana —dijo una voz, tras ella.

Se volvió, palideciendo. Era Revere. Sonreía tristemente, mirándola como mira el perro abandonado a su casual benefactor que le ha dado de comer. Una mirada que a ella le hizo un daño terrible. Se creía culpable de traición para con él. Acababa de telefonar al

F. B. I.,

que estaba allí, en aquella calle, y era seguro que, pasados unos instantes, algunos agentes buscarían con afán al hombre que, confiado en ella, se acercaba tranquilamente.

—¡Señor Revere! —exclamó la novicia, con asombro—. Tengo que hablarle, ¿sabe? Vamos a un lugar un poco retirado, donde la gente... Tengo que hablarle. Venga...

Junto al quiosco de periódicos de una esquina, donde las gentes pasaban haciendo un rodeo, se colocaron ambos. Revere tenía el rostro renegrido por la barba, sin afeitar. Y lo mismo de sucio, desastrado. Parecía muy hundido su estómago, bajo la camisa sucia, apretada por el cinturón.

—Señor Revere, por amor de Dios, haga frente a las circunstancias que se le presentan —dijo la hermana Charity, con los ojos enrojecidos, muy pálida—. Creo que usted es un hombre, no una criatura, y que ya se da cuenta de cuáles son sus deberes. ¿Hemos perdido el tiempo sor Cecilia y yo al hablarle como lo hicimos? Dios no le abandonará si está arrepentido de sus pecados. Confíe también en la Justicia humana. ¿Querrá presentarse en la División del

F. B. I.,

señor Revere? Yo se lo pido por amor a Dios, porque eso será su salvación. Su situación se hace más grave conforme pasa el tiempo sin presentarse...

—Ya sé que unos tipos, compañeros míos, me han acusado de asesino. Lo que ellos hicieron me lo cargan a mí —sonrió, con desprecio. Una expresión salvaje había en sus ojos—. Y usted, que quiere quedar bien con el

F. B. I.,

me ha denunciado. Quiere que me deje meter en la cárcel como un borreguito, ¿verdad?, para luego vanagloriarse de ello...

—Quiero que sea usted un hombre que jamás tenga que temer a la Justicia, señor Revere, porque será honrado. Quiero que no sea cobarde, que se enfrente con los acontecimientos con un espíritu firme, comprendiendo bien que debe pagar su tributo, su sacrificio, como todos lo pagamos, para después no temer a nada ni a nadie. ¿No es mucho más horrible para usted el recordar lo malo que ha hecho desde hace tantos años? ¿No le dice nada su conciencia? —exclamó la hermana Charity, con exaltación.

—Precisamente porque mi conciencia no me lo permitía ya, es por lo que nunca volveré a ser un «gángster» —repuso Revere, con amargura—. Pero ahora quieren perseguirme, encerrarme, exasperarme y que pierda la poca fe que tengo en la Justicia, en todos ustedes. Quieren vengarse, humillarme. ¿No estoy arrepentido? Pues que me dejen en paz, que busque trabajo y rehaga mi vida sin meterme con nadie.

—Señor Revere: ¿usted cree que yo no he tenido que sacrificarme para entrar en el convento y hacer una vida completamente opuesta a la que hacía antes? ¿Considera que es agradable pedir limosna, sufrir muchas veces humillaciones, burlas, insultos y hasta que me arrojen piedras? ¿Sabe por qué lo hago? Por penitencia; porque para merecer la gracia de Dios hay que sufrir todo eso y mucho más. Yo nunca he sido una criminal, ni ladrona, ni la Ley me ha perseguido. Sin embargo, cumplo mi penitencia por amor a Dios y a todos sus hijos. Incluso por usted mismo. Me hubiera sido muy fácil rezar en mi casa, pidiendo a Dios no me deje de su mano, gozando de comodidades, de diversiones, de lujos; pero no es así como a Dios se le sirve mejor. Y usted se asusta, se acobarda porque ha de pagar una pequeña deuda...

Revere pestañeaba, confuso, mirando a su alrededor con intranquilidad. No prestaba gran atención a las palabras de la religiosa porque temía ser detenido de un momento a otro. El que le

hubieran dicho que Bailey y sus compinches le acusaban de haber asesinado al dueño del café y a dos camareros le había trastornado terriblemente. Veía con espanto que la silla eléctrica iba a ser su final de meta, cuando precisamente se sentía sinceramente arrepentido de todo cuanto hizo de malo y estaba resuelto a ser un hombre decente.

—Señor Revere: ¿quiere que le acompañe a presentarse en el F. B. I.? Hay allí un hombre que es comprensivo, que quiere ayudarle, que sabrá interpretar fielmente su caso y que no siente rencor hacia usted, sino muy al contrario. No puede usted permitir que esa terrible acusación de haber asesinado a tres hombres inocentes caiga sobre su cabeza. Y si huye, si tarda más y más en portarse como un hombre sincero y noble, más creerán ellos que usted es culpable y mayor rigor emplearán al juzgarlo. Está en rebeldía, señor Revere...

—Estoy perdido, bien lo sé —repuso con feroz acento Revere—. Bien me la han jugado. Ellos, mis compañeros, son tres a acusarme de eso. Yo no puedo probar nada. Siempre he sido un canalla... Adiós, hermana. Sus palabras son muy bonitas y llegaron a hacerme algo de mella. Pero la realidad es otra. Usted se pone del lado de los vencedores. Es lo más cómodo y seguro.

—¡No sea loco, señor Revere! —exclamó la novicia, juntando las manos con desesperación—. ¡No tome por enemigos a aquellos que quieren su bien, que luchan por usted! ¡No tema ser tratado con injusticia! Si no ha matado, no le juzgarán por eso, se lo aseguro. Ellos saben lo que es verdad y lo que es mentira. Dios le ha estado ayudando, impulsándole a que no sienta deseos de volver a ser un fuera de la Ley. ¡Pregunte por el señor Britten en el F. B. I.,

señor Revere! ¡Hágame caso, por Dios!

Revere se alejaba ya a grandes zancadas, desesperado, dejándola sumida en angustiada desesperanza. Se reprochó el no tener, tal vez, dotes de convicción para llevar la tranquilidad de espíritu a Revere y hacerle cumplir con su deber. Aquel desdichado estaba dominado por el pánico a la silla eléctrica por la carencia de fe en la justicia de los hombres, a los que creía vengativos, crueles.

Suspirando, decaída, sacó su agenda de un bolsillo del hábito y comenzó a hojearla. Tenía que seguir su trabajo. La mañana iba a

ser pobre en ingresos con todos aquellos incidentes que la apartaron de su deber.

—¿Le ha visto? —preguntó alguien, con voz jadeante, a su lado —. Perdone, hermana...

Era Britten, el agente especial, sudorosa la frente, respirando agitadamente, el que estaba frente a ella, mirándola con ansiedad.

—Ahora usted —murmuró con disgusto la religiosa, haciendo un gesto de abatimiento—. ¿Cree usted que una religiosa debe verse metida en asuntos que le apartan de sus deberes, señor Britten? Bueno, no hace ni dos minutos que ha estado conmigo, aquí mismo. Cree que ustedes quieren llevarlo a la silla eléctrica sin ser culpable, y eso hará que se vuelva muy peligroso, que llegue a matar si intentan detenerlo. Hemos sido muy torpes con él...

—Gracias, hermana. Voy a ver si lo encuentro —contestó precipitadamente Britten, y se alejó rápidamente, mirando a su alrededor escrutadoramente entre los transeúntes de ambas aceras.

La religiosa movió la cabeza tristemente. Todo aquello le parecía salvaje, inhumano, carente de caridad y amor. Perseguir a un hombre que estaba enloquecido de terror y desesperación era llevarlo a la catástrofe. Si ella no tuviera que pedir limosna lo hubiera cogido, llevado a un parque, y sola con él, hablándole al corazón, lo habría quietado, inspirándole confianza, volviéndole el hombre conmovido y deseoso de volver al buen camino que era el día anterior. Pero ella misma le aterrorizó al decirle que le esperaba la cárcel, y en eso fué muy torpe.

Durante el resto de la mañana se afanó en recuperar el tiempo perdido, entrando y saliendo en tiendas, subiendo y bajando en las casas particulares, visitando oficinas. Tomó un autobús y se adentró en Wall Street, la sede de los Bancos, donde iba de tarde en tarde porque siempre la entregaban sumas elevadas, y por ello no debía, abusar en pedirles.

A las dos, rendida, mareada, atribulada, entró en el «subway» para regresar al Harlem directamente. Estaba contenta por lo que se refería a la recaudación. Pero se preguntaba si ya estaría detenido Revere. Era muy difícil que se escapara yendo el

F. B. I.

tras él. ¡Cuánto debía de sufrir aquel desdichado al verse acorralado, sin recursos, poseído de un terror cervical y viendo ante

él la siniestra silla eléctrica!

A la salida del «subway», en la Quinta Avenida, a la entrada del Harlem, vio en un rincón a un hombre que repentinamente se volvió de espaldas a ella, mezclándose entre los viajeros que salían del tren. Era Revere. Ya trataba de ocultarse de ella, creyéndola una enemiga.

La hermana Charity sintió deseos de llorar, angustiada. ¿Tendría que telefonar de nuevo al

F. B. I.

que Revere estaba escondido en la estación aquélla?

Le buscó con la mirada mientras salía lentamente, apretujada entre los viajeros. No lo veía, pero él tal vez no la perdiera de vista. Era astuto, avezado a escapar cuando el peligro le acechaba. Buscaba los sitios donde la gente se aglomeraba para pasar inadvertido.

En la salida, Britten, excitado, todo ojos, examinaba a los viajeros con rápidas ojeadas, queriendo abarcar a todos. La religiosa admiró la inteligencia del agente especial, no menos astuto que Revere. Eran dos hombres que luchaban encarnizadamente, perseguido el uno y el otro perseguidor. ¿Qué ocurriría cuando se encontrasen frente a frente? Revere, tal vez, desesperado, emplearía la violencia. Britten, si se veía amenazado de muerte, si disparaban sobre él, tendría que repeler la agresión.

El agente especial vio a la religiosa y sonrió. Se acercó a ella.

—Lo tenemos cada vez más cerca, más acorralado —dijo con satisfacción—. No se apure, hermanita. Es por su propio bien, se lo aseguro. ¿Sabe una cosa?

Ella le miró con ansiedad.

—En una rueda de testigos presenciales del asesinato del dueño del café y los dos camareros, todos han acusado a Pinkney de ser el asesino, él solo. Lo han reconocido. Por lo tanto, Revere está en buena situación.

—¡Está ahí abajo, en el andén central! —gritó con alegría la hermana Charity—. ¡Dígaselo, señor Britten! ¡Gracias, Dios mío!

Britten se alejó corriendo. Ella se apoyó en la pared, sintiéndose muy débil, pero también contenta.

—¿Se encuentra mal, hermana? —preguntó Revere, repentinamente aparecido a su lado—. ¡Pobrecita! —La sujetó de un

brazo, conmovido.

—¡No se vaya, señor Revere! ¡Saben en el F. B. I., que usted no es el asesino! ¡Le busca el agente especial Britten! Dios le ampara... ¡Pero no huya, loco, insensato! —gritó la novicia.

Revere corría escaleras arriba como un demente, apartando a los viajeros con violencia. Una vez más creía que todo era una celada para detenerlo. Y que la hermana Charity, toda amor y caridad, deseaba que lo llevaran a la silla eléctrica, delatándolo de nuevo.

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

VII



EVERE estaba destrozado moral y físicamente. Una tremenda decepción invadía su alma, llenándola de escepticismo, de amargura y desprecio hacia la hermana Charity, a quien creía rencorosa, egoísta, hipócrita. Era ella, según él suponía, quien había lanzado tras él al

F. B. I.,

informándole, dándole su pista para que el agente especial Britten pudiera detenerlo. Mentía la religiosa, seguía creyendo, cuando le dijo que el

F. B. I.

ya no le creía culpable del asesinato de Mattessi y los dos camareros. Era una añagaza de lo más vulgar para que él se entregase. Una trampa propia para un niño, no para él, ducho en los ardides de la Policía. Y a eso se había prestado la hermana

Charity...

Salió de la boca del «subway» mezclado entre los viajeros, que bajaban y subían apresuradamente, dando y recibiendo empujones. Vio a un par de hombres bien trajeados a los que reconoció como sabuesos de la Policía o el

F. B. I.,

que miraban escrutadoramente a los viajeros. Dio un rodeo, evadiéndolos, mientras llevaba su mano a la culata de la pistola. Estaba decidido a no entregarse mansamente. Querían matarlo siendo inocente, y esto le daba razón, creía él, para defenderse a tiros.

La tortura del hambre le restaba fuerzas. Una debilidad creciente le invadía, mareándole, incitándole a sentarse en un rincón apartado y esperar la muerte casi con ansiedad. Se le había acabado el tabaco y sufría mucho al recordarlo. No tenía ni un centavo. Se caía de sueño; pero la excitación nerviosa lo mantenía en pie, alerta, estremeciéndose a cada instante, creyéndose cercado, reducido por fantasmales agentes policíacos, surgidos de todos lados.

Caminó durante largo rato por el Harlem italiano, con los ojos casi cerrados, mareado, medio insensible. Bruscamente salía de su sopor para avivar el paso, tensa la atención al ver a algún hombre que parecía un policía de paisano. Sabía que, de seguir así las cosas, acabaría por ser atrapado. Si tuviese dinero se metería en casa de algún amigo o amiga y permanecería oculto todo el tiempo que fuese preciso hasta que se cansasen de buscarlo.

Pensó en Pearl. Era una mujer que algunas veces, siempre a cambio de dinero, le había alojado en su piso cuando estaba en peligro él. Era simpática, aunque muy voluble e interesada. Podía acercarse y ver de convencerla.

Esperanzado, apretó el paso, dirigiéndose hacia la Cuarta Avenida, metiéndose por calles poco frecuentadas. En la 117E Street buscó la numeración de las casas y recorrió dos manzanas. Entró en una vieja casa de tres pisos, en cuyo portal jugaban unos sucios chiquillos.

En el piso tercero llamó a una puerta, dando dos golpes seguidos, y otro después de un corto espacio de tiempo. Pearl sabría que era de confianza el que llamaba.

Abrió ella. Una mujer alta, joven, de rostro que fue bello, pero ahora estropeado por arrugas y manchas rojas. Tenía ojos negros, pues su origen era italiano, y el pelo canoso, sin peinar aún. Llevaba un albornoz muy usado y sucio.

—Caramba, Eddy... —dijo al «gángster», haciendo un gesto de contrariedad—. ¿Aún no te han echado la zarpa?

Revere empujó la puerta y cerró después, mirando a la mujer cansadamente.

—¿Puedes dejarme estar aquí, Pearl, unos días? —preguntó con acento humilde—. No puedo más... Yo te resarciré cuando pase este mal trance. Siempre pago, ya lo sabes.

—En mala ocasión vienes, Eddy —repuso ella, con gesto adusto. Revere la había indicado que no tenía dinero y no estaba dispuesta a ponerlo de su bolsillo. Además, ya sabía que le habían acusado sus compañeros de ser el asesino de Mattessi y los camareros y que el

F. B. I.,

lo buscaba. Un mal asunto, del que convenía estar al margen—. Me coges sin un centavo apenas. Pensaba irme una temporada al campo, a casa de un amigo, porque..., bueno, también me buscan, ¿sabes?

Gruñó Revere, sonriendo burlonamente. Ya conocía las tretas de los «amigos» para dar de lado a quienes no pudiesen pagar a peso de oro un refugio eventual cuando se veían en peligro. Pearl no quería saber nada de él si no tenía dinero para pagar espléndidamente su alojamiento.

—Es sólo unos días, Pearl —dijo con acento suplicante—. Yo te pagaré con creces, como siempre. Estoy muerto de hambre, de sueño. Siempre fuiste simpática conmigo, mujer, porque yo fui generoso y alguna vez te ayudé.

—¿Por qué no pides amparo a ciertas monjas, Eddy? Te has visto con una, muy galante...

—¡Deja eso a un lado! —rugió Revere, enrojeciendo de rabia—. ¿Quieres dejarme aquí unos días? —Volvió a su voz suplicante.

—¡No! Te sigue de cerca el

F. B. I.,

y aunque me dieras cincuenta dólares diarios no te tendría aquí. ¿Cómo se te ocurrió la idiotez de matar a tres hombres en un café

lleno de gente? Y ahora se te ocurre acordarte de quien puede ayudarte...

—Yo no los maté. Fué Pinkney. Por eso me marché del «gang», y quisieron matarme —repuso Revere con violencia—. Yo nunca he matado, ya lo sabes.

—Es igual. Ahora te persiguen porque creen que eres el asesino. Mediando el

F. B. I.,

Eddy, no quiero líos que les haga fijarse en mí. Así es que... —le señaló la puerta con un gesto imperioso—. Otra vez será.

Revere movió la cabeza con firmeza, denegando.

—Pearl: por esta vez te voy a llevar la contraria —dijo, arrugando el ceño, amenazador—. Me quedo, quieras o no. Tú has ganado mucho dinero conmigo, y aunque ahora te cueste unos dólares es justo que correspondas. Dame pan, café... No quiero cosas caras. Y dormir, dormir mucho...

—Ya está bien, Eddy —gritó una voz masculina, ronca, fuerte, en alguna habitación del interior. Sonaron unos pasos y apareció un hombre grueso, de mediana estatura, de rostro bestial, sonriendo con aire de matón—. Hola, Eddy. La chica te ha dado buenas razones, y, además, estoy yo, que necesito tranquilidad y cuidados. Vete y no hagas el tonto.

—Vaya, Quick; yo no sabía que estuvieses aquí —repuso, sonriendo, Eddy—. Metiste la pata, ¿eh? Está bien que busques aquí refugio, pero no tienes derecho a ser exclusivo. Voy a quedarme porque no sé adónde ir, Quick.

—El

F. B. I.,

te busca, Eddy, y no debes ser tan bestia que quieras comprometernos por egoísmo tuyo —repuso violentamente el «gángster»—. Por las buenas, vete.

—Vete, sí —dijo Pearl, abriendo la puerta, furiosa—. No tienes ni un centavo y vienes a pedir... ¡Dentro de poco te sentarán en una silla donde no te hará falta nada! —rió, cogiendo de un brazo a Quick, que sonrió con satisfacción—. ¡Que te salve esa monja, beato!

Revere cerró la puerta de una patada. Estaba lívido su sucio rostro, y una mirada asesina brilló en sus ojos cuando cogió del

cuello a Quick, haciéndole lanzar un gruñido de dolor; lo atrajo hacia sí, y luego lo dio un tremendo empujón, lanzándolo contra la pared como si fuese un fardo.

Pearl se lanzó sobre Revere, enhiestas las uñas largas y sucias, defendiendo a Quick mientras chillaba histéricamente. Revere la rechazó con desprecio, enviándola sobre el «gángster», que estaba medio conmocionado por el golpe.

—No quiero armar escándalo —dijo Revere roncamente. Un poco de comida y una cama... Pero si sois tan bestias que no queréis ayudar a un compañero necesitado no me importará mataros— sacó su pistola, montándola con un gesto seco. —Ya estoy sentenciado, de manera que...

Quick se incorporó lentamente, pálido de miedo. Conocía muy bien a Revere para reconocer que, sin emplear el arma de fuego, podría dejarlo fuera de combate con sus solos puños. Pearl, al ver a Quick amansado, optó por no ser ella la que recibiese la paliza. Ambos cruzaron una mirada de inteligencia. Ya se vengarían de Revere cuando estuviera durmiendo.

—En el comedor encontrarás pan y fiambres —dijo ella con rencor—. Y en la cocina hay café. No querrás que yo te sirva gratis, abusón.

Revere guardó su pistola. Pasó por entre ambos, que le miraron casi con respeto, y entró en el comedor. Sobre la mesa había una bandeja de cartón con fiambres y queso, y pan. Se sentó, y con ansia comenzó a comer, en tanto que Pearl y Quick cuchicheaban en la habitación inmediata. Fué después a la cocina y puso a calentar en el hornillo eléctrico una cafetera.

—Quick: dame unos cigarrillos —gritó con vez amistosa.

Tenía el estómago lleno y se sentía optimista, pacífico.

Quick entró en la cocina y arrojó sobre una mesa un paquete de cigarrillos.

—Yo os pagaré todo esto —dijo Revere, cogiendo un cigarrillo y encendiéndolo—. ¿Vamos a olvidar este incidente y a ser buenos camaradas?

—Lo que tienes que hacer es marcharte cuanto antes —gruñó Quick, sin mirarle—. Nos estás comprometiendo, y por eso no te salvas tú.

—Me marcharé a la noche. Dejadme dormir unas horas. No me

tengo en pie.

—Duerme si quieres —contestó, sonriendo aviesamente, Quick.

—Oye, amigo —dijo en tono torvo Revere, que sorprendió su sonrisa traidora—: si tú o Pearl me enviáis al

F. B. I.,

o a la Policía mientras yo duermo será lo último que hagáis en vuestra vida —sacó de nuevo la pistola, apuntando al vientre de Quick, que palideció—. Vosotros no os moveréis de aquí mientras esté yo. ¡Pearl!

—¿Qué quieres ahora? —gritó ella en tono de desafío.

—Los dos, juntitos, a esa alcoba aislada —dijo Revere en tono breve, duro—. Vamos, aprisa, que tengo sueño.

—No te denunciaremos, palabra —murmuró Quick en tono suave, lastimero.

Pero Revere los empujó con la pistola hacia el pasillo. Había allí una alcoba pequeña, oscura, que no tenía ventana al exterior ni al patio.

—Aquí los dos —dijo Revere, sonriendo—. Podéis charlar bajito, jugar a los naipes, haceros el amor.

—¡Lo pagarás muy caro! —gritó Pearl, sentada en la cama.

Quick, mirando la pistola de Revere, callaba. No creía que el joven llegase a disparar si ellos hacían resistencia, pero estaba seguro de recibir una paliza que lo dejase tullido durante varios días.

Revere echó la llave, que dejó sobre la mesa del comedor. Fué después al cuarto de baño, se quitó la ropa y se bañó con delicia, afeitándose después con la máquina eléctrica de Quick. Después entró en la alcoba de Pearl y se acostó, cerrando las contraventanas. Dos minutos después dormía pesadamente, sin oír cómo Pearl, con mala intención, chillaba continuamente para no dejarlo descansar.

A las nueve de la noche, cuando Pearl aporreaba la puerta de la alcoba donde estaba encerrada con el cobarde Quick, despertó lentamente. Encendió un cigarrillo y fué al comedor. Volvió a comer más fiambres y queso, bebiendo un gran vaso de calé caliente, y abrió la puerta a Pearl y Quick.

—No lo toméis a mal —dijo Revere, sonriendo con ironía—. Os estoy agradecido, de veras. Ahora me marchó. ¿Tienes unos dólares, Quick? Es un préstamo nada más. Siempre he pagado.

—Apúntalo en tu testamento —refunfuñó Quick, sacando su cartera—. ¿Cuánto quieres? Más de veinte dólares no te daré.

—Buenos son —repuso Revere—. ¿No recuerdas que me debes setenta, de cuando jugamos hace un mes en casa de Patrick? No te he molestado pidiéndotelos.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó con aire inocente Pearl.

—Si te lo digo, sabes tanto como yo —repuso Revere, sonriendo burlonamente—. Eres rencorosa, mujer, y olvidadiza. Ya te he regalado muchos cientos de dólares, ¿recuerdas?, sin pedirte nada nunca. Cuando me has tenido aquí oculto me has cobrado más que si estuviese en el Astoria. Te aconsejo —endureció el gesto de sus facciones— que no se te ocurra ir con el cuento a la Policía; ni a ti, Quick. No me echarán la zarpa encima, os lo aseguro, y si sé que me habéis delatado... —Llevó su mano a la pistola, mirándolos fijamente.

—Vete de una vez y que tengas suerte —repuso Pearl con desprecio—. Tampoco se te ocurra volver abusando de nuestra bondad. Si lo haces habrá aquí otro hombre —miró con rabia a Quick— que sabrá ajustarte las cuentas.

—Gracias por todo —dijo Revere, saliendo por EL pasillo—. Yo os pagaré todo esto, os lo aseguro.

Cuando se vio de nuevo en la calle, ya sin hambre, con el cuerpo limpio, descansado y con un cigarrillo en los labios, sonrió alegremente. Tenía además veinte dólares, con los cuales podría comer y comprar tabaco. Ya dormiría en cualquier sitio, al aire libre, porque hacía un buen tiempo, sin frío durante la noche.

Sin darse cuenta, llevado de su optimismo por su buen estado físico, dirigió sus pasos hacia el Oeste, al Harlem negro. No estaba nada seguro de que Pearl no telefonease al

F. B. I.,

delatándole, y quería poner mucha distancia entre él y la casa de la mujer. En los Harlems era posible esconderse mejor que en otro sitio, debido a las callejas que en número incalculable había allí. De noche se podía estar vagando durante muchas horas sin encontrar un «cop», ni apenas un ser viviente, allá por la 156W Street y más abajo. Lo malo era que si uno se encontraba con algunos hombres en aquellos parajes había que pedir a Dios lo amparase, porque lo menos que podía ocurrirle era que recibiese una paliza y se quedase

sin la cartera.

Revere observó con cierta inquietud que había más hombres blancos transitando por aquellas calles de lo que era costumbre. Y que cierta inquietud y prisa por escurrir el bulto tenían los habitantes negros que vivían allí. Vio varios coches, al parecer particulares, yendo y viniendo, lentamente, y que dentro había, indudablemente, policías o agentes del

F. B. I.,
vigilando.

Todo aquel movimiento policiaco, pensó, era por él. Seguían buscándole sañudamente, y eso que —sonrió con ironía— ya no le creían culpable de aquellos crímenes. Como si no conociese las tretas de la Policía...

Era peligroso seguir caminando por allí. Iba escurriéndose de la vigilancia porque se mezclaba con grupos de personas y pasaba inadvertido; pero cualquier agente podía salir al paso y reconocerlo. Seguramente tenían una descripción suya, y todo se ponía muy feo de repente.

Bajó hacia las calles más recónditas por la 125W Street y adyacentes, donde los coches no entraban por falta de anchura en las callejas, y los policías tenían que ser vistos mucho antes de que diesen el alto. Las mujeres, sentadas a la puerta de sus casuchas, charlaban o hacían corros. Los hombres, sentados en los bordes de las aceras, o recostados sobre los muros de las casas, fumaban o bebían, discutiendo, riendo o riñendo. Centenares de chiquillos se revolcaban sobre el asfalto, luchando, deslizándose sobre sus patines de ruedas o jugando a ladrones y policías con gran estruendo.

Se encontró, después de vagar sin rumbo fijo, en la 111W Street, ya fuera del Harlem negro, aunque lindando con el barrio aquel. No cesaba de fumar, encontrando así un excitante agradable a sus nervios. Estaba seguro de que no lo detendrían si seguía aquella táctica de no abandonar los Harlems, superpoblados, con intrincadas marañas de calles y callejones. Allí la Policía no podía controlar a todos los habitantes, que sobre todo por la noche se lanzaban a la calle, huyendo del calor de las habitaciones.

Levantó la mirada para mirar a un edificio cuadrado, gris, con una gran puerta claveteada y dos columnas en el atrio o porche. No

se explicaba cómo estaba allí, después de haber caminado tres o cuatro millas, muy al Norte, sin pensar en situarse ante el convento de las Siervas de Dios.

La alta figura de la hermana Charity, con su hábito blanco y la toca de igual color ciñendo su cabeza, vino a su memoria, conmoviéndole. Algo en su interior le gritaba que aquella religiosa no era como él quería suponerla de hipócrita, de enemiga suya, vendida al

F. B. I.,

delatora. Había algo que era una gran realidad, aunque le doliese reconocerla: él había hecho muchas felonías, que estaban sin castigar, y por su linda cara no iba a reintegrarse en la comunidad de los hombres decentes como si fuese un angelito inocente. Siempre pensó en que no le atraparían, dándoselas de listo, y rechazó la idea de que sus delitos le podrían hacer ir a la cárcel, porque «otros muchos hacían lo mismo y se paseaban tranquilamente sin ser molestados», gracias a sus influencias, a su dinero para comprar buenos abogados granujas. Su mentalidad se había hecho de esta forma, y ahora le indignaba que él fuese a sufrir lo que otros no sufrieron.

Dio la vuelta al edificio, contemplando algunas ventanas iluminadas. ¿En cuál de ellas se encontraría la habitación de la hermana Charity? De muy buena gana desearía verla pedirle perdón por haberla tratado injustamente. Era, sin duda alguna, aquella dulce religiosa la única persona amiga que tenía en el mundo. Aunque ella también deseaba que fuese a la cárcel... Si él estaba arrepentido de sus fechorías y no volvería a ser un «gángster», ¿no era injusto remover el sucio pasado y con rencor exigirle cuentas estrechas, que harían renacer su amargura y poca fe en la justicia humana?

Dejarse coger por el

F. B. I.,

no y no. Aunque la hermana Charity se lo pidiese llorando. ¿Quién sería el idiota que estando acusado de tres homicidios, y con la amenaza de la silla eléctrica bailando ante sus ojos, fuese a entregarse mansamente? Sí; la hermana monja todo lo esperaba de arriba, de Dios, despreciando a la muerte o considerándola como una liberación. Una confesión a tiempo, antes de morir, y el alma

salvada; pero él quería mucho a la vida terrenal y sus creencias estaban en embrión. No tenía nada de religioso, en una palabra.

Volvió a la fachada donde estaba la gran puerta, la principal. ¿Y qué hacía allí, en definitiva? Se preguntaba extrañado, furioso consigo mismo, que hacía allí, mirando el convento y pensando en una religiosa que le había denunciado al

F. B. I.

«por su bien» y que quería hacerle creer que ya no pesaba sobre él la acusación de asesinato de aquellos tres hombres inocentes. Bueno, la religiosa había sido engañada por el

F. B. I.,

y ella, la pobre, inocente, un alma de Dios, se lo transmitía a él para que se entregase. ¡Buenos estaban los zorros del

F. B. I.!

Aquello era desleal y no tenían derecho a mezclar a una religiosa, todo cariño y caridad, en sus enredos para capturar a un hombre listo como él.

Dos muchachos negros se acercaron a la puerta y llamaron, esperando. Poco después abrió la puerta una monja y ellos entraban muy respetuosamente. Revere, en el rincón de una casa, en penumbra, observaba curiosamente.

Un rato después se abrió de nuevo la puerta y salieron dos muchachos negros, pero acompañados de una religiosa alta, de andar decidido, elegante, que portaba un maletín. Revere reconoció inmediatamente a la hermana Charity y salió del rincón para observarla mejor. Una extraña alegría le invadió. Siempre le sucedía igual que la encontraba, y cuando estaba lejos de ella, tenía que reconocerlo, se sentía como infantilmente acongojado, deseoso de volver a su lado.

Iba la hermana Charity entre los dos muchachos negros, a paso rápido. Ella les hablaba, y pronto su voz dulce, serena, agradable, la oyó Revere cuando quiso ocultarse para no ser visto por ella.

—¡Señor Revere! —el «gángster» se estremeció, volviéndose lentamente hacia la monja—. ¡No se vaya!

Quedó quieto, contuso, mucho más alegre que temeroso.

—¡Qué sorpresa, señor Revere! —exclamó la religiosa, mirándole profundamente, casi con asombro—. Tengo mucha prisa, pues he de poner una inyección al padre de estos muchachos.

¿Querrá esperar aquí a que vuelva? Tengo que hablarle.

—Quería pedirle perdón por lo que estúpidamente dije esta mañana —murmuró Revere, confuso—. Ya sé que es el

F. B. I.,

quien la engaña a usted para que me deje encerrar. ¿Quiere perdonarme, hermana?

—No hay engaño por ninguna parte, señor Revere —contestó la novicia con acento compasivo—. Espéreme media hora y le explicaré todo. No tema, por Dios... Hasta luego, ¿verdad?

Con sus acompañantes, la hermana Charity se alejó apresuradamente por la sombría calle. Revere se rascó el mentón, pensativo. Que no había engaño, ¿eh? Pero si cualquiera podía engañar a aquella mujer, que debía de creerse que todos eran tan buenos como era ella... Los del

F. B. I.,

la habían elegido para que se encargase de llevarlo a la División, o decirles dónde se encontraba. Precisamente porque era una religiosa, una santa mujer, de la que todo el mundo que tenga un corazón no podrido del todo debía de fiarse y creerla sin vacilar, como le sucedía a él.

Se decidió por seguir a la hermana y los dos muchachos. Así, a la vuelta, podría acompañarla más rato y hablarla.

Apretó el paso, alargando sus grandes piernas, y pronto vio de nuevo a la religiosa y los dos muchachos negros. Fué tras ellos, dejando una prudente distancia.

En la 114W Street, en una casucha de un solo piso, uno de los muchachos abrió la puerta y penetraron los tres. Revere encendió un cigarrillo, dispuesto a esperar a que saliese la religiosa. No era mal trabajo el que llevaba la pobre hermana Charity, después de estar todo el día recorriendo calles para pedir limosna. ¿Cuándo descansaba? Porque muy de mañana, él lo había visto, ya estaba ella haciendo la limpieza en el convento. Y todo por amor a Dios y al prójimo...

Como media hora después, la puerta se abrió y salió la hermana Charity. La despidieron los dos muchachos y una mujer anciana, que se llevaba un pañuelo a los ojos. Todos besaron el crucifijo de la religiosa, como agradecidos. Revere sintió acentuarse su emoción y reconocimiento por aquella sierva de Dios, que esparcía el bien

por doquier.

Cuando iba a salir del portal donde se había metido para esperar vio acercarse un coche negro, grande, que se paró ante la hermana Charity. Ella se detuvo mientras se bajaba un hombre bien vestido, joven, fuerte. Revere «olió» con su certero instinto de maleante, que el hombre era un policía. Tal vez aquel Britten de que le habló la hermana Charity. Un agente especial.

¿Cómo sabía el agente que la religiosa estaba allí en aquel instante y fué a su encuentro? Revere arrugó el ceño mientras lentamente se metía en el portal. Venteaba el peligro. Era seguro que la novicia había llamado por teléfono desde aquella casa en donde entró, avisando a Britten que él, Revere, estaba esperándola cerca del convento. Engañada nuevamente, avisaba al

F. B. I.,
delatándole.

Subió al coche la hermana Charity, y Revere lo vio partir, sintiéndose muy defraudado, muy triste. Menos mal que él anduvo listo, siguiéndola. Tendría que renunciar a verla, no obstante el consuelo que sentía estando a su lado. Era ella la que le hacía sentirse más bueno, más arrepentido de su conducta anterior. Ella, que le guiaba por el buen camino y de quién se fiaría si no supiera que el F. B. I, la empleaba como instrumento para echarle a él la zarpa.

¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!

P R O E Z A S

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos, presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán

P R O E Z A S

VIII



RITTEN, el agente especial, desesperaba de poder detener a Revere si seguía siendo «blando», a ruegos y súplicas de la hermana Charity. Hasta el momento presente se había limitado a buscarlo como se podría buscar a un amigo extraviado en la ciudad, desconocida para él. El F. B. I.,

tenía medios mucho más eficaces y rápidos para acorralar a Revere y plantearle el problema de entregarse sin condiciones o morir acribillado a balazos.

Sabía bien el agente especial que, en efecto, Revere era un delincuente que como tal ya había dejado de constituir un peligro

para la comunidad. Había prometido no volver a delinquir y esto era una garantía para él, siendo acreedor a un trato mucho más benigno en adelante. Pero quedaba en pie el hecho de que no quería rendir cuentas atrasadas, y para evitarlo era capaz de recurrir a la violencia, lo que constituía un serio peligro.

La hermana Charity, todo caridad, intercedía por aquel hombre, sabedora de que era un alma ganada a la buena causa. Quería que se le atrajese con dulzura, con amor fraternal, con una garantía de que podría regresar al mundo de las personas honradas, decentes, sin necesidad de sentarle más la mano por lo que antes hubiera hecho. Bastaba con que Revere se arrepintiese sinceramente y su conducta futura fuese intachable. Pero la Justicia no quedaba con ello satisfecha. Muchas personas perjudicadas por Revere esperaban ser resarcidas de sus quebrantos y que el delincuente fuese castigado. Sobre todo, que fuese castigado.

Britten tenía que cumplir con su deber. Poner a Revere frente al juez y el jurado, acusado por el fiscal. La Ley era una para todos. Revere contaría en su favor con un historial en el que jamás, pudiéndolo haber hecho, vertió sangre humana. Con su arrepentimiento y deseo de no volver a delinquir y con una conducta que permitía en el futuro contar con él como un miembro de la comunidad de los honrados hombres.

Pero Revere se esfumaba cuando parecía que iba a ser hallado. Le buscaban varios agentes con la orden de no llevar las cosas a extremos de violencia que hiciese necesario el matarlo a tiros si él daba motivos para ello con su loca resistencia. Esta benignidad, juntamente con las súplicas de la hermana Charity de que fuese tratado como un desgraciado descarriado, deseoso de volver al buen camino a peco que se le ayudase, eran las causas de que aún no fuese detenido. Estaban inactivos los confidentes, que, podrían ayudar mucho a su captura, aunque con ello aumentasen los peligros de que Revere emplease la violencia; quedaban las redadas en escala progresiva, hasta encontrarlo; pero ello también significaría el que Revere hiciese armas contra el

F. R. I.,

viéndose perdido, y la lógica respuesta, con su muerte.

Britten, pues, estaba de mal humor. Ya la hermana Charity había dicho a Revere que no se le acusaba de la muerte de los tres

hombres, y, a pesar de ello, hurtaba el cuerpo y se conducía como un criminal al que esperase la silla eléctrica. Cada día que transcurría sin presentarse en el

F. B. I.,

o dejándose detener, Revere aumentaba su responsabilidad por tal rebeldía, y quienes tenían que, juzgarlo lo harían con mayor severidad.

Cuando el coche que conducía él, llevando a la hermana Charity a su lado, se detuvo cerca del convento, la religiosa se apeó y miró al sitio donde quedara Revere esperándola. No estaba.

—Una vez más, señor Britten, se nos escapa —dijo la novicia con tristeza—. Me dijo que esperaría...

—Es desconfiado. Cree que el

F. B. I.,

la emplea a usted como señuelo para detenerlo, y, sobre todo, y esto es lo peor, para que lo asesinemos o poco menos. No se quiere dar cuenta de que le conviene más que a nadie entregarse y de que por mucho que haga no escapará, agravando así su situación. En fin, hermana, bastante la he molestado ya —repuso Britten en tono de fastidio.

—Sin embargo, él viene aquí, parece agradecerle estar cerca de mí y escucharme. Pero después le invade el miedo, y entonces ya no reflexiona, huyendo. Dios no me ha dado, sin duda, dotes convincentes para hacerle ver lo que más le conviene.

—Voy a variar de planes —dijo, sonriendo, Britten—. Desde mañana. Creo que así podré encararme con él y convencerlo. Buenas noches, hermana.

—¿Empleará la violencia con él, señor Britten? —preguntó con inquietud.

—Desde luego, no. La prometí no hacerlo. Pero pida usted a Dios que él no lo haga.

—Que Dios le ayude, señor Britten —murmuró la hermana Charity, sonriendo—. Tengo infinitos deseos de que esta pesadilla termine. Debe ser horrible para Revere, que se ve solo, acorralado, creyendo que todos deseamos su exterminio. Si tuviese más fe en Dios...

—Todo se arreglará bien, hermana. Y será usted la que haya salvado esa alma.

Britten se alejó en su coche cuando la novicia entró en el convento. Desde allí se encaminó hacia su domicilio de Charles Street, en Greenwich Village. Había renunciado a seguir la búsqueda de Revere durante aquella noche. Tenía otro plan, quizá mejor y más rápido.

Revere, en tanto, deambulaba por las calles del Harlem negro buscando un rincón solitario donde tumbarse para dormir. No quería ir a ninguna casa donde alquilaban alcobas por un precio módico. Corría el peligro de que fuese la Policía a despertarlo.

En las orillas del río Harlem, por River Drive, donde corría una brisa suave, agradable, se detuvo. Allí tenía el lugar donde dormir. Por entre los pequeños muelles, ahora abandonados, había espacios escondidos en los que seguramente no sería buscado.

Cerca de la verja de un muelle había un gran montón de paja que habría servido de embalaje sin duda. Revere se sentó encima, encontrando cierta comodidad. Fumó un cigarrillo, ocultando la lumbre con la palma de la mano para no llamar la atención de algún vigilante o «cop», y suspiró profundamente, cerrando los ojos. Pensó cuánto tiempo tendría que estar así, huido, viviendo de aquella manera, siempre empavorecido y desesperado. No se le ocultaba que tal situación no duraría mucho tiempo teniendo como tenía tras él al

F. B. I.

Oyó súbitamente cierto ruido a sus espaldas. Sus nervios volvieron a excitarse, levantándose, dispuesto a emprender la huida si la Policía andaba por allí.

El ruido parecía producido por un cortafríos al pretender forzar una caja de madera, haciendo rechinar la clavazón. Alguien, en el inmediato muelle, muy cerca, pretendía robar el contenido de las cajas que se veían apiladas.

Se dijo que no debía permitir aquel robo. No se acordaba de que él lo había hecho, años atrás, en los muelles del Hudson, después de «dormir» al vigilante. Pero él ahora era otro. Su conciencia ya no le permitía actos semejantes. La hermana Charity y sor Cecilia le habían inculcado aquella nueva manera de ser. No volvería a delinquir jamás. Ni permitiría que otros lo hiciesen si él podía evitarlo.

Encorvado, lentamente, tras la pila de cajas se fué deslizando

como si el ladrón fuese él. Sacó su pistola, aunque no metió la bala en la recámara. Y avanzó cautamente, guiándose por el ruido, no grande, del cortafríos forzando la tapa de la caja.

Eran tres hombres, tres negros, que llevaban camisetas sin mangas y tinos pantalones azules. Uno de ellos, un poco apartado, parecía vigilar en tanto que los otros dos empleaban los cortafríos con precaución, queriendo evitar el chirrido de los clavos al ser sacados de la madera.

En el suelo, cerca, estaba un hombre tendido, con los brazos en cruz, y de su cabeza brotaba la sangre, haciendo un charco sobre el cemento. Vestía un uniforme gris, y su gorra de plato estaba tirada a su lado. Era la misma escena en la que él intervino hacía años, a orillas del Hudson.

Salíó de su escondite de un salto, adelantada la mano que esgrimía la pistola. El negro que vigilaba lanzó un grito de alarma. Los otros dos se volvieron, aterrorados.

—Las manos arriba, y muy quietos —dijo Revere, con voz sombría—. ¡No lo penséis diablos negros!

Los ladrones se encontraron con un hombre vestido tan mal como ellos, con cara de pocos amigos, colgándole del traje trozos de paja de embalaje y supusieron que se trataba de uno del «gremio», un vagabundo que quizá iba a arrebatarles el producto de su robo. En las cajas, ellos lo sabían, había valioso material eléctrico, fácil de vender.

—¿Te llamas a la parte? —preguntó uno de los negros, sonriendo.

—Andando hacia el más cercano puesto de la Policía —repuso Revere, apretando las mandíbulas—. ¡Media vuelta, manos arriba y en marcha! ¿Qué habéis hecho al vigilante? —Se inclinó sobre él un instante, poniendo una mano ante la nariz del hombre.

Respiraba, aunque débilmente.

Los tres negros aprovecharon aquel segundo en que Revere descuidó su vigilancia. Uno de ellos, el más cercano, le dio una patada en el estómago; otro, esgrimiendo un cortafríos, se le fué encima, y el tercero, cuchillo en mano, se inclinó para saltar sobre Revere.

Todos cuantos conocían al «gángster» estaban de acuerdo, por propia experiencia o por haber sido testigos presenciales de ello, en

que Eddy «era una cosa seria» peleándose a brazo partido, o bien boxeando o en lucha libre. Dimanaba ello de la repugnancia del joven en esgrimir armas para pelear, en su deseo de no verter nunca sangre humana sobre todo con el peligro de matar.

Los únicos que al parecer ignoraban la peligrosidad de Revere eran aquellos tres negros, por otra parte fornidos, duchos en la vida maleante, sin importarles dar una cuchillada al enemigo si con ello salían de apuros. Eran tres contra él, y descontaban que el mendigo blanco iba a pagar muy cara su intrusión en un asunto que no le concernía.

Revere hizo un gesto de desagrado al recibir la patada en el estómago. Más de rabia que de dolor. No cayó al suelo, como esperaban los tres enemigos. Lejos de eso, metió en un bolsillo la pistola, para evitar hacer uso de ella, en tanto que con la otra mano cogía por el cuello al negro que le amenazaba con el cuchillo, el más peligroso. Aquel hombre quedó instantáneamente pasivo, chillando, retorciéndose al sentirse estrangulado bajo la férrea zarpa que lo atrapó.

El negro del cortafríos dio un paso atrás al ver que su compañero del cuchillo era levantado del suelo, pese a su pataleo, y esgrimido como un molinete. El tercer negro acudió en auxilio de su camarada, con otro cortafríos, mientras animaba al del cuchillo a que ayudase.

Revere, sacudiendo a su víctima como si fuese un látigo, hizo que las piernas del negro sacudiesen el rostro del otro, el cual cayó hacia atrás, conmocionado por aquel par de coces de su camarada.

Revere soltó después «cariñosamente» a su prisionero, estrellándolo contra el suelo, donde quedó sin conocimiento, despatarrado. De un par de zancadas atrapó al tercero, y, pese al cortafríos que esgrimía, lo zarandeó cómo podría hacer un gato con el ratón, propinándole dos secos directos al mentón con ambas manos. El negro, fulminado, cayó de espaldas.

El «gángster» se arrodilló al lado del vigilante de los «docks», que seguía sin conocimiento. Tenía una herida en la cabeza solamente, y no parecía grave, porque había dejado de sangrar.

Se le presentaba a Revere el problema de avisar a la Policía sin comprometerse personalmente. Para ello, quitando los cinturones a los negros desvanecidos, los ató codo con codo. Después, sacando

de un bolsillo del vigilante su pañuelo, fué al río y lo empapó en agua, regresando acto seguido para pasárselo por la cara y lavarle la herida.

El vigilante, de mediana edad, alto y fuerte, abrió los ojos y miró con asombro a Revere. Después se estremeció al ver a los tres negros, inmóviles, bien atados, tirados en el suelo.

—Bueno, amigo, llegué a tiempo de evitar el robo —dijo Revere, sonriendo— y de sujetarlos. ¿Qué tal se encuentra?

—Me dieron a traición, que si no... —barbotó el vigilante, con voz rabiosa—. Vaya, se va pasando, gracias a usted.

—Entonces hágase cargo de esos tipos, que están dormidos para un buen rato. No me interesa seguir adelante en el asunto, ¿sabe? —dijo Revere con buen humor.

—Agradecido, hombre. ¿Cómo se llama? En Bentley tiene un buen amigo. Me ha evitado un serio disgusto si estos canallas llegan a robar lo de las cajas.

—Me llamo Eddy Revere, y mi oficio es... paseante —rió sarcásticamente—. Voy a ver si encuentro un sitio donde poder reanudar el sueño.

—Oiga, Revere —dijo el vigilante, cogiéndole de un brazo—: por lo que ha dicho, colijo que usted no tiene oficio ni beneficio, pero es honrado y servicial. Ha tumbado a esos tres cernícalos exponiendo el pellejo. Bueno, ¿querría usted tener trabajo, no mal pagado? En estos muelles hacen falta dos vigilantes más por la noche. Yo ando loco de un lado para otro precisamente por querer suplir esas faltas, y por eso me sorprendieron. Si yo hablo por usted y cuento lo sucedido, la plaza se la dan sin discutir.

—Lo pensaré, Bentley. Ahora tengo mucho sueño. Dese prisa en poner a buen recaudo a esos morenos.

—Como quiera. Ésta es mi mano, Revere —ambos se la estrecharon rudamente, sonriendo—. Me agradaría tenerlo de compañero, diablos. No sea vago y deje a un lado la vida de trotamundos que me parece lleva.

—De acuerdo. Lo pensaré. Buenas noches.

Revere, sonriendo escépticamente, se alejó a grandes zancadas. La Policía llegaría dentro de pocos minutos, avisada por Bentley, y no le convenía ser visto, ni menos capturado.

Más arriba, a cosa de media milla, encontró un lugar, a la orilla

del río, donde en un callejón formado por viejas casas había al final como un patio. Una escalerilla de piedra, al borde del malecón, bajaba a las turbias aguas. Atada a una argolla mediante una cuerda se balanceaba suavemente una barquilla.

Revere bajó la escalerilla y se metió en la embarcación, tumbándose en el fondo. Puso la americana de almohada, con las piernas estiradas, y cerró los ojos, dispuesto a dormir plácidamente. La barca no se veía desde el callejón, oculta por la pared húmeda del malecón.

Pasaron las horas en la noche estrellada, de suave temperatura, y comenzó a amanecer un día espléndido. Revere dormía sin cambiar de postura, cruzado de brazos, por si alguien intentaba quitarle el dinero del bolsillo interior, o la pistola.

Despertó bruscamente cuando un negro lo sacudió sin amabilidad alguna, dentro de la barca.

—¿Le ha costado mucho la habitación del hotel, piojoso? —inquirió el dueño de la embarcación, indignado.

—¿Cómo? —repuso Revere, mirándole hoscamente—. Menos humos, amigo. Yo no tengo piojos, y si los tengo los habré cogido aquí. ¿He estropeado su yate acaso? Yo diría que se lo he guardado durante la noche, y que debiera estarme agradecido por ello.

—Levante el vuelo sin más razones —contestó el negro, empujándole hacia la escalerilla—. Vagabundo, que le debiera dar vergüenza a su edad y con ese cuerpo de descargador del muelle andar como un perro sarnoso... ¿Sabe lo que es trabajar? Luego robará para poder comer, carne de horca...

Revere bajó la cabeza, avergonzado. Saltó a la escalerilla y la subió. El negro le miraba rencorosamente, gruñendo todavía, mientras desataba la barquilla, cogiendo los remos después.

Sintió amargura por haber tenido que callar ante las palabras humillantes del negro de la barca. Tenía razón que le sobraba. Eso había sido él durante años y años: un vago, un odioso vividor del esfuerzo ajeno, quitándoles a los que se ganaban honradamente la vida una parte de sus ingresos o ahorros, sin más motivo ni razones para hacerlo que la ley del más fuerte. Eso había sido él, pero ya no lo era, y por eso se sentía contento, por otro lado. Quedaba por borrar el pasado repugnante, que constantemente acudía a su memoria, llenándole de amargura. Sí; quedaba el pasado, la cuenta

pendiente por liquidar.

Entró en un bar, vacío a aquella hora de las siete de la mañana. Pidió un par de huevos fritos, queso y café para desayunar. Sacó los billetes que le diera Quick y los estrujó con repugnancia, conociendo la forma en que el ladrón los habría obtenido. No robaba él, pero gastaba un dinero que no era suyo, ni de Quick. Alguna noche atrás, un pobre obrero, al regreso del trabajo, a quién sabe qué horas, se vería sorprendido por Quick, que, pistola en mano, lo desvalijaría sin escrúpulo alguno. El mismo origen del dinero que ahora tenía en la mano.

Pagó el desayuno y salió a la calle. Un nuevo día tenía por delante para emplearlo en seguir huyendo del

F. B. I.

Un trabajo desalentador, previendo la inutilidad del esfuerzo. A su lado pasaban los obreros negros, con un saquillo donde llevaban la comida del mediodía. Iban aprisa, con los minutos contados, para entrar en las bocas del «subway» o tomar los autobuses. Algunos compraban los periódicos y los examinaban por encima mientras caminaban.

Entró en una casa de baños para asearse. Estuvo allí bastante rato metido en el baño, haciéndose la ilusión de que su alma también se lavaba con el cuerpo. Por otra parte, era seguro que allí no entraría la Policía ni el

F. B. I.

para buscarlo. La idea de entregarse le causaba un indecible pavor. Y estaba igualmente resuelto a oponerse como fuera a ser detenido. No quería ser llevado a la silla eléctrica por unos crímenes que no había cometido.

En la calle de nuevo, encendió un cigarrillo y comenzó a caminar con aquél su paso de hombre grande, alto, fuerte, en dirección Oeste. Buscaba las calles más angostas, donde creía que habría menos vigilancia por parte de la Policía y los agentes del

F. B. I.

Entró en la III W Street y se detuvo, mirando a su alrededor. No se mostró asombrado de encontrarse, una vez más, cerca del convento de las Siervas de Dios. No se propuso ir allí, y, sin embargo, sus pasos llevaron aquella dirección. Ello le producía una extraña emoción y consuelo.

En el reloj de la fachada del convento dieron las ocho. La puerta se abrió y apareció la hermana Charity con su escoba, cubriendo la blanca toca con un paño, para no ensuciarla. Se puso a barrer la escalinata y el atrio con renovador ardor.

Revere la contemplaba fijamente, como pudiera contemplar a su madre, a una madre, a una hermana, sin poder acercarse porque en ello le fuera la vida. Sentía deseos de entrar y hablar con ella, o con sor Cecilia, la anciana abadesa que le dijo cosas tremendas, pero que hicieron en él un efecto reparador, como un revulsivo.

Estaba en aquella casa, frente al convento, que tenía una parte de la fachada hundida, lo que le permitía quedar casi oculto a la vista de los transeúntes de la acera de enfrente. Desde allí observaba a la hermana Charity en su tarea de limpieza. Ahora ella, con un paño, limpiaba los grandes clavos de la puerta, siempre brillantes, de bronce.

—Bueno, Revere; espero que sea sensato —dijo de repente una voz de hombre a su lado—. Tenía ganas de hablar con usted...

El «gángster» se volvió, lívido de espanto. No conocía a Britten, pero conoció que era él, sin saber por qué. El agente especial, sonriendo sin burla, sino amistosamente, le cerraba el paso en aquella especie de nicho que era ahora para Revere una ratonera.

—Déjeme en paz —murmuró sordamente Revere, frunciendo el ceño y en su mirada un brillo siniestro—. No se ponga en mi camino, ¿quiere?

—Tenemos que hablar, Revere. Su conducta es absurda... —comenzó a decir Britten, con voz muy serena, carente de dureza.

—¡No quiero matarlo, señor! —exclamó Revere con acento rabioso—. ¡No se ponga en mi camino!

Britten sonrió comprensivamente. Y Revere lo empujó por el pecho para abrirse camino. El agente especial no se movió y quiso coger de un brazo al «gángster». Aquello desencadenó la desesperada furia de Revere, que se vio ya detenido, esposado, camino de la cárcel.

Extendió su brazo, con el puño cerrado, en un movimiento corto, seco, con velocidad inusitada. Britten no esperaba la agresión, y por ello recibió en el mentón el directo fulminante. Cayó hacia atrás violentamente, medio desvanecido gracias a su resistencia física. Revere le golpeó de nuevo en el plexo solar, rematando el «K. O.».

Después se dio a correr todas sus fuerzas, temeroso de que otros agentes lo persiguieran. Pasó por delante del convento, y al ver a la hermana Charity, que le miraba asombrada, frenó su marcha, señalando con la mano el sitio donde estaba Britten tendido, sin conocimiento, boca arriba.

—¡Es Britten! —gritó con voz casi sollozante—. ¡Atiéndale, y díglele que me deje en paz!

Volvió a emprender la carrera, metiéndose en un dédalo de calles cortas y estrechas, hacia la vuelta, en la 112W Street. Siguió corriendo, y cuando entró en otra calle más ancha, con más circulación, frenó la marcha para emprender el paso lento, las manos a la espalda, como un transeúnte más.

Entró en un bar y pidió ante el mostrador, al fondo, una copa de ginebra. La bebió de un trago, jadeante, lleno de recelo, mirando a la entrada. ¡De buena se había escapado!

Estuvo allí un rato, con otra copa de ginebra delante, pensando en Britten. Lo había golpeado a placer, aunque traicioneramente, lo confesaba. No le gustaba portarse así cuando se peleaba con alguien. Siempre esperaba a que el adversario iniciase la lucha.

¿Lo habría matado? Había caído Britten tan violentamente, tan vencido, que tenía miedo de haberlo desnucado. Parecía un hombre recio el agente especial, ducho en el boxeo.

Lleno de angustia, fué a una cabina telefónica y se encerró en ella. Depositó una moneda después de examinar la guía telefónica. Llamó seguidamente.

—¿El convento de las Siervas de Dios? —preguntó roncamente—. ¿Quiere decir a la hermana Charity que se ponga al aparato, por favor?

—Sí; espere un momento —respondió una voz de mujer, algo agitada.

—Soy la hermana Charity —dijo después otra voz angustiada—. ¿Quién es?

—Soy Revere, hermana —dijo trémulamente el «gángster». Quería saber... si le hice demasiado daño a Britten.

—¡Señor Revere!... Se ha portado usted innoblemente con un amigo que solamente desea su bien —repuso la religiosa con pesadumbre—. Ya ha vuelto en sí, gracias a Dios. Escuche...

Revere colgó el aparato, suspirando. Estaba contento.



EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO
AVENTURAS DEL F. B. I.

¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!

IX



EVERE comprobó prontamente que había desencadenado una tormenta del F. B. I.,

sobre su cabeza por haber pegado a Britten como lo hizo, es decir, sin lealtad y valiéndose de las ventajas de pillar confiado al agente especial, que deseaba ante todo tratar de convencerlo amistosamente.

Esta comprobación la hizo cuando, una hora después, merodeando por las calles, vio aparecer varios autocares de la Policía, así como coches del

F. B. I., que tomaban posiciones estratégicas en las esquinas, y de ellos brotaban «cops» y agentes de paisano con aire de muy pocos amigos, entrando en los bares, cafés y en casas particulares.

Temeroso, pensó que ya no le era posible andar de un lado para otro, ni meterse en un bar o café, ni en un cine o sala de espectáculos diurnos. Allí estaban los sabuesos de la Policía o del

F. B. I.,

esperándole. Cogían a los transeúntes, los paraban y examinaban sus rostros con detenimiento, compulsándoles con una «foto» o dibujo que llevaban, que sería, evidentemente, una descripción física suya.

Vio, con creciente inquietud, que algunos hombres, que sabía eran confidentes de la Policía o del

F. B. I.,

se apostaban a la puerta de los establecimientos o en las esquinas, y disimuladamente observaban a todo hombre blanco que pasaba. Aquello era la tormenta que él había desencadenado por agredir a un agente del

F. B. I.

Y Revere se daba a todos los diablos, porque ¿de qué forma habría tenido que valerse para zafarse del agente especial, que lo había arrinconado astutamente y que iba a detenerlo? Otro «gángster» cualquiera lo hubiera metido una bala en el cuerpo o dado una puñalada.

Se encontró, repentinamente, sólo a la entrada de una calleja, con un agente vigilando allí, y otro al final de la pequeña vía. Si trataba de girar sobre sus talones y retroceder, el agente se le pondría delante, para examinarlo. Si avanzaba, el otro sabueso haría lo mismo. Sucedió lo que fatalmente tenía que ocurrir algún día, sin mucho tardar. Que no tenía escape posible. Lo que les sucedió a todos cuantos se pusieron al margen de la ley, creyéndose, en su soberbia, invencibles. Ya él se iba percatando de la gran verdad de que todo criminal paga sus culpas, más o menos tarde, como todo mortal ha de comparecer un día ante el Supremo Juez, a quien no es posible burlar ni engañar.

Optó por afrontar al agente especial que estaba a la entrada de la calleja, y que ya le miraba con escrutadora atención. Lentamente se acercó a él, como distraído, baja la cabeza y arrugado el ceño. Los brazos colgando, prestos a la acción en cuanto el agente le intentara abordar.

—Oiga: usted, usted —dijo, de pronto, el agente, con voz dura

cuando Revere pasó a su lado y se alejó unos pasos.

El «gángster» no quiso volver a agredir a otro agente del Gobierno. Esta vez podría encontrarse con una pistola apuntándole, en vez del rostro simpático, afable, de Britten, lleno de buena voluntad. Así, dobló la esquina y apretó a correr haciendo eses, abriendo las largas piernas. Ahora no era una simple figuración el creer que tenía al

F. B. I.,

pegado a sus talones.

Gritó alguien, y oyó pasos detrás de él, pero no ruido de disparos. Era extraño que al no detenerse no le hicieran fuego, como solía ocurrir cuando se incurría en rebeldía. Los del

F. B. I.,

tiraban entonces a las piernas, y siempre daban en el blanco.

¿Dónde ir? ¿Cómo sacudirse aquellos hombres experimentados, que parecían pulular por todo el Harlem negro? Podía correr durante un buen rato, pero esto no era un medio de salvarse, porque los coches con radio son más veloces y agrupan en pocos segundos a las patrullas en un sitio determinado, copando al huido.

Iba por Narrith Street, oblicua a la 116W Street, y parecía que, momentáneamente, había dejado atrás a sus seguidores. En la calle, desierta, no se veía nada inquietante. Podría salir de repente un agente y cortarle el paso, brotando de un portal, pero este riesgo era inevitable.

Shrady vivía allí mismo. Era una feliz casualidad que en su huida hubiese llegado hasta aquella calle. Shrady era un «gángster» negro, con el que una vez se asoció para «reventar» cajas de Banco. El negro tenía una gran habilidad para manejar los diales y hallar las claves secretas; y en último caso, para hacer saltar el blindaje con la «sopa». Se separaron cuando Shrady fué un día visitado por un agente especial e invitado a pasar una temporada en

Sing-Sing,

cosa que no pudo evitar.

Penetró en el portal de la casa, de solamente dos pisos. Subió la corta escalera de tres saltos y llamó fuertemente a una puerta pequeña y estrecha. No sabía si estaría Shrady, pero si nadie le contestaba, apoyaría los poderosos hombros sobre la agrietada madera y saltaría la cerradura.

Unos pasos de hombre, calzando unas zapatillas, que arrastraba sobre el pavimento, le indicaron que el negro estaba en su casa.

—¿Quién? —preguntó Shrady, con voz ruda, sin abrir la puerta.

—Abre. Soy Revere —dijo el joven, con voz angustiada.

—¡Ah! Mira, muchacho, lo siento; pero por esta vez no puedo ayudarte —repuso la voz del negro—. ¿No sabes que estoy fichado y que de un momento a otro pueden venir y fastidiarnos a los dos?

—¡Abre, Shrady, o te va a pesar! —rugió Revere, cuya angustia crecía por instantes—. Vendrán o no vendrán. Yo te he ayudado muchas veces...

—Llama a otra puerta, Revere. Lo haría si pudiese, pero no tengo ganas de comprometerme estúpidamente. Vendrán, no lo dudes, a buscarte aquí.

Revere retrocedió dos pasos y quedó encogido, metiendo la cabeza entre los hombros. Saltó después, como impulsado por una catapulta, tensos los músculos del cuerpo hercúleo. Cayó sobre la puerta y se oyó un fuerte chasquido en los goznes y cerradura. La hoja se desprendió, cayendo hacia adentro, con Revere encima.

Shrady, aterrado, retrocedió. Ya no era joven, y su cabeza estaba cubierta de blanco y ensortijado pelo. Pero todavía sabía hacer frente al peligro, y sacó un cuchillo de la cintura. No le interesaba lo más mínimo lo que le ocurría a Revere, y su deseo era estar a bien con la Policía, guardando un recuerdo poco grato de Sing-Sing.

Si podía reducir, o matar a Revere, lo mirarían como un acto de buena voluntad y un deseo de regenerarse.

Se inclinó sobre Revere, para apuñalarlo sin contemplaciones. El joven se incorporaba ya y vio las intenciones traidoras del que fué su compinche. Entre los hampones jamás hay una amistad sincera ni un afecto a prueba de duros trances. Revere era una excepción, como lo era en muchos otros casos.

—¡Maldito! —Gruñó, mientras avanzaba su diestra y atenazaba la muñeca del negro, que mostraba el rostro color ceniza, malvado, siniestro—. ¿Esas tenemos?

Shrady hacía esfuerzos inauditos por dominar a su enemigo, y quiso cambiar de mano el cuchillo mientras empujaba con salvaje violencia, sabedor de que no podría resistir ni dos minutos el tremendo vigor de Revere.

El negro, cogido de las muñecas solamente, fué cayendo de rodillas lentamente, vencido por el dolor, ante la fuerza de Revere, que sonreía burlonamente. El cuchillo estaba en un rincón, y Shradý pensó en la muerte por estrangulación o aplastamiento a manos de aquel joven hércules.

—¡Basta, Revere! —gimió con voz débil, sintiendo un terrible dolor en las muñecas—. Comprende que a mi edad, volver al penal... No quería realmente sino que te fueras...

Revere acentuó su sonrisa burlona, despectiva. El jamás hubiera hecho nada parecido a lo que había intentado hacer el negro maldito. ¿Cómo no se dio cuenta antes, muchos años atrás, de la maldad de aquellas gentes colocadas fuera de la ley? Todos traidores, solapados, egoístas, ansiosos de poder hasta cometer asesinatos por lograrlo...

Hizo que Shradý se levantase. Soltó una de sus muñecas, pero fué para propinarle un directo fulminante al mentón y otro entre los ojos. El negro abrió los brazos, abrió mucho la boca y cayó redondo, desmayado, sobre los baldosines.

Lo transportó en sus brazos hasta una alcoba interior, echándolo sobre la cama. Buscó en la cocina una cuerda y lo ató codo con codo, metiéndole un pañuelo en la boca y otro sujetándole la mordaza. Volvió después al recibimiento y contempló la puerta y la cerradura, saltada por la violencia del envite que dio. Levantó la hoja y la colocó lo mejor posible sobre los goznes. Después arrastró un armario ropero, muy pesado, y lo puso tras la puerta, encajándolo bien. No iba a ser fácil entrar si él defendía a tiros el acceso.

Fué al comedor y buscó comida. En un armario encontró carne asada, botes de judías con carne en conserva, otros más de legumbres y salchichas, leche condensada. Shradý se cuidaba bien, pensó, sonriendo. En la cocina, un puchero con café puro estaba sobre el hornillo eléctrico.

Comió parcamente, economizando las provisiones. Tenía que darle también al traidor Shradý, aunque no se lo merecía. Querer asesinarlo cuando iba en busca de ayuda y comprensión, camaradería...

Se situó en una habitación cercana al recibimiento, sentado en un sillón, con el cigarrillo en la boca, escuchando atentamente. De

cuando en cuando asomaba cautamente la cabeza por una ventana, inspeccionando lo que ocurría en la calle. ¿Sería cierto que el F. B. I.,

acabaría por ir allí, buscándole, como aseguró Shrady? Era probable. La Policía siempre acudía a casa de los maleantes fichados cuando un criminal andaba huido. Ninguna persona decente lo daría asilo voluntariamente.

En la alcoba, Shrady comenzó a dar patadas en una pared, llamando a Revere. Acudió el joven y le quitó la mordaza.

—Cuidado con abusar, ¿eh? —advirtió, severamente—. Ni chilles ni intentes escaparte. ¿Qué quieres?

—Hombre, pues no estar así —murmuró el negro, con voz afligida—. Tengo hambre, me duelen los brazos y quisiera echar humo por la boca, como tú. Te aseguro que no me han quedado ganas de molestarte más, muchacho. Sé un poco humano...

—Como tú lo fuiste conmigo, ¿no? Todavía estoy asombrado de haberte dejado con vida, maldito traidor —repuso, amargamente, Revere—. Voy a darte de comer, pero seguirás atado mientras yo esté aquí. Ya he visto que tu alma es tan negra como tu cochino cuerpo. No grites ni hagas nada que me disguste, porque te aplasto la maldita cabeza de un puñetazo.

Llenó Revere un plato de judías con carne y lo llevó a la alcoba. Y él mismo le dio de comer pacientemente, en silencio. Después le puso un cigarrillo en la boca y lo encendió.

—A dormir después —dijo, mirándole con dureza—. Tu vida depende de lo sensato que seas.

Volvió al sillón, encendiendo un cigarrillo. Se levantó después para ver la calle. Retiró aprisa la cabeza, estremeciéndose. En la esquina de la calle, al Sur, estaba un coche negro. En la otra punta, otro coche, gris. Cuatro hombres, vestidos de paisano, salían de una casa y formaban corro, charlando. Señalaron otras casas, mirándolas y volviendo a discutir.

—Redada —dijo Revere, con voz trémula, pálido el rostro—. Tenía razón ese condenado traidor. Vendrán aquí..., y no hay escape. Bueno; a tiros sí puedo abrirme paso. Y ahora no puedo andar con remilgos. Si no mato, me matan ellos. Y si no, la silla eléctrica.

Por la desierta calle, de la cual habían huido los moradores de

las casas, recogidos en ellas temerosamente, sonaban los pasos de los hombres del

F. B. I.,

deteniéndose para entrar en algunos edificios, saliendo después.

Revere oyó al fin cómo hablaban abajo, en el portal. Uno de ellos era Britten. Conocía ya su voz, de timbre sonoro, no agrio ni autoritario. Después, cómo subían la escalera. El momento decisivo había llegado.

Se levantó y se colocó a un lado de la puerta del piso, pegado a la pared, con la pistola en la mano. Había metido una bala en la recámara y en los bolsillos llevaba varios cargadores de repuesto. Sudaba su frente al pensar que por primera vez en su vida iba a tirar a matar, ya que no podía esperar que lo dejaran salir libremente, sin meterse con él.

—Esta puerta está desencajada —dijo Britten, empujándola un poco, dirigiéndose a un camarada, que le acompañaba—. Tal vez no esté Shradý.

—Un consejo, señor Britten —dijo Revere, con voz fuerte, dura, desde el otro lado de la puerta—. No pienso entregarme, sépalo de una vez. Si lo desea, correrá la sangre. Nunca he liquidado a un hombre, pero ustedes no me llevan vivo a la silla eléctrica.

—¡Ah Revere! —exclamó Britten, colocándose prudentemente tras el muro donde estaba la puerta. Su camarada hizo igual, montando su pistola—. De veras que me alegra que se haya dado a conocer y diga lo que piensa. ¿Vamos a hablar unos momentos antes de comenzar el «baile»? No perderá nada con ello.

—Será mejor que me dejen en paz. Puedo asegurarles que Eddy Revere nunca más les dará que hacer como hombre fuera de la ley —la voz del joven se hizo trémula, conmovida; hablaba con absoluta sinceridad y deseaba fervientemente ser creído, para no tener que luchar con ellos.

—Yo le creo, Revere —repuso Britten, con firmeza—. Le doy mi palabra de que no lo buscamos por lo que usted cree. Pinkney confesó ya haber asesinado al dueño del café y a los dos camareros. Sabemos que usted no es un asesino y que está decidido a emprender un nuevo camino. Pero tiene cuentas que saldar con nosotros...

—No siga, señor Britten —contestó, impaciente, Revere—. Ya sé

qué cuentas son. No creo que Pinkney haya confesado eso, pero ustedes quieren engañarme para llevarme a la «silla». Son trucos muy viejos, muy gastados. Yo no los asesiné, y, por tanto, no debo pagar esa cuenta. Prefiero morir matando.

—Sea sensato, Revere. Le doy mi palabra; le juro que Pinkney ha confesado su culpabilidad...

—¡Que no me crea una criatura, le digo! —rugió Revere, roncamente—. ¡Si quieren cogerme, intenten pasar! ¿No me porto decentemente avisándoles, en vez de haber disparado sobre seguro cuando se colocaron frente a las rendijas éstas? ¿Por qué, Dios mío, llevarme a la locura de convertirme en un asesino? —sollozó, y Britten y su camarada lo oyeron, mirándose con ansiedad, compadecidos.

—Revere: voy a tirar mi pistola, y mi camarada también. Queremos verlo, hablarle al corazón y convencerlo de que no hay ninguna amenaza de muerte, por cometer esos asesinatos, sobre usted. Conserve usted su automática, si lo desea. ¡Sea sensato, hombre! Usted pasará un par de años, o menos, en una prisión por haber robado varias veces y hacer contrabando de licores. Es lo que la Ley exige de usted, y nada más. Escuche, Revere. Tiro mi pistola.

Revere oyó el ruido de las armas al caer sobre el suelo. A través de una rendija, entre la puerta y el armario allí arrimado, los vio ejecutar tal acto. Un momento magnífico para salir y asesinarlos a tiros, de ser él un granuja, un asesino, y tal vez poder escapar.

—No me convence, señor Britten —dijo Revere en tono sarcástico—. Llevarán otras armas encima; otros agentes están abajo. Tienen todas las bazas menos una. Si intentan cogerme, me defenderé a tiros. Y basta de palabras.

—Revere: no tiene escape. No sea iluso al creer que se puede abrir paso a tiros. Si mata a un hombre del

F. B. I.,

o lo hiere, no doy un centavo por su vida. Lo sabe usted, y debe saber que...

El ruido de un disparo ahogó la voz persuasiva de Britten. La bala salió por una rendija de la puerta, muy alta, yendo a incrustarse en el techo del descansillo. Revere avisaba cuáles eran sus intenciones.

—Lo siento, Revere —gritó Britten, cogiendo su pistola—.

¿Quiere entregarse?

—¡No! ¡Váyanse al diablo! —gritó Revere—. El que quiera, que pase.

—¿Empleamos los gases lacrimógenos? —preguntó el camarada de Britten.

—No —repuso el agente especial, preocupado—. Mire, Jarvis, encárguese, con los camaradas de abajo, de que no se escape. Yo voy en el coche y volveré en seguida, me parece. No contesten cuando dispare. Tampoco él tiene deseos de luchar contra nosotros.

Bajó rápidamente la escalera Britten y, ya en la calle, subió a un coche, conduciéndolo él.

Diez minutos después llamaba a la puerta claveteada del convento de las siervas de Dios. Le abrió la hermana cocinera.

—¿Está la hermana Charity? —preguntó, con ansiedad—. Quisiera hablar con ella urgentemente.

—Sí está. Espere un momento y se lo diré a nuestra superiora.

Aparecieron las dos monjas. Britten se levantó de la silla respetuosamente.

—Sor Cecilia —dijo rápidamente, nervioso—: tenemos cercado en una casa a Revere. No hay quien le quite de la cabeza que se le sigue acusando de la muerte de aquellos tres hombres y que lo vamos a llevar a la silla eléctrica. He parlamentado con él y está dispuesto a morir matando. Si sigue oponiendo esa resistencia, tendremos que matarlo...

—¡Qué obcecación! —exclamó la anciana abadesa, con tristeza—. Y sin embargo, ese muchacho es bueno; no merece un final tan terrible como el que quiere buscar.

—¿Qué podemos hacer nosotras por ayudarle, señor Britten? —preguntó la hermana Charity.

—He pensado que usted podría venir conmigo y hablarle, hermana —dijo Britten—. Convencerlo de que comete una locura que le puede costar la vida. Nosotros hacemos cuánto podemos por no llevar las cosas a extremos que serían para él lamentables. Pero si dispara y hiere o mata a uno de nosotros... Ya pasamos por alto su resistencia a entregarse. Creo que usted le convencerá y se entregará.

Se miraron la hermana Charity y la superiora, un poco asombradas.

—Podríamos ir las dos —dijo sor Cecilia, después de meditar un poco—. No debe vacilarse en ayudar a salvar un alma. ¿Querrá venir conmigo, hermana?

—Sí, reverenda madre —repuso la novicia, con resolución—. ¡Ojalá Dios haga entrar en la mente de ese hombre la razón!

—Espere cinco minutos, señor Britten —dijo después la superiora, levantándose de la silla—. ¡Quién habría de decirnos que unas pobres mujeres habían de ser solicitadas por el

F. B. I.,

para capturar a un desdichado! —sonrió, bonachonamente.

—Es por no matarlo, madre —repuso Britten, con tristeza—. Prometí a ustedes hacer por él cuanto pudiera, ha disparado su pistola, y con esto ya nos daba motivos para acribillarlo a balazos.

Cinco minutos después partía el coche en que iban las dos religiosas y el agente especial.

La calle donde estaba enclavada la casa en la que Revere se había hecho fuerte estaba cercada por los agentes del

F. B. I.,

que permanecían inactivos, aunque vigilantes.

—No da señales de vida —dijo el agente Jarvis, al pie de la escalera—. ¿A qué vienen esas monjas? —dijo, señalando a las dos religiosas.

—A parlamentar con ese testarudo. Hay que evitar en lo posible que, por su incomprensión, tengamos que matarlo. Revere puede ser regenerado y no merece ese trato. Vengan por aquí —dijo a las dos religiosas—. Allí, tras esa puerta medio derribada, está Revere con una pistola.

—Perfectamente —repuso sor Cecilia, santiguándose—. Que Dios nos ayude en esta santa obra de salvar un alma. Vamos, hija.

—Esperen —advirtió, inquietamente, Britten—. Hay que advertirle. Está desesperado y puede cometer una locura. ¡Revere! —gritó—. ¡Escuche, Revere!

—¡No quiero saber nada! —exclamó el «gángster», con voz trémula.

—¡Escuche! La hermana Charity y sor Cecilia, la superiora, quieren hablar con usted. ¿Se da cuenta de que ellas son incapaces de mentir, porque si lo hicieran traicionarían a Dios? Escúchelas, Revere, y sea sensato. Suban —dijo a las religiosas.

Las dos monjas se cogieron del brazo y animosamente subieron la escalera. Britten las siguió, pistola en mano, así como Jarvis, con una «Kelly» preparada. Revere, por una rendija de la puerta, las vio subir.

—Ya estamos aquí, hijo —dijo sor Cecilia, con voz conciliadora—. ¿Nos oye?

—Señor Revere, escúchenos, por amor de Dios —dijo la hermana Charity, con su dulce voz, suplicante—. Nunca como en este instante ha estado usted más cerca de cometer un pecado horrendo, que condenaría su alma para siempre. El señor Britten le está demostrando su mejor voluntad, quizá en contra de la disciplina y los reglamentos del

F. B. I.

—Les agradezco todo cuanto hacen por mí —repuso Revere, con ronca voz—; pero ustedes no son sino instrumentos del

F. B. I.,

para que me entregue. Son desleales y les conozco. Márchense y dejen que las cosas sigan su curso.

—Hijo mío: ponemos a Dios por testigo de que usted no está acusado del asesinato de aquellos tres infelices. Si es eso lo que le hace cometer la locura de querer resistir, no siga en esa actitud —dijo sor Cecilia, con voz suave, enternecida.

—Señor Revere: le voy a echar por debajo de la puerta un número del «New York Times» en el que podrá usted leer algo que le interesará.

Sacó de su negra bolsa un periódico, lo dobló y se inclinó para meterlo bajo la puerta. Britten, a un lado, se golpeó la frente, contrariado.

—Eso mismo pude haber hecho cuando lo vi esta mañana —dijo, con una sonrisa.

El periódico fué recogido por Revere, que lo desdobló con ansiedad. En segunda plana, aparecía un retrato de Pinkney, y debajo, un pie: «Tommy Pinkney, el siniestro “gángster”, que se ha confesado autor de los tres asesinatos del café del Harlem». En otro lugar de la misma plana, una amplia información sobre el interrogatorio sufrido por Pinkney, después de que los testigos presenciales de los asesinatos le acusaron de ser él el causante único de aquellas muertes.

Revere lo leyó dos veces. Al otro lado de la puerta se oía cómo las religiosas, arrodilladas, las manos juntas, rezaban. El «gángster» las observó por la rendija.

—Señor Revere: ¿ha leído ese periódico? ¿Cree que mentimos, que mentía el señor Britten cuando le pedía que fuese razonable? —preguntó la hermana Charity.

—¿Por qué me quieren llevar a un penal, hermana, si yo jamás volveré a ser un delincuente? —preguntó Revere, volviendo a su torturante idea de que no se merecía tal castigo, estando, como estaba, arrepentido.

—Hijo mío: hágase la voluntad de Dios, que tan clemente se muestra con usted —contestó sor Cecilia, suavemente—. ¿No desea ofrecer a Dios una corta penitencia por todo cuanto ha hecho por usted? ¿No conoce el agradecimiento, ni quiere corresponder un poco a todo cuanto nosotras, unas humildes siervas de Nuestro Señor, hemos hecho por usted, quizá salvándole la vida? Estamos aquí por amor a Dios, por amor a usted, que es desgraciado, y crea que siempre pediremos por usted. Hijo mío: no prolongue esta situación por más tiempo. Está poniendo a prueba la bondad y la paciencia de los servidores de la Ley, y seguramente la de Dios.

—Aparte ese armario, señor Revere —dijo la hermana Charity, mientras ella misma empujaba la puerta—. Salga de su error y preséntese humildemente, deseoso de purgar sus faltas y con la promesa solemne de no volver a pecar. Es su salvación, hermano mío en Jesucristo.

Britten escuchaba la conversación con ansiedad. Si todo aquello fracasaba, aquella parte de la casa se iba a convertir en un infierno y la sangre iba a correr. Revere sería aniquilado bajo la tremenda fuerza represiva del

F. B. I.

La hermana Charity, ayudada por sor Cecilia, uniendo sus fuerzas, empujaban la puerta, sin querer dar ocasión a Revere de que se opusiera a ello. Sabían cómo el «gángster» estaba luchando con sus sentimientos, sus temores, su vergüenza, y querían ayudarlo a salir de aquel terrible paso.

El armario se movió, con asombro de Britten, que no quiso abandonar su papel pasivo. Revere lo trasladaba, con su inmensa fuerza, mientras un extraño ronquido salía de su pecho. Las dos

religiosas sonrieron, felices. La batalla contra el Demonio estaba ganada.

Quedó libre el hueco de la puerta, y Revere apareció, muy pálido, con la pistola en la mano. La tiró al suelo casi con terror y después se arrodilló, cogiendo con temblona mano el crucifijo que pendía de la cintura de sor Cecilia. Le besó, sin decir una palabra, y se levantó. Avanzó con las manos tendidas hacia Britten, que sonreía amistosamente.

—No contaba con estas «enemigas» —dijo, sonriendo tristemente, Revere, señalando con la cabeza a las dos religiosas—. Ha ganado usted, señor Britten. Tiene derecho a destrozarme ahora la cara, por lo que le hice esta mañana. Póngame las esposas, por si acaso...

—No es preciso —dijo Britten en tono de broma—. Demos gracias a Dios por la forma en que ha terminado este asunto. Ahora, a ser buen pagador, Revere. Después será libre, feliz, y podrá comenzar una vida que hasta ahora desconocía.

Las dos religiosas, discretamente, se habían marchado en un coche del

F. B. I.

Todas sus obras eran así de calladas, sin dar importancia a sus méritos.

Quince días después, Britten visitaba a sor Cecilia y a la hermana Charity.

—Revere ha ingresado ya en Sing-Sing.

Solamente un año estará allí —dijo, cuando las religiosas preguntaron por el joven—. Lo hemos puesto en las oficinas del capellán, para evitar que tenga trato con los reclusos más repulsivos, capaces de envenenar su alma, ahora que está arrepentido. He ido a verlo ya y está contento. Creo que tendré un buen amigo cuando salga. Me dijo algo sobre usted, hermana —dijo, mientras su rostro enrojecía—. Fué por una cosa que yo le confesé...

—Y ¿qué era, si puede decírnoslo? —preguntó sor Cecilia, sonriendo.

La novicia también enrojeció un poco, bajando la vista.

—Que usted, hermana Charity, ha de tomar dentro de pocos días una grave resolución. La de entrar definitivamente en la vida religiosa, con votos perpetuos, o volver a la otra vida, la mundana.

—Es cierto —dijo la novicia, sonriendo—. Pero esto no constituye para mí un motivo de preocupación. Ya lo pensé hace un año, al llamar a estas puertas. Mi vida estará consagrada a Dios.

Sor Cecilia miró atentamente a Britten, que había palidecido ahora, y después, a la hermana Charity. Todo lo comprendía instantáneamente.

—Hija mía: hasta el último segundo del plazo no debe usted hablar con tan categóricos términos. Dios puede destinarla a cumplir otros deberes que no sean los de la vida religiosa —dijo, con solemnidad—. Si usted pretende desoír sus mandatos o tergiversarlos, pecará gravemente.

—Yo había pensado... —murmuró, confusamente, Britten. Calló después, levantándose al ver que la hermana Charity palidecía—. Pero no. Esto podría ofenderla, hermana. Es siempre mucho más maravilloso que Dios nos ame a que lo haga un simple mortal.

—Pido a Dios que no me haga variar en mis deseos —repuso la hermana Charity, con voz firme—. Una vida es siempre muy corta, cuando se consagra a Nuestro Señor. Aterra ver lo que se podría hacer por nuestro prójimo y lo poquísimos que se hace. Soy feliz al pensar cómo Dios me dio la oportunidad de encontrar en mi camino de penitencia a Revere y lo que he podido hacer por él, salvando su alma. Son infinitas las almas que necesitan ayuda, que piden socorro y no lo reciben. Ahora pienso en Pinkney, señor Britten, y quisiera que el

F. B. I.,

me permitiera ir a visitarlo, con sor Cecilia. Ese hombre no debe morir renegando de Dios...

—Siga en la comunidad, hermana Charity —repuso, tristemente, Britten—. No está equivocada al decir que ésa es su verdadera vocación. Hablará con Pinkney, y que Dios la ayude, ya que los hombres no podemos hacer nada por él.

Cogió el crucifijo de la hermana Charity y lo besó. Hizo igual con el de sor Cecilia, que lo miraba con ternura y algo de compasión.

—Que Dios le acompañe, señor Britten —dijo la hermana

Charity, sonriendo con dulzura—. Y que le conceda toda la felicidad que se merece.



COLECCION NOVELISTAS DE HOY

NUMEROS PUBLICADOS

1. LA OBSESION DEL MISTERIO, por Pío Baroja.
2. AHORA, por Rafael López de Haro.
3. EL HOMBRE DEL SUBURBIO, por Francisco de Cossío.
4. SU PEOR ES NADA, por Tomás Borrás.
5. EL PIANO, por Carmen Laforet.
6. TIMOTEO EL INCOMPRENDIDO, por Camilo José Cela.
7. BODA Y JALEO DE TITIN ARACENA, por Daric Fernández-Flórez.
8. EL HOMBRE QUE CONTO SU SECRETO, por Fernando Castán Palomar.
9. EL TERCER LADRON, por Alberto Insúa.
10. NO TENGO MAS QUE MIRAR Y... VEO EL MUNDO, por María Alburquerque.
11. ELVIRA RECIBE UNA CARTA, por Luis Antonio de Vega.
12. DIOS ES CORAZON, por Lázaro Ros.
13. A CARA O CRUZ, por Juan Antonio de Zunzunegui.
14. EL DIA SIGUIENTE, por Rafael López de Haro.
15. ¡PUENTE DE PLATA!, por Augusto Martínez Olmedilla.
16. ANOCHE EN MONTECARLO, por Julio Angulo.
17. TIERRA POR MEDIO, por Francisco Serrano Anguita.
18. LA VIDA SIGUE, por José Alvarez Esteban.
19. LA BELLA Y LA MANDRAGORA, por Alvaro Retana.
20. HUMO SIN FUEGO, por José Sanz y Díaz.
21. DIA NEGRO, por Elisabeth Mulder.
22. MUERTE EN SHANGHAI, por Juan Marín.
23. PRIMAVERA DE PAPEL, por José M. Sánchez Silva.

NOTA. — Puede remitirse a su domicilio, CONTRA REEMBOLSO, la colección completa de NOVELISTAS DE HOY, o los títulos que le interesen, a CINCO pesetas ejemplar. Escribanos a EDITORIAL ROLLAN, San Bernardo, 68.—MADRID.

CORTESE POR AQUI Y REMITASENOS EN UN SOBRE POR CORREOS

PEDIDO DE SUSCRIPCION

Sr. Director de
EDITORIAL ROLLAN
San Bernardo, 68
MADRID

Muy Sr. mío:

Le agradeceré me suscriba a las novedades de su colección NOVELISTAS DE HOY, a partir del n.º, y al precio de CINCO PESETAS por ejemplar, que abonaré CONTRA REEMBOLSO.

..... de de 1953.
(firma)

Suscriptor D.

Domicilio: núm.

Ciudad Prov.

COLECCIONES DE EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

NOVELISTAS DE HOY

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional, con una presentación exquisita.

Publicación semanal — 5 Ptas.

Aventuras del F. B. I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F. B. I.

Publicación quincenal - 1'25 Ptas.

EXTRA DEL OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

PROEZAS

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

PEPOTE

Magnífica y original revista de humor para MAYORES, impresa a todo color con la colaboración de los mejores dibujantes humoristas.

Publicación quincenal — 3 Ptas.

JEQUE BLANCO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal - 1'25 Ptas.

F. B. I.

¡LA COLECCION SIN RIVAL!

5 Pesetas.

